



*La tentación del
Cowboy*

Lightling Tucker

La tentación del

Cowboy

Lighling Tucker

Copyright © 2019 LIGHLING TUCKER

1ª edición Marzo 2019.

ISBN

Fotos portada: Shutterstock.

Diseño de portada: Tania-Lighling Tucker.

Maquetación: Tania-Lighling Tucker.

Queda totalmente prohibido la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

Todos los derechos reservados. Registrado en copyright y safecreative.

A la verdadera Patricia, por esos WhatsApp a cualquier hora.

Eres una mujer increíble.

ÍNDICE

Cowboy

AGRADECIMIENTOS

SINOPSIS

Prólogo

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

EPÍLOGO

Tu opinión marca la diferencia

Búscame

OTROS TÍTULOS

Describe los Devoradores de pecados. "No te enamores del Devorador"

Otros títulos:

BIOGRAFIA

AGRADECIMIENTOS

Cuando llego a los agradecimientos me da por pensar en la gente que sigue aquí. Sí, esa que libro tras libro me da la oportunidad. Es algo bonito y que me hace sentir especial.

Debo dar las gracias por otra nueva oportunidad, por querer seguir leyendo mis ideas locas.

Muchas sois las que me animáis día a día a seguir. Las que estáis deseando saber cosas nuevas sobre los próximos libros y no puedo estar más agradecida.

Gracias por cada uno de vuestros detalles. Un simple “hola” ya alegra mi día.

Pero ¡no te vayas todavía!

Gracias por hacer que mi mundo sea más grande contigo.

Sabéis que no digo nombres, pero muchas os podéis dar por aludidas con estas palabras.

Y si es la primera vez que me lees también te doy las gracias y espero que disfrutes de la lectura.

También a mi marido y a mi peque. Porque sin sus detalles los libros no serían iguales.

A ti lector, porque sin ti este mundo no sería posible.

SINOPSIS

Patrice Davis nunca se hubiera imaginado viéndose regresar a casa después de diez años. Hacía una década que había salido huyendo de ese pequeño y árido pueblo dejándolo todo atrás.

¿Y lo mejor? Que ni con GPS es capaz de llegar, se pierde a escasos kilómetros, como si el destino le dijese que saliera corriendo de allí. Y justo cuando está a punto de tirar la toalla se topa con Wyatt, un *cowboy* que no la dejará indiferente.

No solo ha comprado las tierras de su familia, además, es el dueño del rancho más grande e importante de la zona y tiene un terrible síndrome de príncipe azul. Busca ayudarla en todo lo posible, algo muy extraño para ella, ya que jamás ha recibido ayuda alguna.

Wyatt no puede evitar que la llegada de Patrice cambie su vida. No solo por ser hija de Piper Davis, la mujer más odiada del pueblo, sino por su forma de ser. Es un soplo de aire fresco y toda una tentación.

¿Qué secretos esconde bajo esa coraza que se ha construido alrededor? ¿Por qué huyó de allí? ¿Qué fue lo que ocurrió en Afton para dejarla tan marcada?

Lighling Tucker estrena género con una novela cargada de sentimientos que no te dejará indiferente.

Prólogo



—¿Estás segura?

—¿De que me he perdido en medio de la nada? Sí —contestó Patrice.

Bufó antes de golpear con la frente el volante de su coche. Había aparcado a un lado de la carretera cuando se había cerciorado de que era la tercera vez que pasaba por ese mismo kilómetro.

—Mary Patrice Davis, no sé qué voy a hacer contigo.

El corazón le dio un vuelco, su madre solo usaba su nombre completo cuando estaba enfadada o decepcionada. No supo distinguir cuál era el sentimiento que trataba de transmitirle.

—¿Y si usas el GPS?

Patrice miró de soslayo aquella máquina del infierno que había provocado que estuviera conduciendo en círculos.

—Ya lo hago, pero me ha dejado en medio de ninguna parte —contestó enfadada con el cacharro que pensaba tirar en cuanto pudiera.

La conversación siguió y dejó que su madre hablara y hablara mientras ella miraba el paisaje. Un sentimiento cercano a la pena encogió su corazón. Hacía mucho tiempo que no visitaba aquellos parajes y no los reconocía.

Era sencillo, únicamente debía seguir la ruta ochenta y nueve hasta llegar a Afton, Wyoming. No obstante, su amado GPS había decidido que era mejor tomar un atajo y perderse hasta el punto de conducir en círculos.

—No te preocupes, mamá, voy a intentar llegar a la ochenta y nueve.

—¿Cómo puedes perderte si te has criado aquí?

Suspiró.

La respuesta era sencilla: había salido despavorida de aquel lugar hacía ya la friolera de diez años. Nunca había mirado hacia atrás, ni siquiera en Navidad o en Acción de Gracias.

—No recuerdo todo esto, ya deberías saberlo.

Esa fue una verdad a medias. Una parte de ella reconocía aquellos parajes áridos; había bajado la ventanilla hacía kilómetros para saborear aquel aire.

No estaba en Detroit, había vuelto a casa después de demasiado tiempo.

Cuando su aparato macabro volvió a indicarle una nueva dirección decidió que ya había tenido suficiente. Lo arrancó de encima del salpicadero y lo lanzó con todas sus fuerzas lo más lejos que pudo.

—Vale, Patrice, eso no está bien —se dijo a sí misma.

—¿Con quién hablas? —preguntó su madre con tono preocupado.

Chasqueó la lengua molesta consigo misma, había olvidado que no había colgado el teléfono.

—Nada. —Se encogió de hombros—. Me he deshecho del GPS.

No quiso escuchar lo que su progenitora tuviera que decir, se despidió a toda prisa y colgó. Ya tendrían tiempo de ponerse al día y de decir todo cuánto quisiera contarle.

El camino fue lento y bastante tranquilo. Sorprendentemente y, a pesar de estar perdida, disfrutó de aquel páramo.

Estaban en primavera, lo que significaba que la vegetación estaba en pleno apogeo y no tenía nada que ver con el desierto que todos creían que era. El invierno podía llegar a ser una época realmente cruda, con temperaturas muy bajas y con heladas que dificultaban la vida cotidiana.

Suspiró. Esperaba volver a estar acostumbrada a todo aquello antes de que llegase el frío.

A lo lejos pudo vislumbrar unas vallas y fue como si su corazón le indicase que acababa de llegar a casa. Reconocía esas tierras y esa explanada donde había visto cientos de veces a los animales pastar.

Detuvo el coche cuando se percató que dos caballos se acercaban a curiosear. Patrice fue suave y salió del vehículo lentamente tratando de no asustar a los animales.

Sonrió, ambos eran hermosos.

—Hola, guapos —susurró acercándose a ellos.

Seguramente eran ejemplares cuartos de libra, era lo más habitual por ahí. El pelaje de aquellos ejemplares era maravilloso, una mezcla entre color café y chocolate. Sus largas crines colgaban por su cuello cayendo a derecha e izquierda indiscriminadamente.

Los animales no temieron su presencia y se aproximaron a olisquearla. Uno de ellos sacó la cabeza completamente sobre la valla y esperó a que ella se acercase.

Patrice alargó la mano y lo tocó con cautela. El tacto suave le provocó una sonrisa, hacía demasiado tiempo que no sentía algo similar.

El animal olisqueó su mano en busca de alguna golosina y, al no encontrarla, alzó el morro mirándola con sus enormes ojos marrones. Ella no pudo reprimir una leve risa y se encogió de hombros.

—La próxima vez prometo traerte algo.

El ruido de unos cascos contra el suelo la puso en preaviso. Giró sobre sus talones y vislumbró en la lejanía como un jinete y su caballo se aproximaban.

El animal era espléndido, su pelaje negro como el ébano brillaba bajo los rayos del sol y su trote acompasado parecía dotarlo de magia pura. Decidió mirar al vaquero que lo montaba, él le robó el aliento, parecía un guerrero a lomos de su caballo debido a su gran tamaño.

Tanto el hombre como el animal poseían un aura de fuerza que parecía que el suelo temblaba bajo sus pasos.

Patrice no fue capaz de reprimir el impulso de retroceder hasta apoyarse en el coche.

El caballo se detuvo ante ella y no pudo más que fijarse en sus hermosos ojos que la empezaron a mirar con curiosidad. Sonrió de soslayo tratando de ser agradable al mismo tiempo que intentó ocultar su temor.

—¿Todo bien, señorita?

La voz del recién llegado fue fuerte y contundente provocando que su cuerpo vibrase con el sonido.

Patrice miró hacia él y, a pesar de tener el sol directo a sus ojos pudo contemplar un enorme sombrero propio de un *cowboy*. Sí, eso era la señal inequívoca de que estaba en casa nuevamente.

—Sí, me había perdido, pero creo que voy por buen camino. Este lugar es imposible no reconocerlo —contestó.

—¿Es de aquí?

Asintió, no se sentía propia de aquellas tierras, pero era indudable de que había nacido allí.

—¿Puedo preguntarle a dónde se dirige? Podría guiarla, estas tierras son algo confusas. A mí me costó acostumbrarme cuando las compré.

Patrice frunció el ceño y señaló a los dos caballos que seguían observándola desde la valla.

—¿Son suyos?

—Efectivamente. Regento el “Rancho Diamond Dark” y estas tierras son los límites de él.

Suspiró con cierto pesar, pero al instante trató de ocultarlo. Agitó la cabeza en señal de aceptación y sonrió.

—Siento las molestias. Me dirijo a Afton, a casa de Piper Davis. Si mal no recuerdo está a pocos kilómetros de aquí, pero mucho me temo que deberé atravesar sus tierras. Espero poder contar con su autorización.

De pronto, desmontó del caballo y el olor a heno picó en sus fosas nasales. Era todo un vaquero y eso significaba que lejos quedaban los hombres trajeados de Detroit. Él era poderoso, su forma de moverse lo decía como si llevara colgado del cuello un cartel luminoso. Exoraba fuerza con cada pestañeo y mostraba un hombre fuerte.

Y ¡oh, sorpresa!, debajo de aquel sombrero negro había alguien no tan mayor como hubiera imaginado.

—¿Es una Davis?

Él la estaba estudiando como se mira las instrucciones de cualquier aparato electrónico para ponerlo en funcionamiento.

Patrice sonrió amablemente.

—Es mi madre.

Con un gesto despreocupado, se llevó la mano derecha a la parte delantera de su sombrero y lo levantó levemente. Eso hizo que pudiera verle el rostro y fijarse un poco más.

¿Cómo describir el aspecto sumamente varonil que desprendía? Su barba rubia de tres días abrazaba su rostro escondiéndolo, aunque no lo suficiente

como para calcular que ambos debían tener la misma edad; esa misma que galopaba entre los treinta y los cuarenta.

Sus ojos azules le llamaron la atención, sí, jamás había contemplado un color tan claro como los de aquel desconocido. Y casi sintió que se perdía en ellos lo justo como para que él frunciera el ceño.

—No tenía conocimiento de que la señora Davis tuviera una hija.

No era una sorpresa dado la escasa relación que mantenían.

Patrice se encogió de hombros y metió sus manos en los bolsillos de su pantalón.

—Si es molestia que atraviese su rancho podría indicarme otro camino para llegar. Estoy teniendo problemas para que el GPS me guíe y hace mucho que no vengo por aquí.

Su pícara mirada deseó sonsacarle más información, algo que no le gustó, no deseaba explicar su vida a un total desconocido.

—Puedo acompañarla hasta allí, permítame que deje a Carbón en el rancho y la acompaño hasta casa de su madre.

Patrice supo que su cara había contestado por ella misma sin palabra alguna.

—Yo no le puse ese nombre, fue mi hermano pequeño —se justificó.

La joven entornó los ojos como si no creyera nada de lo que le estaba contando. Al fin y al cabo, no era un nombre ridículo, pero no le pegaba a un ejemplar tan magnífico como él.

—No se moleste, si pudiera indicarme el camino le estaría agradecida.

Y jamás pensaba mencionar el GPS que había tirado metros atrás, ese iba a ser un secreto que se llevaría consigo.

—Wyatt Miller señorita...

—Patrice Davis y le agradecería que me tuteara.

Con un leve gesto con el mentón comprendió que él también se sentía más cómodo de esa forma.

—¿Hace mucho que no estás por aquí?

Ella esquivó su mirada y decidió contemplar, nuevamente, a los caballos que tan felizmente habían venido a saludarla. Uno de ellos movió la cabeza y pareció rascarse con el poste.

—Muchísimo, la última vez estas tierras pertenecían a mi padre.

Aquello sorprendió al *cowboy* quién la miró totalmente impresionado con sus palabras. Seguramente nadie la había mencionado en aquellos años o le habían explicado historias terribles sobre la desagradecida hija de los Davis.

—Las compré hace ocho años.

—Huí de aquí hace diez —explicó casi sin querer.

Por suerte, aquel hombre fue diplomático y no dijo nada al respecto; no deseaba explicar su vida a su recién conocido vecino.

—No tardaré, espérame aquí.

Quiso decirle que no, pero supo por el tono de su voz que no era una pregunta: era una orden. Se veía que estaba acostumbrado a que le obedecieran y no quiso contradecirlo; no tenía especial ilusión en caer mal a su vecino.

Suspiró resignada y asintió. Lo vio marchar y aprovechó para acercarse a los caballos que seguían esperando las caricias.

—Vuestro dueño es un poquito mandón.

Uno de ellos relinchó como si quisiera dar razón a sus palabras.

CAPÍTULO 1



Wyatt vislumbró a su hermano menor Terry ensillando a Dallas para salir a montar. Al verlo llegar frunció el ceño, acababa de salir y no se le esperaba en unas horas.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Lobos, nuevamente?

Negó mientras desmontaba y le tendía las riendas de Carbón.

—He encontrado a un Pajarillo extraviado y lo llevo hasta su casa.

El movimiento de cejas y labios de Terry le indicó que había entendido que se trataba de una mujer.

—¿Y de qué nido salió ese Pajarillo? ¿La hija del buen doctor Harry West?

Las curvas sensuales de Piper llegaron a su mente, pero la expulsó al momento. Era alguien complicado para tener en cuenta. Lo habían intentado y la diversión había sido agradable, pero la decisión de ser solo amigos era la más acertada.

—No y no lo adivinarías nunca.

Terry comenzó a quitar la silla a Carbón, pero se detuvo en seco ante el misterio que había lanzado al aire. Sacó sus rizos rubios por debajo del morro del caballo y lo fulminó con la mirada.

—¿No será Carrie?

Negó antes de echarse a reír. La susodicha era la farmacéutica del pueblo que estaba en la carretera que había a la salida de Afton. Una mujer muy afable que parecía estar siempre de buen humor. Y Terry se sentía atraído por

ella.

—Dímelo ya.

No obstante, prefirió girar sobre sus talones y apremiarse en ir a ayudar a la señorita Patrice; cosa que no le sentó bien al pequeño de la familia. Dejó a Carbón atado y esperando a que regresara y corrió en pos de él.

—Dime quién es —pidió.

—A veces no parece que tengas veintiséis años.

Bufó molesto y contestó con bastante intensidad:

—Pues tú tienes casi cuarenta y me molestas como si tuvieras quince.

Wyatt llegó a su pickup roja y abrió la puerta justo para ser interceptado por su hermano. Con lentitud se recreó en mirar la mano que sujetaba la puerta y luego su rostro ligeramente molesto. No soportaba el suspense y él disfrutaba haciéndoselo pasar mal.

—Es una Davis.

No pudo dejarlo más sorprendido.

—¿La señora Davis tiene familia?

—Sí, nada más y nada menos que una hija. El Pajarillo no sabe volver a su hogar y voy a acompañarla caballerosamente.

Terry se moría por acompañarlo, pero no se lo iba a pedir. Logró que soltase la puerta y lo dejara montar en su vehículo.

—Tienes que contármelo todo después —pidió su hermano.

¿Por qué suscitaba tanto interés esa noticia?

La señora Davis era la típica mujer mayor gruñona de cualquier pueblo. Solía quejarse de todo, del ruido, de la suciedad, de la música de las fiestas anuales, del olor del abono... Tenía un sinfín de quejas para todo aquel que se detuviera a dedicarle un educado <<buenos días>>.

—¿Es guapa?

Wyatt lo ignoró y arrancó el motor. El rugido silenció los gruñidos de su hermano; viéndose obligado a retroceder se apartó del coche ligeramente. Al marcharse supo que iba a ser acosado durante horas hasta que lo explicase todo.

Camino hacia el reencuentro con Patrice reflexionó en referencia a la pregunta de Terry. ¿Era bonita aquella mujer?

No había tenido mucho tiempo para fijarse, pero había podido observar sus

cabellos largos rubios cual rayos de sol, casi le había recordado el tono que adquiriría el cielo cuando el sol amanecía tras las montañas.

Parecían tener casi la misma edad, pero eran las dos caras de la misma moneda. Él iba vestido propio del campo y de aquellas labores. Unos tejanos vestían sus piernas y una camisa demasiado blanca era su uniforme de cada día.

Y ella iba vestida con un traje de chaqueta que se ajustaba a su cuerpo a la perfección. Además, llevaba unos tacones tan altos que evidentemente no era la ropa propia de allí.

Sorprendentemente, la vio en la lejanía tocando a dos de sus caballos, los mismos que estaban cuando él la había encontrado. Al parecer, aquel Pajarillo había hecho dos nuevos amigos.

Dio un brinco al escucharle llegar y retrocedió hasta su coche.

Él bajó la ventanilla para decirle:

—Sígueme.

—Gracias.

Era tan educada y tan pulcra que estaba deseando tener la oportunidad de verla embarrarse. Estaba claro que llevaba demasiados años lejos de allí y volver iba a costarle mucho.

Camino a casa de los Davis miró por el retrovisor un par de ocasiones para ver si le seguía el ritmo, incluso hubo un par de momentos en los que apretó el acelerador para despistarla un poco y ella se aproximó a él a toda velocidad.

¿A qué jugaba aquel hombre? Si seguía acelerando y frenando iba a acabar encastrada en el maletero.

Cuando adquirió un ritmo más normal Patrice pudo fijarse en el paisaje. El rancho de aquel hombre era muy grande y parecía haber comprado muchas de las tierras de su familia.

¿Cuándo habría ocurrido? ¿Por qué motivo?

Iba a tener que ponerse al día con su madre durante días. Aquella no iba a ser una transición fácil.

Suspiró cansadamente.

Todo iba a ser difícil. Lo primero sería enfrentarse a su madre después de tantos años. Los que conocían a la familia de toda la vida pronto empezarían a criticar su vuelta y eso era lo peor de las ciudades pequeñas. Las lenguas podían ser terribles y no quería encarar a nadie.

Para ser sincera no deseaba estar allí. Volvía por unos motivos muy claros: el cáncer que sufría su madre.

Se lo había ocultado durante largos meses hasta que la había llamado entre llantos para indicarle que le habían declarado apenas un año de vida. Eso había provocado que la vida de Patrice diera un vuelco.

Todo había dejado de ser importante. Había pedido una excedencia, había vaciado su apartamento y entregado las llaves a su casera antes de acabar el contrato. ¿Qué podía decirle? No le habían devuelto la fianza por no avisar con el tiempo reglamentario.

Y llevaba casi tres días de viaje con su coche atravesando todo el país para regresar a casa. Todo tendría un cáliz más bonito si fuera Navidad, no obstante, no era el caso.

Sus pensamientos se evaporaron cuando el corazón se encogió hasta ser doloroso. La casa de sus padres quemó sus retinas, ya casi no la recordaba por muchos años que hubiera vivido allí.

Una casa de un solo piso de altura como casi todas las de la zona, creada con muros gruesos de piedra y tejado de madera clara.

Sonrió al ver el porche. Sí, ese mismo en el que había pasado largas horas leyendo miles de libros, donde aprendió a caminar y donde el pequeño de los Olson le había prometido que de mayores se casarían. Su padre siempre había amenazado con derribarlo, pero seguía allí.

Aparcó al lado de Wyatt y necesitó hacer acopio de todas sus fuerzas para salir del coche.

Su madre escuchó el sonido de los vehículos y salió corriendo hacia la calle.

Verla en persona, en vez de llamada por Skype, resultó extraño y aterrador. ¿Cómo había podido estar tan lejos de ellos todos aquellos años?

Recordaba con claridad la melena rubia de su madre, sedosa y tan larga que ella había disfrutado cepillar miles de veces. Ya no era esa niña cariñosa que habían tenido, la relación con ellos se había roto sin remedio.

—¡Me tenías muy preocupada! Tendrías que haber llegado hace horas —

recriminó severamente.

Patrice se metió las manos en los bolsillos y se encogió como tantas veces había hecho. Ese recuerdo la obligó a ponerse erguida y mostrarse fuerte. Ya no era esa niña tímida, era una mujer fuerte.

—Me perdí, te dije que no conozco la zona.

—Señor Miller, qué agradable sorpresa. Espero que mi hija no le haya molestado.

Esa frase la enfadó, pero prefirió no pronunciarse.

—Solo lo justo y necesario. Vi a este Pajarillo revoloteando con los caballos y me ofrecí a guiarla.

Bien, su misión ya había terminado.

Sin mediar palabra Patrice fue al maletero de su coche para sacar un par de maletas. Las arrastró hasta quedar cerca de ellos y sonrió.

—Te agradezco tu amabilidad. No prometo que no vuelvas a verme perdida, pero espero aprender pronto. Siento si me ves nuevamente caminando por tus tierras.

—No te preocupes, ha sido un placer. Eres más que bien recibida cuando quieras venir.

Patrice asintió incapaz de decir nada más. Estaba sometida a muchas emociones juntas y deseaba descansar.

—Gracias, señor Miller.

—Ha sido un placer, no conocía la existencia de su hija. Ha sido toda una sorpresa.

Patrice luchó por no darse la vuelta y esperar en el porche a que su madre dejase de hablar con el vaquero.

—Sí... —El pesar que arrastró la voz de su madre le hizo daño—. Es una alegría tenerla de vuelta.

—Bueno, debería irme. Si necesitan cualquier cosa las señoritas, saben dónde encontrarme.

La despedida fue cordial y ella no pudo evitar darle un último vistazo.

¿Quién era ese Wyatt Miller?

CAPÍTULO 2



Su habitación era ahora un vestidor enorme. Sí, lleno de estanterías, luces y ropa que hacía que aquello pareciera el ropero de una discoteca. Trató de no pensar demasiado en ello y dejó las maletas justo donde su madre le había indicado.

Respiró de forma pausada tratando de calmar sus nervios. Aquello era como enfrentarse a la peor de las operaciones.

—Entonces, ¿te han dejado venir?

—Sí, ya te expliqué que pedí una excedencia. No tengo que volver hasta dentro de un año.

Doce meses en los que podía pasar cualquier cosa.

El buen gusto de su madre se notaba en el ambiente. Su forma de decorar era única y se alejaba del aire vaquero de aquellas tierras. Siempre había sido especial en aquel sentido y los años no la habían hecho cambiar.

—¿Un té? —preguntó siendo incapaz de decir nada más.

Su madre asintió.

Patrice se dirigió a la cocina con paso rápido. Al entrar se detuvo en seco al encontrarla totalmente cambiada. Aquella estancia había sido renovada no hacía mucho.

—Tú padre lo hizo pocos meses antes de que...

Asintió entendiendo lo que quería decir.

Perderle había sido doloroso. Ciertamente era que compartían pocas llamadas al año, pero eso no significaba que no le apenara la muerte de su progenitor. Él

había sido el hombre más fuerte que había conocido jamás. Lo había sido hasta que una pulmonía se había complicado lo suficiente como para ir al hospital. Días después recibía la llamada con el aviso de su fallecimiento.

Apretó los puños intentando alejar la rabia que sentía. Nadie la había llamado y eso le había arrebatado la oportunidad de despedirse, de verse una última vez.

Su madre tomó la delantera para sacar lo necesario del té, casi reaccionó al instante y se dispuso a ayudar.

—Ese Miller me ha dicho que le vendisteis parte de las tierras.

Sacar el tema no era fácil.

—Así es. Nos quedamos unas pocas cabezas de reses y un par de caballos. —Respiró pausadamente—. Eran muy costosas de mantener y los Miller nos dieron un buen precio.

Asintió comprendiendo la situación.

—Cuando el dinero se acabó fue la mejor opción que supimos encontrar — le explicó como si necesitase reprocharle algo.

Patrice no quería hablar de eso.

—¿Tenemos que sacar el tema ya? ¿No puedes dejar unos días para que me aclimate?

Pero su madre no era una persona que dejase las cosas para más adelante. Tenían muchas cosas de las que hablar y, le gustase o no, estaba claro que todo su pasado iba a explotarle en la cara nada más llegar.

—Patrice, fue muy duro... —Calló antes de acabar, se atusó el pelo y rectificó al momento—. Descansa un poco, ha sido un viaje muy largo.

Eso la sorprendió.

—Gracias.

No dijo nada más y aprovechó para huir a la habitación de invitados. Necesitaba salir de allí lo antes posible, pero dado que no se podía lo mejor era esconderse. Cerró más sonoramente de lo que había planeado y se sintió de regreso a la adolescencia.

—Patrice, no tienes quince años —se dijo a sí misma.

Los sentimientos se agolparon en su pecho de forma dolorosa. Necesitaba salir de allí, respirar aire fresco.

Aquella habitación era muy amplia y tenía un pequeño balcón soleado

donde poder salir a leer un rato. La cama individual estaba cubierta con una colcha que su madre había tejido muchos años atrás.

No podía respirar, era como si tuviera un puño apretando su garganta. Era aquel lugar, sacaba lo peor de su pasado y no podía hacer nada para remediarlo.

Abrió el balcón y salió al exterior sorteando las plantas que le barrían el paso. Cuando logró no chocar con nada se sentó en el suelo y dejó que el ambiente la abrazara. Solo entonces fue capaz de calmarse.

No era todo malo lo que había vivido allí y aquel lugar era hermoso.

¿Lo seguiría siendo meses después?

Wyatt se sentó en la mesa sabiendo que era la diana de todas las miradas. Sonrió ampliamente y los miró a todos. Estaba convencido de que Terry había explicado lo de la nueva visita al pueblo.

Su madre se moría por hablar, casi pudo ver humo saliendo por sus orejas tratando de mantener silencio.

—Te lo ha contado, ¿verdad?

No necesitaba respuesta, era una afirmación clara.

—¿Hija de esa mujer? ¿Estás seguro que fue lo que te dijo?

Al parecer ella había levantado curiosidad en su llegada sin avisar. Los rumores pronto iban a correr y esperaba que estuviera preparada.

—Completamente. Esa mujer es la hija de los Davis.

Un apellido casi tabú en aquella mesa.

La madre de Patrice no era del agrado de muchos de los que estaban en su rancho. Se lo había ganado a pulso, no obstante, ella no tenía nada que ver en todo aquello.

Uno de sus trabajadores regresó del baño y se sentó en su lugar para después preguntar qué estaba pasando.

—¿La señorita Patrice ha regresado?

Eso sí era una sorpresa. Al parecer el Pajarillo no era desconocido para todos.

—¿La conoces?

Asintió fervientemente y con una sonrisa dibujada en sus labios. Al parecer, ella le traía buenos recuerdos.

—Éramos dos pequeños cuando corríamos por las tierras de sus padres. Era muy buena chica, pero pensé que jamás volvería a casa.

—¿Y eso por qué?

Su madre estaba sorprendentemente interesada en la muchacha.

—Los rumores dijeron auténticas barbaridades, pero algo está claro: pasó algo horrible en aquella finca. —Tomó un trago de agua como si le costara hablar—. Eso sin contar que la señora Davis siempre ha sido especialmente cruel con ella.

Eso llamó su atención.

El tercio de la conversación cambió y cada uno comenzó a hablar de cosas distintas.

Wyatt removió su plato sin apetito. Aquellos detalles de ella le provocaban más ganas de seguir conociéndola. El Pajarillo traía consigo muchos secretos y él era curioso como un gato.

No era de extrañar que ni él ni su familia no la conocieran dado que solo llevaban en Afton ocho años. Muchos de sus trabajadores habían llegado años después, pero los que llevaban más tiempo seguro que sabían quién era.

Se levantó y se disculpó antes de salir del comedor. Terry lo siguió a toda prisa.

—¿Qué pasa?

—Nada, ¿por qué? —contestó Wyatt.

Él se encogió de hombros antes de contestar.

—Tengo la sensación que esa mujer te ha llamado la atención.

—No exactamente, es un misterio. ¿Y quién no quiere resolver uno?

Terry sonrió asintiendo.

—Podemos acercarnos al pueblo a preguntar por ella.

Aquello se salía de los límites. El Pajarillo merecía respeto y que se la dejara en paz, ya llegaría el momento de resolver dudas.

—No harás nada de eso. Es solo una mujer y parece que estamos poco acostumbrados a los extraños —dijo antes de proseguir—. Dejaremos que se habitúe y si se tercia sabremos quién es.

Su hermano aceptó a regañadientes y volvió al comedor dispuesto a acabar la cena.

Él salió fuera y se subió a su coche, condujo unos pocos kilómetros con las ventanas abiertas dejando que el aire fresco lo golpease. Siempre había que dar una vuelta para evitar que los depredadores entraran a comer sus animales.

A su derecha iba su escopeta, no solía usarla para asesinar a ningún lobo, pero sí para ahuyentarlos.

Sin darse cuenta llegó hacia donde había sucedido su encuentro con Patrice y se rio de su subconsciente.

Los caballos, al verlo, se acercaron para ver si traía algo de comer. Bajó del coche y se dirigió a ellos para tocar a los más valientes que se dejaron; en especial a los dos que habían llamado la atención de Patrice.

—Ese Pajarillo no ha pasado desapercibido. ¿Lo sabrá?

Era un pueblo muy pequeño para que las voces no comenzaran pronto a hablar. Y ella parecía guardar muchos secretos.

CAPÍTULO 3



Aquello no iba bien, los números no salían y su madre estaba cerca de la ruina. ¿Cómo era aquello posible?

—Mamá, tenemos que hablar.

Ella salió de la cocina y su rostro le mostró que no estaba de acuerdo con sus palabras.

—No tengo tiempo, quizás más tarde.

Pero Patrice conocía bien esos <<quizás>>. Significaba que el tema estaba zanjado completamente y no había vuelta a discusión. Sin embargo, ella ya no tenía diez años e iba a pelear como siempre debía haber hecho.

—Será ahora —advirtió—. Estás en números rojos, unos muy rojos, debes muchísimo dinero al banco. ¿Te ha llegado una carta de embargo?

Y los ojos marrones de su madre contestaron por sí solos. ¡Oh, santa madre! Estaban en una situación más delicada de lo que hubiera imaginado en un principio.

—¿Cómo no me lo dijiste?

—Creía que tenías ahorros, esa iba a ser mi solución.

Patrice se tapó el rostro con ambas manos mientras exhalaba. Su madre era una caja de sorpresas, una que no se había visto venir y que empeoraba mucho su situación.

—Me he pedido una excedencia y pensaba soportar este año con ese dinero. —Removió los papeles crispada—. De todas formas, mis ahorros no pagan este desfaldo que tienes.

Su madre se encogió de hombros con indiferencia. Ella era así y esperaba que lo solucionara.

—No tengo tanto dinero. Y hay que sumar las facturas médicas. ¿Puedes entender eso?

Pero Piper Davis vivía en un mundo alternativo, uno lejos de la realidad que había provocado muchos problemas en su familia. Esperaba que alguien la salvara y fuera su caballero andante.

No podía volver a Detroit y retomar el trabajo. Su madre empezaba a necesitar ayuda, no era aconsejable dejarla sola y eso solo empeoraba aquella situación.

—¿Por qué no me lo dijiste? Podría haber buscado una solución —preguntó al borde de la desesperación.

Su madre no contestó, acentuando todavía más su enfado.

—Si no hay dinero no podemos seguir pagando el tratamiento médico.

Entonces reaccionó. Se acercó a ella, se sentó en la silla de al lado y tomó sus manos en un firme apretón.

—Estoy segura que sabrás qué hacer. Además, es algo pequeño para todo lo que he hecho por ti.

El reproche la enfadó hasta el punto de soltarla y levantarse.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó asombrada con su reacción.

No, no lo estaba.

Les quedaba un puñado de tierras mal cuidadas, unas cabezas de reses que no servían para criar o para consumir y dos caballos igual de viejos. Las gallinas habían sido asesinadas por algún animal salvaje y solo quedaban plumas y excrementos.

Las deudas ascendían a casi el doble del dinero que tenía ahorrado sin contar las facturas médicas que seguirían llegando por el tratamiento de su madre.

—No puedo pensar con claridad —comentó apretándose las sienes.

—Eso es el jet lag. Pronto te sentirás mejor, he llamado a todos tus amigos.

Patrice se congeló al instante. Siempre las cosas podían empeorar y, en ese caso, su querida progenitora acababa de soltar una bomba demasiado grande. Al final no pudo más que caminar hasta el sofá y dejarse caer sobre él.

—Dime que no es verdad.

—¡Por supuesto que lo es! He llamado a Billy, Kara, Helen y ese chico que siempre te rondó. —Se quedó pensando—. El pequeño de los Smith... Finn.

Ella se pellizcó las palmas de las manos intentando despertar de aquella pesadilla. No podía enfrentar todo eso de golpe.

—No tenías que llamar a nadie, no te correspondía —dijo suavemente mirando.

Piper Davis siguió hablando de los años que sus amigos habían pasado en su casa y las fiestas de pijama que había montado. Unos tiempos bonitos, pero ella se había marchado sin decir adiós. Nunca había mirado atrás y estaba segura que eso no se lo iban a perdonar.

De todas formas, no estaba allí para retomar viejas amistades. Iba a acompañar a su madre durante la lucha de su enfermedad con la esperanza de verla recuperarse y después retomaría su vida en Detroit.

Patrice huyó de nuevo, era lo que mejor se le daba hacer y lo más adecuado en aquella situación. No deseaba discutir.

Tomó las llaves de su coche y salió a toda prisa de aquella casa.

—¿A dónde vas?

—¡A algún sitio donde no estés y no puedas joderme la vida!

Cerró y la dejó allí.

Antes de arrancar a andar se regañó a sí misma; no podía dar disgustos a su madre y no estaba cumpliendo las indicaciones de los médicos.

Caminó hacia los campos que había tras la casa, iba a encargarse de los animales y adecentar aquel lugar en lo que pensaba que podía hacer.

Al llegar los dos caballos que quedaban sacaron sus cabezas de sus establos. Ambos estaban cubiertos de canas y la miraron curiosos con su llegada. Patrice comenzó a hablarles para tratar de no atemorizarlos.

—Vengo a cuidaros. Y lo primero que vamos a hacer es desayunar y luego un buen cepillado.

Fue hacia donde se guardaba el heno y el olor fue tan nauseabundo que tuvo que taparse la nariz. Al llegar, encontró la comida de los animales cubierta de moho y plagado de bichos.

Aquello era el colmo, aquellos animales no estaban siendo bien cuidados y eso no lo podía permitir. Estaban indefensos y dependían completamente de un humano para seguir viviendo.

—Me temo que voy a tener que acercarme al pueblo antes de lo esperado para comprar un poco de comida, chicos.

Ellos alzaron sus orejas puntiagudas muy atentos a sus palabras.

—Vuelvo lo antes posible.

<<Como si los animales pudieran contestarme>>. Pensó.

Cuando se dirigió al coche vio que venía alguien a lo lejos, un coche que ya conocía: el de Wyatt Miller.

A pesar de que lo imploró al cielo, él se detuvo a saludar; la cortesía de aquellos lares no había cambiado muy a su pesar.

—Buenos días, señorita Davis.

—Buenos días señor Miller.

Las formalidades les hicieron sonreír.

—¿Te diriges al pueblo? —preguntó viendo agitar las llaves de su coche.

Patrice asintió.

—Puedo guiarte si quieres.

Aquello la hizo asentir. En honor a la verdad no le iba mal eso para así refrescar la memoria y comenzar a espabilarse.

—Sería un detalle —contestó agradecida.

—¿Puedo preguntar qué te hace falta?

Ella se encogió de hombros antes de contestar que necesitaba heno fresco para sus pobres caballos. No quería imaginar cuánto tiempo llevaban comiendo semejante monstruosidad.

Wyatt la miró divertido.

—¿Qué pasa? —preguntó frunciendo el ceño confusa.

—Me creo que lleves mucho tiempo lejos de aquí. No puedes cargar heno en un coche utilitario, no podrá con él.

Notó sus mejillas encenderse de pura vergüenza, no había reparado en ese detalle. Se había acostumbrado demasiado a la ciudad dejando de lado todo su pasado, incluido el trabajo de campo.

—Gracias por el aviso. Hubiera hecho el ridículo.

Él restó importancia con un gesto despreocupado con la mano.

—Sube que te llevaré a mi rancho. Allí cargaremos un poco de heno para tus caballos en el camión.

Aquello la hizo retroceder un par de pasos. No era demasiado confiada con extraños por muy vecinos que fuesen.

—Gracias, pero no es necesario, seguro que en el pueblo encuentro a alguien que me pueda vender.

—Estoy más cerca y tengo camión. Puedo ayudarte.

Patrice había aprendido que nadie daba nada gratis y aquello solo podía ser una trampa. Negó con la cabeza y se protegió cruzándose de brazos.

—No te pongas así, no soy el lobo feroz. Pregunta por el pueblo si quieres, soy buen tipo.

De hecho, su madre lo había dicho y pasar la nota de corte de su madre era difícil.

—¿Qué quieres a cambio?

—Nada, solo soy un buen vecino.

Patrice dudó unos segundos, pero el relinche de sus animales a lo lejos la instó a apurarse.

—De acuerdo, pero tienes que cobrarme.

—Eso ya lo discutiremos por el camino.

Se subió al coche no sin antes echar un último vistazo a la casa de su madre. Estaría lejos de allí un rato y eso seguro que ayudaría a templar sus nervios.

¿Era Wyatt Miller alguien de fiar?

CAPÍTULO 4



Ella estaba incómoda. Wyatt podía sentirlo casi sin mirarla ya que no paraba de removerse en el asiento. Tenía la sensación de que si le bajaba la ventanilla iba a tirarse para tratar de huir.

—No va a pasarte nada, Pajarillo.

—¿Por qué tendría que pasar algo? No te tengo miedo.

No pudo evitar reír, trataba de ser valiente, aunque no tenía el valor suficiente como para decirle lo que pensaba.

—¿Ha cambiado mucho todo esto en diez años?

Ella se encogió de hombros.

—No me ha dado tiempo a explorar demasiado. La casa de mis padres sigue con el mismo gusto esperpéntico de decoración; mi habitación ahora es un vestidor y el ochenta por ciento de las tierras te han sido vendidas. Es un cambio grande.

Wyatt escuchó atentamente sus palabras, pero más su tono. Ella estaba enfadada o molesta.

—Es un comienzo, pero seguro que el pueblo no ha cambiado mucho. Al menos no lo ha hecho en los años que llevo yo aquí.

Vislumbró la entrada de su rancho a pocos metros. La miró de soslayo cuando Patrice se movió para ver con claridad el arco de la entrada con dos cabezas de bueyes talladas en madera de roble.

Aparcó y la vio salir del coche de un salto, como si a su asiento le hubieran prendido fuego.

—No es necesario huir.

—No estoy huyendo. —Se defendió alzando ambas palmas de las manos.

Wyatt se levantó el sombrero para peinarse un poco el pelo y volver a colocárselo. Terry salió corriendo de los establos al ver a la recién llegada y patinó al frenar cayendo sobre su trasero.

—¿Te has hecho daño? —preguntó asustada.

Su hermano se levantó de un salto y se atusó la ropa.

—Soy Terry Miller.

Patrice enarcó una ceja y los miró a ambos de forma intermitente.

—¿Parientes?

—Hermano, muy a mi pesar.

Ella sonrió afablemente produciendo que Terry se sonrojara. Al joven vaquero le había gustado la recién llegada.

—Yo siempre quise tener un hermano, pero la naturaleza es sabia y no le dio más hijos a mi madre.

—¡Menos mal! Esa mujer es una b...

Wyatt carraspeó cortando por completo a su hermano, no quería que fuera descortés con la muchacha y lo que se solía decir de la señora Davis no era demasiado bueno. Consiguió lo que se propuso y su hermano se tapó la cara con las manos exasperado.

—Lo siento mucho, no quise decir eso.

Pero ella no parecía sorprendida con sus palabras. Se encogió de hombros y le tendió la mano para presentarse.

—Soy Mary Patrice Davis y nadie más que yo sabe lo bruja que puede llegar a ser mi madre.

Su sentido del humor era admirable y quitó importancia a las palabras del bocazas de su hermano.

—Ayúdame a subir heno en el camión.

La orden fue clara y concisa, haciendo que Terry saliera de su ensimismamiento infantil y corriera a buscar lo necesario. Era mejor llevarlo con el tractor y el remolque para que el camión no sufriera demasiado.

—¿Es para ella?

—Pillé al parajillo queriendo ir al pueblo para ir a comprar heno con su

coche.

Su hermano arrancó a reír.

—Gente de ciudad. —Lo miró divertido y arrancó el tractor—. Y tú hiciste de caballero andante.

Wyatt decidió ignorarle.

—¿Patrice?

Se sobresaltó al no conocer la voz y giró sobre sus talones para mirar a quien había pronunciado su nombre. Era un hombre que se acercaba a ella muy sonriente, como si la conociese de toda la vida.

Su piel morena le dio una pista, de pequeña había jugado con un niño al que habían llamado espalda mojada por ese rasgo; algo muy feo y cruel que nadie debía vivir. Ella lo había defendido muchas veces hasta el punto de acabar pegándose con algún abusón.

Sus ojos verdes fueron inconfundibles, provocando que muchos recuerdos buenos llenasen su mente.

—¿Sora?

Él asintió y la alegría fue tan grande que no fue consciente de cómo se lanzaba a sus brazos y lo apretaba fuertemente. Estaba muy contenta de verlo y, por un breve instante, había olvidado los muchos años que hacía que no lo veía.

Se apartó rápidamente totalmente sonrojada y se disculpó.

—No hay nada que perdonar.

Él seguía siendo igual, sus rasgos mostraban el paso de los años, pero lo básico era similar a ese niño que tan bien había conocido.

—El señor Miller dijo que te había encontrado.

Asintió, de no haber sido así todavía seguiría dando vueltas por la zona.

—¿Trabajas aquí? —preguntó demasiado curiosa.

—Sí, son dueños del rancho más grande de la zona. Dan trabajo a mucha gente de por aquí.

Eso era un detalle que estaba bien saber, si las deudas seguían ascendiendo

iba a tener que ponerse a trabajar porque sus ahorros no iban a dar para todo. Sin embargo, no quería abusar más de aquel hombre.

—No esperaba verte por aquí de nuevo.

Ni ella misma, ni en sus peores pesadillas lo hubiera creído posible.

—No es lo que más me gusta en el mundo, pero no he tenido elección.

Sora le miró solo como él sabía. Era una persona muy perspicaz y con un leve aleteo de pestañas sabía bien lo que estaba ocurriendo. Los años no habían aminorado ese don tan molesto.

—¿Tu madre?

Asintió con pesar.

—Solo ella podía hacerte volver.

Eso era cierto, era una estúpida por seguir cogiendo el teléfono a una mujer que tanto daño le había hecho. Lo peor era que cuando la había llamado diciendo su enfermedad no había dudado en salir corriendo de Detroit para volver.

—Está enferma.

Sora articuló un leve <<oh>>.

—Espero que no sea grave —deseó cariñosamente.

Patrice negó con la cabeza.

—Parece que sí, le han diagnosticado cáncer en un estado bastante avanzado.

—¡Oh, muchacha! Lo siento mucho. Ya decía yo que tenía que ser grave para hacerte regresar.

¿Él sabría lo que la había empujado a huir? Esperaba que no, era un secreto que pocos en Afton sabían y deseaba que siguiera siendo así.

—¿Sabes por qué...?

—Algo se dijo, rumores estúpidos principalmente, pero todos sabíamos cómo era tu familia. A nadie le extrañó no verte más por aquí.

Se sintió la peor de las personas. No se había despedido de nadie y los había abandonado como si nunca hubieran sido importantes. Podría haber llamado por teléfono, pero había desaparecido y empezar de cero sin quedarse unida a nadie.

—Lo siento mucho, de verdad. No fue justo desaparecer así.

Él se encogió de hombros restándole importancia.

—No te preocupes, me alegré cuando tus padres dijeron que te licenciabas allí en Detroit. Era lo mejor.

Quiso llorar. ¿Cómo podía ser tan bueno?

—Gracias, no me siento muy orgullosa con lo que hice, pero necesitaba salir de aquí corriendo.

Era la mejor explicación que podía dar, ni más ni menos. Y Sora comprendía bien sus palabras porque había visto como había sido la relación con su familia. Todo habían sido discusiones.

—Siento que hayas tenido que volver y más por esos motivos.

¿Qué podía hacer? ¿Dejarla sola los últimos meses de su vida?

—¿Y qué ha sido de ti? —preguntó tratando cambiar el tercio de la conversación—. ¿Pareja, hijos? Ya veo que no montaste el rancho que tanta ilusión te hacía.

Había hablado de eso durante años, pero eran sueños de niños ya que para hacer algo así se requería muchísimo dinero.

Sora se sonrojó.

—¿Te acuerdas de Candace?

Claro que sí, una muchacha que llamaba la atención por donde fuera por su intelecto. Era la primera de la clase y siempre sacaba sobresaliente en los proyectos de ciencias. Patrice siempre creyó que sería la primera en irse para estudiar en un lugar con más posibilidades.

—¿Estáis juntos?

—Y en unos meses vamos a ser padres.

Patrice profesó un grito de alegría antes de volver a estrecharlo entre sus brazos.

—Mi más sincera enhorabuena. Eso es una buenísima noticia.

El sonido de un tractor les hizo reaccionar. Wyatt y su hermano llegaban cargados con lo que parecía demasiado heno.

—Bueno, me alegra verte. Se lo diré a mi mujer, seguro que organiza alguna cena para que vengas.

¿En serio?

—¿Después de todo? ¿De cómo me fui y de no haber dado señales de vida?

Sora sonrió solo como él sabía y es que era especialista en olvidar. Se habían peleado muchas veces durante años, a veces habían llegado a pegarse con los juguetes como si hubieran sido hermanos. Y siempre venía con una sonrisa y un abrazo poco después.

Pero diez años no era una pelea.

—Yo me alegro de verte y eso es lo que cuenta. Y si vas a quedarte vas a necesitar ayuda. Por mi parte seguimos siendo amigos.

—Gracias, Sora.

Él agitó levemente una mano restándole importancia antes de seguir con su trabajo.

—¡Ah! Haz esa tarta de queso que tan bien te quedaba.

—Dalo por hecho —sonrió.

Al parecer, no todo en aquel lugar había sido malo y Sora le iba a ayudar a recordar las cosas bonitas que había allí.

CAPÍTULO 5



—Eso es demasiado —dijo Patrice señalando el heno.

Terry se había escabullido segundos antes sin apenas decirle palabra alguna, algo que sabía bien que tenía que ver con aquel hombre porque era capaz de ordenar sin necesidad de abrir la boca. Era fuerte y poderoso, su cuerpo se movía al compás de una melodía como si fuera acompañado de banda sonora. Era capaz de poner a alguien de rodillas con una simple mirada.

—No lo es. Tienes dos caballos hambrientos, si te doy menos tendrás que venir en pocos días. —Alzó una ceja pícaramente—. A no ser que no sea eso lo que quieres, volver a verme.

Patrice se congeló en su sitio unos segundos.

—¿Y por qué debería querer volver a verte?

Wyatt no la miró, pero no hizo falta. Siguió atando los fardos de heno al tractor.

—Nos hemos visto ya dos veces. Creo que haces todo lo posible para cruzarte en mi camino, Pajarillo.

Eso era absurdo, pero no quiso molestarse en rebatirlo. Él podía creer lo que quisiera.

Ella se encogió de hombros.

—Si quieres creer que bebo los vientos por ti, pues tú mismo.

El carácter del vaquero cambió allí mismo. Dejó lo que estaba haciendo para acercarse a ella con un paso lento, pero imponente. La proximidad fue algo perturbador de la que quiso huir, sin embargo, una mano posada sobre la

base de la espalda la retuvo.

—El día que llegue a gustarte tú y yo vamos a saberlo. Y todo el mundo lo tendrá claro.

—Un poco creído, ¿no?

Su sonrisa encendió algo que quiso apagar al instante.

—Puede que un poco.

Su sinceridad la aturdió. Se sintió extraña tan cerca de aquel hombre y, al mismo tiempo, cómoda.

Un ruido procedente de los establos hizo que ambos se apartasen y recobraran la compostura. Ella decidió mirar a su alrededor mientras recobraba el aliento que él, provocativamente, le había robado.

—Tienes que darme precio. —Señaló el tractor—. Del heno.

—No le cobro la sal a mis vecinas.

—No es sal.

Y era obvio.

Wyatt se levantó un poco el sombrero dejando que tuviera mejores vistas de su rostro.

—Como si lo fuera. Esta vez te lo regalo, tómalo como el bizcocho de bienvenida.

Parpadeó perpleja, eso que le daba no era un montón de harina y huevos, era el alimento de varias semanas de sus animales.

—No puedo aceptarlo.

—¡Oh! Pero lo vas a hacer.

Su tono de voz era como el de un rayo alcanzando tierra, fuerte y profunda. Era grave y traicionera, capaz de hipnotizarte como si de una serpiente se tratase con su siseo.

—¿Y eso por qué?

—Porque si no diré que la hija de los Davis ha rechazado un regalo. Los rumores correrán como la pólvora y sabes lo chismosos que pueden ser por aquí. Un pequeño grano de arroz puede convertirse en una avalancha. ¿Qué dirán de ti si pregunto?

Patrice perdió todo rastro de humor. Ese era un golpe realmente bajo y él había jugado una carta traicionera.

Asintió por temor a que otro rumor llenara su historial, los pueblos pequeños podían ser muy crueles con eso.

—Así me gusta, sube y te llevo a casa.

Eso sí que fue una sorpresa. Miró el tractor y negó rotundamente.

—Solo hay un asiento —dijo sabiendo que Wyatt lo sabía perfectamente—. Me voy andando.

Tal vez iba a necesitar todo un día para llegar, pero estaba segura de que no iba a subir a ese cubículo con ese hombre tan cerca.

—¿Tu padre nunca te llevó en tractor?

—¿Qué disparate? ¡Claro que me llevó! No obstante, no eres mi padre.

Si volvía a sonreír lo golpeaba con algo contundente. No podía nublar su razón con ese simple gesto. Lo peor era que él ya se había dado cuenta del efecto que tenía sobre ella.

Wyatt se sentó en el asiento y le tendió la mano.

—Sube.

—No.

El vaquero se rascó la frente antes de contestar.

—Puedo ir a por el lazo y subirte.

¿Pensaba hacer eso?

Patrice se molestó imaginando aquella situación. No pensaba ponerlo a prueba y conseguir el mayor ridículo.

¿Podía ser capaz?

Dudó un par de segundos mientras valoraba sus opciones y ninguna era buena. La de subir con él era la <<menos mala>>. Hizo un leve mohín y se masajeó la nuca tratando de darse ánimo.

—De acuerdo —cedió.

Tomó su mano puesto que no se vio capaz de subir por sus propios medios, la altura de aquel vehículo era demasiada y tuvo que trepar hasta llegar junto a Wyatt.

No entró en la cabina, pero estaban demasiado cerca, demasiado para su gusto. Él se quedó en silencio instándola a entrar.

—Vamos, solo vamos a ser dos amigos paseando en tractor.

—No somos amigos.

Y supo que se lo había puesto en bandeja cuando vislumbró sus perlados dientes nuevamente.

—Entonces, ¿amantes?

Su mente gritó un sonoro <<descarado>>, sin embargo, su boca se apretó dibujando una seria línea que le arrancó una risa.

Tiró de ella hasta entrar y la sentó, sin miramientos, en su regazo. Cerró la puerta con demasiado ímpetu provocando que diera un respingo haciendo notar mucho más sus piernas bajo su trasero.

—Así mejor.

Arrancó el motor y comenzó la marcha.

Patrice enmudeció, no sabía en qué lugar de aquel diminuto cubículo colocarse y mucho menos donde mirar. Él desprendía calor y un aroma que picó en sus fosas nasales.

Era un hombre de campo. Eso no significaba que oliese mal, para nada, era una mezcla de heno y tormenta que podía embriagar a cualquiera. Y si a eso le sumabas lo atractivo que era, lo hacía una peligrosa combinación.

—Estás muy callada, Pajarillo.

—¿Por qué me llamas así?

Ya se lo había dicho en un par de ocasiones y no sabía que había hecho para ganarse ese mote tan extraño.

—Eres como un pequeño pájaro en apuros. Das pequeños saltos alrededor de alguien que te ayude, pero cuando te dan la mano sales volando. Me pregunto qué es lo que hace falta para lograr que te poses cerca de forma tranquila.

Eso era extraño, pero la había descrito a la perfección. No confiaba en nadie y mucho menos esa cercanía a la que estaba siendo sometida. Solo quería que ese año pasase y poder regresar a su vida.

—Entonces, ¿vas a quedarte mucho por aquí?

¿Aquel hombre podía leer la mente?

—Me he pedido una excedencia. En un año debería volver.

Él asintió de forma que su barbilla tocó su cabeza. Su barba rascó un poco, pero no se retiró. Pasados unos segundos volvieron a tomar la postura anterior.

—¿Y ese trabajo es?

—Soy cirujana en pediatría.

Aquello lo sorprendió sobremanera, no esperaba tener a una cirujana sobre sus piernas. Una que deseaba saltar por la ventana en cuanto tuviera ocasión y poco iba a importar lo mucho que la sujetase para evitarlo.

—Has dejado un trabajo muy importante para venir a un pueblo tan pequeño.

Ella asintió. Fue como si quisiera contestar, pero le faltó confianza, así que empujó un poco más.

—Aquí no hay mucho trabajo para tu especialidad.

—Estoy aquí por mi madre.

La señora Piper Davis era bien conocida por todos. Había atormentado a cada habitante del pueblo hasta labrarse una fama interesante.

—Está enferma.

Eso despejaba algunas dudas.

—Lo lamento, espero que no sea grave.

—Cáncer de huesos, está muy avanzado...

Eso significaba que a aquella señora le quedaba poco tiempo de vida. Se apenó con la noticia y necesitó unos segundos para poder seguir con la conversación. No sabía exactamente qué decir.

—Lo siento mucho.

Patrice lo agradeció.

Empezaron a entrar en las tierras que el señor Davis le vendió años atrás y pudo comprobar como ella las reconoció. Se removió mirando los cambios y los animales que tenía ahora en ellas.

—Tu padre se quedó sus mejores tierras cuando me vendió unas cuantas.

—¿No esperabas que se quedara las peores?

Contestaba tan rápido y mordaz que le gustó. No se quedaba en blanco, pensaba con rapidez y no tenía miedo de dar su opinión.

—Para el uso que les dio después... —comentó suavemente.

—Sí...

Recordó que pocos meses después la noticia de su muerte conmocionó al pueblo. A diferencia de su mujer, el señor Davis era alguien afable y buen

vecino. No dudaba en ayudar en todo lo posible. Lo recordaba cuando las grandes inundaciones asolaron el pueblo, tuvieron que sacar a los animales de las cuadras y él fue uno de los que más ayudó.

—Mi madre me llamó el día de su funeral. No pude despedirme.

Eso era algo cruel, más que todo lo que había escuchado. Por algún motivo la relación con sus padres había sido distante, pero no se imaginaba el dolor de no haber podido dar un último adiós a su progenitor.

—Pobre pajarillo. Eso es triste.

Estaban a pocos minutos de su casa y casi pudo sentir su alegría.

—Vas a tener que trabajar mucho en estas tierras para poder sacar algo de ellas.

Y sola lo tenía difícil, no obstante, no quiso decirlo. Prefirió ser educado y dejar que se acabara dando cuenta.

—No voy a tener tiempo. —Tomó una leve respiración—. Voy a tener que buscar trabajo y no creo que tenga tiempo para arreglar nada. Solo quiero que los pocos animales que quedan tengan buena calidad de vida.

Estaba contento de poder escucharla algo más tranquila, al parecer el contacto había calmado un poco sus nervios. No confiaba, pero hablaba y explicaba algo de su vida. Eso era un cambio muy agradable.

—Puedo darte trabajo, no como cirujana, pero algo se nos ocurrirá.

Supo que acababa de pisar una mina con solo pronunciar las palabras.

—Ya has hecho suficiente por mí, me las apañaré. Gracias.

Fue tan brusca que casi sintió como si lo abofetease con las palabras. En muy poco tiempo la había ayudado dos veces y se negaba a seguir por ese camino. Era loable por su parte, sin embargo, acabaría viendo que en ese lugar había poco trabajo.

—No quise molestarte en ningún momento, Pajarillo.

Aparcó y fue Patrice quien abrió la puerta y salió corriendo. Era experta en huir y parece que se lo habían enseñado con los años.

Mary Patrice Davis era todo un misterio.

—Gracias por la ayuda.

Y su semblante se tornó frío y distante. Sí, acababa de espantar a la muchacha.

CAPÍTULO 6



—Señor Miller, espero que mi hija no lo esté importunando de nuevo.

La voz de su madre chirrió en sus oídos como tantas otras veces había ocurrido. Sí, no había cambiado ni un ápice.

Respiró profundamente y no contestó. Dejó que fuera Wyatt quien tomara la palabra.

—Su hija es un soplo de aire fresco para estas tierras. Es un placer ayudarla.

La mirada que le dedicó Piper sí que no fue un placer, ella no pensaba lo mismo y lo decía con su lenguaje corporal.

—Es muy amable por tomarse tantas molestias con Patrice.

—Para nada. Y espero poder convencerla para que trabaje en el Rancho Diamond Dark en breve.

Patrice lo fulminó con la mirada. No pensaba trabajar para él y decirlo ante su madre había sido un golpe bajo. Su vecino no era el encantador hombre que todos creían que era; acababa de demostrarlo.

—Eso es una gran noticia, no sé si Patrice le habrá hablado del momento delicado que estamos viviendo económicamente.

Patrice deseó que la tierra se abriera y la tragara. ¿Cómo podía abochornarla así? ¿Se daba cuenta?

—Si pudieras dejarme el heno cerca de los establos te lo agradeceré mucho.

Usó su voz melosa para llamar la atención de Wyatt. Por suerte la entendió

al momento y volvió a subirse al tractor.

—Por supuesto.

Abrió la verja y dejó que pasara y fuera hacia los establos. Ella caminó rápidamente para darle alcance y ayudar en todo lo posible.

—¿Aquí está bien? —preguntó Wyatt antes de bajar el heno.

—Perfecto. Gracias.

La joven se cercioró de que su madre ya se había cobijado en casa y no pudo evitar suspirar de alivio.

—Imagino que es duro...

El vaquero la miraba de una forma cómplice, como si comprendiera muchas cosas que eran imposibles. Se encogió de hombros y se recogió los cabellos con una goma de pelo.

—Este es mi hogar. Si logré vivir aquí una vez seguro que soy capaz de hacerlo nuevamente.

—En mi rancho hay sitio de sobra, algunos trabajadores viven allí.

Suficiente.

Puso los brazos en jarras y decidió que aquel hombre no estaba bien. No podía ser tan amable con desconocidos.

—¿Tu madre no te enseñó que no se habla con gente que no conoces? No puedes ser tan amable y ofrecerte de salvavidas.

Él se levantó un poco el sombrero y sus ojos la hipnotizaron, él provocaba una reacción sobre su cuerpo demasiado visceral.

—Tú no eres una desconocida. Eres la hija del terror del pueblo y eso te coloca en un lugar de honor.

Todos conocían a Piper Davis, pero nadie sabía todo lo que podía esconder en su interior. Aun así, se hacían una idea.

—Te lo agradezco, pero voy a ver si me las apaño sola.

Lo vio asomarse al establo y sus dos caballos asomaron la cabeza al momento. Sí, estaban hambrientos.

Corrió a por el rastrillo y después fue a la montaña de heno para empezar a darles de comer. Era un trabajo más duro de lo que recordaba, no obstante, logró hacerlo y ambos animales empezaron a comer muy contentos.

—Está bueno, ¿eh?

—Tienes una sonrisa preciosa.

Patrice profesó un brinco, casi había olvidado que su vecino seguía allí. Se sonrojó y no fue capaz de contestar, solamente asentir a modo de agradecimiento.

—Son muy mayores, pero estarán bien cuidados el tiempo que esté aquí.

—¿Y cuándo no estés?

¿Quién le había nombrado Pepito Grillo? Parecía ser la voz de su consciencia. Era algo en lo que no había reparado, de hecho, acababa de llegar y el día de partir quedaba muy lejos.

—No lo sé, por ahora viviré el presente. Cuando vaya a llegar el momento ya veré qué hago.

Wyatt alzó ambas palmas de las manos a modo de rendición.

—No te voy a molestar más con preguntas molestas.

Lo agradeció. Ya tendría meses por delante para ver qué hacer en su momento. Seguramente debería venderlos o alguna cosa peor y era mejor no pensar en algo semejante.

—Debería irme.

Sí, era lo mejor. Ya la había ayudado suficiente.

—Gracias por toda la ayuda.

El vaquero se recolocó el sombrero tras atusarse un poco el pelo. Para ser honestos, le gustaba ese gesto que hacía como un tic.

—Ha sido un placer, Pajarillo.

Lo vio marcharse con su tractor y se sintió algo peor al tenerlo lejos. Era un extraño, pero no parecía mal tipo. Con ella había sido agradable y se había ofrecido a ayudar en todo lo posible.

—¡Mary Patrice Davis!

El grito estridente de su madre la sacó de su ensimismamiento. Suspiró y tocó al caballo que tenía más cercano.

—Vuelvo pronto a cepillaros.

Discutir no debía ser un plato de buen gusto para nadie salvo para Piper

Davis. En ella era un deporte nacional y debía echarlo de menos tras la muerte de su marido. Era algo que llevaba en las venas.

Patrice suspiró lentamente mientras trataba de mantener el control y cortó la conversación en seco.

—No pienso trabajar para ese hombre y si no es lo que quieres busca algo que hacer.

—Pero tenemos un gran descubierto en la cuenta.

Ella apretó la silla, donde había estado sentada, contra la mesa más fuerte de lo que había deseado. No le gustaban ese tipo de reacciones, no obstante, la estaba empujando tanto los límites que no era capaz de controlarse.

—¡Tú tienes ese descubierto! ¡Has pensado que con venir lo tenías todo solucionado! He venido a cuidar de ti y no a cargarme una piedra en el cuello y tirarme al arroyo.

Salió de casa en tromba buscando oxígeno. De pronto era como si no hubieran pasado los años, seguían siendo tan distintas que se enfrentaban sin cesar por cada respiración. Poco habían importado todas las navidades y vacaciones que no había estado allí.

Su madre salió en su busca.

—¡No te atrevas a dejarme con la palabra en la boca!

—¿O qué? ¿Vas a hacerme dormir en los establos como cuando era pequeña?

Recordó las innumerables veces que había pasado la noche entre los animales por no cumplir las exigencias de ella.

—No me deberías hablar así. Sabes que sé muchas cosas que nadie debería saber.

La amenaza en sus palabras no pasó inadvertida. Patrice se quedó rígida y asintió.

—¡Púdrete! —gritó.

Giró sobre sus talones y salió a toda prisa hacia su coche. Decidió no seguir escuchando, arrancó su vehículo como si su vida corriera peligro y se fue al pueblo.

Miró por el retrovisor y vio a Piper en medio de la carretera gritando. No dio vuelta atrás, no era algo que deseaba enfrentar; prefería dejar todo aquello unas horas antes de volver por una segunda ronda.

—Afton, maldito seas por hacerme volver —susurró apretando las manos fuertemente contra el volante.

CAPÍTULO 7



El hospital de Afton tenía las plazas ocupadas y no era de extrañar. Era imposible poder ejercer su profesión allí, además de ser algo complicado y que llevaba mucha burocracia.

Al menos lo había intentado.

Salió de allí con el alma en los pies por no haber conseguido nada de lo que se había propuesto.

La lista mental de Patrice había resultado ser un desastre:

~~*No discutir con Mamá.~~

~~*Soportar el año con los ahorros.~~

~~*No venirse abajo.~~

Suspiró pesadamente mirando sus zapatos. Tenía pocas opciones sobre la mesa.

—¡Ey! ¡Patrice!

Alzó la vista y se topó directamente con Sora. Bajaba de un pequeño coche utilitario con su mujer Candace.

Sorprendentemente ella seguía igual, los años no habían hecho estragos en el rostro de la popular de clase. Era una de las mujeres más hermosas que había visto jamás y seguía siéndolo.

—Hola —saludó tímidamente Patrice.

Candace corrió a abrazarla y, a pesar de su abultada barriga embarazada, logró abarcarla bien.

—Sora ya me dijo que estabas de vuelta. Me alegra mucho verte.

Ella se quedó perpleja por el recibimiento, nunca hubiera imaginado algo semejante.

—Gracias, estás preciosa y felicidades por el embarazo.

La orgullosa futura mamá se acarició el vientre con el amor que solo una madre podía hacer.

—¿Qué haces aquí? ¿Todo bien? —preguntó su amigo señalando con la barbilla hacia el hospital.

Patrice negó con la cabeza y al caer en la preocupación alzó ambas manos.

—No, todo bien. Quería ver como estaba el tema plazas y listas de espera para trabajar, pero están completos.

—¿Eres doctora? —preguntó Candace.

—Cirujana de pediatría.

La sorpresa viajó por el rostro de sus examigos.

—Siempre supe que llegarías lejos —comentó Sora como un padre orgulloso.

Patrice se sonrojó y agradeció enormemente sus palabras. Su mujer también la felicitó, pero sus palabras no hicieron el mismo efecto.

Candace había sido la primera de la promoción y la más popular del colegio. La relación entre ambas no había sido demasiado fluida ya que se había dedicado a ejercer su control de abeja reina sobre los demás.

Curioso como era el paso del tiempo, había acabado con el niño al que más habían atormentado.

—Si necesitas trabajo puedo pedirle al señor Davis...

Antes de que Sora pudiera terminar la frase, ella se apresuró a cortarle. No deseaba importunar más a Wyatt.

—Gracias, pero buscaré otros medios.

Candace dio una palmada al aire.

—Ahora recuerdo que en el restaurante de Josh están buscando una camarera. Tal vez eso te ayude.

Patrice frunció el ceño produciendo la risa de su amigo. Él le dio una palmadita en el hombro para hacerla reaccionar y explicó:

—Iba un par de cursos por delante de nosotros y todas estaban “loquitas”

por él, hasta Candace.

—¡No me recuerdes algo así! Esa época es muy lejana ya.

Rio al ver el amor que desprendía aquella pareja. Las diferencias que un día los había mantenido como enemigos, ahora los unía. Se veía que se amaban en cuerpo y alma, un amor tan verdadero que sintió una enorme alegría por ellos.

—Hacéis muy buena pareja, chicos. Me alegro por vosotros.

Sora se bajó un poco el sombrero.

—Vas a hacer que me sonroje, no seas mala.

—Eso no es posible, los vaqueros no se sonrojan.

Era una frase que habían dicho de pequeños una y otra vez. La habían escuchado de los mayores y se había quedado como una coletilla que decían entre ellos cuando Patrice trataba de chingar a Sora. Recordarlo hizo que el corazón se le calentara. Había tenido buenos momentos allí.

Candace miró el reloj.

—Deberíamos entrar, tenemos ecografía.

—¡Por supuesto! Siento haberos entretenido. Disfrutad del momento —les deseó amablemente antes de acariciar levemente la barriga de ella.

La pareja se despidió y Patrice fue hacia donde había aparcado el coche.

Antes de poder entrar, escuchó la voz de Sora a lo lejos llamarla. Giró sobre sus talones y lo vio señalando hacia la izquierda.

—Sigue la calle y ya verás el restaurante de Josh, dile que si no te contrata no volveré a ahuyentar los lobos de sus tierras.

Rio ante sus palabras.

—Gracias.

—No tienes que darlas —contestó haciendo un leve saludo levantándose el sombrero y marchando al interior del hospital.

Patrice dudó unos segundos apoyando el trasero en su coche. No conocía a ese Josh más que por su fama, pero esperaba no tener que lidiar con una exestrella del colegio.

Miró al cielo y deseó tener suerte. Necesitaba un contrato de trabajo para poder lidiar con las deudas de su madre.

—¿Qué deseas? —preguntó aquel guapísimo vaquero sonriéndole con cierta picardía.

La frase había sido pronunciada como debía hacerlo un genio al frotar la lámpara, como si pudiera cumplir cualquier fantasía.

—Una cerveza y un trabajo —dijo sin pudor.

Se sorprendió ante su respuesta, pero se recompuso con bastante facilidad. Asintió y buscó en sus neveras hasta servirle lo que había pedido. Después, con cierto aire de misterio, colocó ambos codos sobre la barra y se acercó a ella.

—¿Tienes experiencia?

—Voy a serte sincera: no. Soy cirujana de pediatría. He vuelto a este pueblo después de huir hace diez años despavorida. —Tomó un generoso sorbo a la cerveza y siguió con su discurso—. Pensaba soportar este año de mierda con mis ahorros, pero mi madre tiene un agujero en su cuenta del tamaño de uno de los cráteres de la luna. Y necesito trabajar urgentemente.

Josh, o al menos ella creía que era él, se la quedó mirando unos lentos segundos. Sus ojos color miel la escudaron como si de un detector de mentiras se tratase. Los mismos que ella aprovechó para mirar a su interlocutor, un atractivo hombre de piel morena y largos cabellos negros como la noche.

Su atuendo no tenía nada que ver con los hombres de Detroit. Él iba con sus pantalones ajustados a la piel y su camisa y chaleco de piel propio de los vaqueros de la zona. Por no nombrar su hermoso sombrero negro con cuerda plateada que lucía en la cabeza.

Además, se había fijado que llevaba unas botas con espuelas, ya que habían sonado al caminar cuando había ido a buscarle la bebida.

—¿Y esperas que te contrate sin tener la menor experiencia?

—Sora me ha pedido que te amenace con lo de ahuyentar los lobos de tus tierras, pero no lo haré. Te voy a dar algo mejor.

El vaquero inclinó la cabeza y la instó con las manos que continuara hablando.

—No tengo experiencia, pero aprendo deprisa. Además, puedes ir diciendo que soy la hija de Piper Davis, esto será como una atracción. Los que saben que hui hace diez años vendrán corriendo a comprobar que dices la verdad. ¿Y eso por qué? Deja que te conteste. —El vaquero no había de probado de

hablar en momento alguno—. Porque en este pueblo de mierda nunca pasa nada y soy el mejor chismorreó que tendrán en tiempo.

Al acabar le pegó un largo trago a su cerveza incapaz de creerse la valentía momentánea que había poseído su cuerpo y se sonrojó cuando la abandonó.

Josh la instigó con su dura mirada unos segundos y se divirtió cuando el color bermellón pintó sus mejillas.

—Con estos argumentos no puedo negarme. Vas a hacerme rico.

Parpadeó perpleja unos segundos antes de poder reaccionar de forma alguna.

—¿Eso es un sí?

—Empiezas ahora mismo. Si pasas esta noche mañana firmas el contrato.

Saltó de su asiento tirando el taburete de la emoción y corrió a levantarlo.

—¡Gracias! —exclamó loca de alegría.

No esperaba conseguirlo tan rápido. Ya volvía a estar trabajando y pensaba aprender todo lo veloz que pudiese.

—¿De verdad eres Patrice Davis?

Asintió con cierto pesar.

—La misma que viste y calza. Vengo desde Detroit.

Josh se apartó para cruzar la barra y tomar asiento al lado de ella.

—Ibas unos cursos detrás del mío. No te recuerdo, pero sí los rumores del pobre animalito que dejaban en el porche los días de lluvia cuando no se portaba bien.

Eso era algo que su mente casi había logrado olvidar. De pronto fue como si hubieran abierto las puertas de una presa y el agua lo hubiera inundado todo. El frío y el miedo sintiendo a los lobos aullar de fondo.

Ella había sido una niña muy mala para el parecer de sus padres.

—Mi madre siempre decía que si te veía fuera otra vez iba a por la escopeta a disparar a tus padres. Nunca lo hizo, le faltó valor.

Patrice parpadeó incapaz de hablar, el pecho le dolía con aquellos recuerdos ocurriendo sucesivamente en su mente.

—No me extraña que huyeras de aquí. Lo extraño es que hayas tenido el valor de regresar.

Sonrió sin ganas tratando de ser simpática.

—Buen resumen de mi vida, pero todo eso no hace falta para lavar platos y vasos, ¿o sí?

Josh negó con la cabeza.

—Tienes razón. Solo trato de ver debajo de tanta sinceridad el porqué de tu vuelta.

—Mi madre tiene cáncer.

Lo soltó así, como si disparase a alguien a bocajarro.

—Y tengo que cuidarla.

—¿Se lo merece?

Él ya era su nuevo jefe, sin embargo, eso no le daba derecho para empezar con el tercer grado a la que estaba siendo sometida.

—No, pero no puedo dejarla sola.

Su mirada era tan intensa que sintió que iban a rompérsele las rodillas y caer al suelo estrepitosamente.

—Bien, entrevista de trabajo terminada. —Golpeó la barra con la palma de su mano—. Voy a darte un delantal y te enseñaré lo básico antes de que llegue la cocinera.

Lo vio saltar la barra rápidamente como si se tratase de una gacela y se recolocó el sombrero antes de que se le cayera.

—Bienvenida a Afton.

—Gracias.

CAPÍTULO 8



—¿Cómo ha ido la ecografía? —preguntó Wyatt.

Sora, que cepillaba uno de los mejores caballos del rancho, dejó lo que estaba haciendo para mirar a su jefe. Sonrió ampliamente y únicamente alcanzó a decir orgulloso:

—¡Es un niño!

Wyatt se alegró de la noticia y le tendió la mano.

—Enhorabuena. Pronto habrá un pequeño más correteando por estas tierras.

El embarazo iba bien a pesar del sangrado que había tenido Candace los primeros meses y se alegraba por ello. Todo el rancho había sufrido por ese pequeño y fue todo un descanso saber que iba bien.

Wyatt rechazó el recuerdo amargo de los dos abortos anteriores que había sufrido la pareja. Había sido duro, pero al fin tenían el bebé que tanto ansiaban. No importaba el sexo, solo que viniera sano.

—En el hospital he visto a Patrice, es agradable tenerla de vuelta.

El nombre lo sorprendió, el Pajarillo había comenzado a volar fuera del nido.

—¿Eráis muy amigos?

Vio como Sora notaba la curiosidad en su voz, no debía avergonzarse por querer saber un poco más de la muchacha.

—Lo éramos.

—Diez años es mucho tiempo.

Se encogió de hombros restando importancia.

—No importa, sigue siendo ella.

Aquel hombre era alguien interesante. El aprecio que sentía por Patrice era verdadero y estaba contento de tenerla de vuelta. Se notaba que habían sido grandes amigos.

—La he enviado con Josh, espero que la haya contratado o dejaré que los lobos ataquen a sus reses —comentó divertido.

Recordó al vaquero con ese nombre.

—¿Estaba buscando trabajo?

El Pajarillo no había aceptado su propuesta de trabajo y no la culpaba. Era una mujer independiente y la admiraba por eso.

—Sí, su madre pretende vivir de ella. No debería sorprenderme, la muy bruj...

Sora no era de los que insultaban, de hecho, nunca le había oído decir un taco en los años que hacía que trabajaba allí. De ese modo, escuchar llamar casi bruja a Piper Davis fue una señal de que aquella señora no había sido una madre dulce y cariñosa.

—Esa mujer se lo hizo pasar mal, ¿eh?

No solo era una vecina gruñona.

—Sí y no la culpo por irse tan rápido de aquí.

Y ahora había vuelto, su corazón era demasiado blando.

—Debería ir a dar de comer a los caballos.

Cierto.

Wyatt asintió dejando que se fuera. Cabeceó un poco sobre el tema y decidió dejarlo estar. Aquel día iba a ser movidito, los animales estaban en plena cría y había muchísima faena.

—Deja a Patrice lejos de tu cabeza... —se dijo a sí mismo.

¿Cómo hacer algo así? Por algún motivo extraño la imagen de esa mujer había quedado grabada en su mente.

¿Alguna vez se había sentido atraído de esa forma?

Una brisa de viento golpeó sus mejillas. El aire fresco le hizo recordar su tortuosa relación.

Sí, los recuerdos de Naomi comenzaban a evaporarse. Lo último que había sabido de ella es que estaba felizmente casada con el hombre por el que la había dejado. Se mudaron cerca de Nueva York porque una buena oferta de trabajo en un bufete de abogados.

Durante meses la había odiado. Lo abandonó a pocos meses de la boda, cuando estaban a punto de enviar las invitaciones.

Después de eso ella había confesado su *affaire* entre lágrimas, llevaba cerca de un año engañándolo. Y lo peor de todo es que él no se había dado cuenta, no se había percatado absolutamente nada. Ignoró los indicios por el amor ciego que sentía.

El tiempo había pasado, las heridas habían curado o estaban en proceso de hacerlo. Esa vida quedó atrás.

Cierto era que no era célibe, había tenido algún encuentro esporádico con mujeres, pero ninguna con la suficiente trascendencia de más allá de un par de citas. No lograba conectar con ninguna lo suficiente.

Estaba bien así. Sin demasiadas preocupaciones.

La imagen de Josh llenó su mente, hacía mucho que no iba a cenar a su local. Tal vez estaría bien hacerle una visita.

<<Engañate como un idiota>>. Pensó.

Sí, eso haría.

—¿He pasado la prueba? —preguntó Patrice emocionada cuando Josh le entregó su delantal de honor.

Asintió y ella solo alcanzó a soltar un chillido estridente producto de la alegría al mismo tiempo que saltaba sobre él directa a abrazarlo.

—¡Qué efusividad! Si lo llevo a saber te lo digo nada más verte.

Patrice se apartó unos pasos avergonzada por su reacción.

—Lo lamento mucho.

—Yo no.

Hacía poco que conocía a su nuevo jefe, pero le parecía una persona que tendía a decir la verdad en todo momento. No le importaba lo que los demás pudieran pensar y, aunque educado, solía hablar sin reparos.

—Esta noche vamos a tener mucho trabajo.

—¿Y eso?

Lo siguió hasta la cocina, donde cogió la cesta de vasos que salía del lavavajillas. Estaban tan calientes que el vaho se desprendía de las copas. La acercó hasta la barra donde ambos cogieron un trapo y comenzaron a secarlos.

—Esta noche tenemos a los músicos y vendrá mucha gente.

Eso era interesante y daba explicación al pequeño escenario que tenía el local. Aquello lo hacía más interesante.

—Eres como una discoteca.

—Sí, casi lo más divertido del pueblo.

Ella pensó en ello. Había un par de locales con algo de actividad nocturna, no obstante, restando eso aquel lugar era bastante tranquilo.

De jóvenes se habían divertido en el campo, organizando botellones en el granero de alguno de los chicos de su clase. Al final acababan cubiertos de paja que picaba por todas partes.

—¿Sabes bailar?

Esa pregunta la hizo negar fervientemente.

—Para nada, soy lo más torpe que hayas podido ver en toda tu vida.

Josh rio a carcajada llena provocando que alguno de los clientes se lo quedara mirando.

—Esta noche verás a más torpes, ya lo comprobarás.

Estaba claro que había mucha gente que no sabía bailar, pero seguro que le ponían ganas.

—¿Tienes a alguien que te lleve a casa a la hora de salir? —preguntó su jefe, al parecer era el día de cuestionarlo todo.

—Mi coche —respondió sin más.

Sus ojos miel la miraron de tal forma que sintió que se congelaba al instante, era la de un padre estricto que no le gustaba lo que estaba escuchando.

—A esas horas no puedes ir sola.

—Aparco cerca, no hay problema por los coyotes o los lobos.

Pero su jefe no estaba de acuerdo. Soltó la copa y se colgó el trapo del hombro derecho para después apoyar las manos sobre la cesta.

—No me refiero que puedas encontrarte a animales salvajes. En los últimos años ha habido un incremento de ataques nocturnos... No debes ir sola a altas horas de la noche.

Patrice trató de ocultar el miedo.

—Mi madre no está para conducir. Puedo arreglármelas sola. Además, tengo permiso de armas, me compraré una.

Una sonrisa llenó su rostro algo satisfecho con la respuesta.

—Hasta entonces yo te llevaré a casa.

Algo le indicó que era eso lo que él había pretendido desde buen principio. Patrice negó con la cabeza negándose a que eso ocurriera por mucho que insistiese.

—No dejaré mi coche aquí.

—Yo te iré a buscar.

<<Si la vida fuera tan fácil...>>. Pensó ella.

Ambos se fulminaron con la mirada durante unos segundos.

—Es una cláusula del contrato.

—Uno que no he firmado —dijo rauda y veloz.

Pero Josh tenía un as bajo la manga y no lo vio venir hasta que abrió la boca.

—¿No quieres el trabajo?

Entonces fue el momento de Patrice para soltar el trapo y apoyarse en la cesta imitando su reacción anterior.

—Eso roza el acoso laboral y no es ético.

—Puedes verlo como quieras, pero no irás sola a altas horas de la noche. Si te pasa algo yo cargaría con la culpa el resto de mi vida. Subirás a mi coche o iré a por el lazo.

No era la primera vez que la amenazaban con esa misma frase. El recuerdo de Wyatt y el tractor era algo demasiado caliente para su cerebro así que decidió alejarlo rápidamente.

—¿Qué os pasa a los hombres de esta ciudad con los lazos? ¿No tenéis otra manera de hacer entrar en razón?

La sorpresa se dibujó en su rostro.

—¿Ya has ignorado a otro?

Patrice se encogió de hombros dándole la razón. Al final había tenido que subir a ese tractor y sentir el calor que emanaba de ese vaquero durante kilómetros. Había tratado de no moverse por vergüenza, pero había sido un viaje muy extraño que no pensaba repetir.

—Tomaré eso como un sí —contestó su jefe—. Si no quieres montar en mi coche te seguiré de cerca para cerciorarme que entras en casa.

—¿Es que no te das por vencido?

Supo la respuesta mucho antes de formular la pregunta.

—No.

Miró hacia la cocina y Ángela sonreía con la conversación. Era una mujer de mediana edad muy agradable y dulce, pero sabía bien que podía ser dura si se lo proponía. Sus dominios eran la cocina donde mandaba con puño de hierro sobre los ayudantes.

—¿También la llevas a ella? —preguntó señalándola.

—Viene a buscarla su marido.

Suspiró.

Aquello era una batalla perdida y comenzaba a darse cuenta. Agradecía la preocupación, pero no quería perder la autonomía al depender de alguien.

—No es justo —dijo dándose por vencida.

—Es por tu seguridad —contestó dejándola allí secando copas antes de irse al almacén en busca de cualquier cosa que hiciera falta.

Patrice miró a su alrededor y bufó algo molesta con su reacción. Los vaqueros del pueblo se habían propuesto ser unos caballeros andantes con ella. No se daban cuenta de lo incómodo que podía resultar eso.

—Hace un mes violaron y asesinaron a una amiga íntima de Josh, no le culpes de ser precavido, muchacha.

Sobresaltada miró a la cocinera. Eso era terrible.

—¡Cuánto lo siento!

—Y yo, era una buena chica, no se merecía lo que ocurrió. La encontraron medio comida por las alimañas tirada detrás de un contenedor de basura.

Comprendió los motivos de Josh para cuidarla. Resultaba terrible que alguien pudiera hacer algo semejante a otro ser humano. No se quiso imaginar lo que tuvo que sufrir esa pobre mujer antes de morir.

—¿Se encontró al culpable?

Ángela negó con la cabeza.

Eso era una noticia terrible. Algún perturbado seguía suelto sin pagar por su atroz crimen. Sintió un escalofrío bajar por la columna vertebral de forma dolorosa.

—Ahora sé buena chica y deja que el jefe se preocupe por ti.

Su tono autoritario le provocó una mueca de desagrado. Aquella mujer era autoritaria y estaba acostumbrada a mandar. Por lo que sabía, tenía cuatro hijos varones y había aprendido a llevarlos por el camino correcto, eso sin contar a su marido.

Sintió una punzada en el corazón. A ella también le hubiera gustado una madre que se preocupase de esa forma por su bienestar.

—¡A secar copas! ¡No veo esas manos moverse! —gritó Ángela.

Patrice sonrió.

—¡A sus órdenes!

CAPÍTULO 9



El local estaba lleno de gente, hasta los topes y había más fuera esperando tener una mesa libre. Se sorprendió por el aforo de esa noche, la gente deseaba bailar y el grupo estaba tan animado como los espectadores.

—¿Cómo lo hacíais sin camarera? —preguntó Patrice vaciando una bandeja en la barra para llevarse otra llena de bebidas.

Josh entregó dos bandejas más a otros camareros y le contestó:

—Te estaba esperando, el destino.

Ya comenzaba a entender ese humor tan particular que tenía y no la hacía sentir incómoda. Por otra parte, esa galantería que desbordaba era la misma que la fama le había dado de joven.

Muchas de las mujeres del local estaban allí por él, hasta las casadas se morían por verlo salir de la barra y fijar su vista en su musculoso cuerpo.

—Eres la atracción principal —comentó antes de marchar a servir todas las bebidas.

Lo hizo lo más rápido que pudo y regresó a por más, donde su jefe la esperaba dedicándole una mirada tan divertida que frunció el ceño.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Esta noche no soy la atracción, todos saben que eres Patrice Davis.

Eso la congeló momentáneamente. Pensó en esas palabras de forma concienzuda y dejó que calara en ella. Contestó fulminándolo con la mirada y se marchó a servir otra bandeja.

Una vez terminó no quiso regresar, no deseaba seguir hablando con él. Ahora era consciente de las miradas que caían sobre ella.

—Yo no fui —confesó Josh tomándola por el codo.

No lo había oído llegar, la tenía sujeta en medio del comedor ante la vista de todos.

—No importa, te dije que lo usaras como reclamo —contestó ofendida.

¿Por qué se enfadaba? Ella misma había dado pie a que el rumor corriese como la pólvora.

Se zafó de su jefe al escuchar la campanilla de la cocina sonar. Entró y tomó los platos que Ángela le dio. Josh entró en tromba tras ella y la detuvo en seco antes de que pudiera protestar.

—No lo usé, aunque debo reconocer que ha tenido buen efecto.

—Me da igual.

Era mentira, por supuesto.

—Ay <<mija^[1]>>, se lo dije a una <<comadre^[2]>> y se le soltó la lengua. Lo lamento.

Eso la hizo sentir culpable por dudar de aquel vaquero. Le echó una mirada acusatoria a Ángela y suspiró.

—No pasa nada. De todas formas, se iba a saber.

Salió a servir los platos.

—Disculpa, por pensar mal de ti —dijo en cuanto regresó a la barra.

Pero Josh había entrado en modo dramático y siguió sirviendo bebidas ignorándola por completo.

—¡Oh, vamos! No puedes negar que tenía su lógica que pensara mal de ti.

Y siguió ignorándola provocando que se desesperara.

Patrice tomó un hielo de la cubitera con las pinzas y, aprovechando que su jefe estaba de espaldas, le abrió el cuello de la camisa, ligeramente, y lo lanzó en su interior. Al momento, él empezó a bailotear tratando de quitárselo mientras el trozo helado bajaba por su piel.

—Como las gasta la muchacha —comentó uno de los clientes que tomaba una cerveza en la barra.

—Sí, pero es más dulce que su madre.

Josh logró hacer que el hielo cayera al suelo y lo recogió para evitar que

alguien patinara. Miró a Patrice, pero ella se había quedado atrapada en las palabras de aquellos hombres que habían comenzado a criticar a la familia Davis.

—Vamos, señores, no me hagan sacarlos a patadas de mi local. Puede que la señora Davis tenga malas pulgas, pero su hija se merece mucho más respeto del que están mostrando.

La regañina de Josh tuvo efecto. Ambos hombres se avergonzaron al instante de sus palabras y se quitaron los sombreros a modo de respeto.

—Mis disculpas, Patrice —canturrearon a la vez.

—Gracias.

Quería decirles que no importaba, pero no era cierto. Dolía saber el daño que había provocado su madre todos aquellos años. Cuando su padre había fallecido su foco de ira se había expandido a cualquier ser que respirase a kilómetros a la redonda.

Fue a servir las bebidas, sin embargo, su jefe la retuvo otra vez.

—Esto se está convirtiendo en una costumbre —contestó mirando la mano que la mantenía en su sitio.

—No dejes que esa palabrería te afecte.

Asintió antes de seguir haciendo su trabajo. Era monótono, pero entretenido a la vez y había tanta gente que no tenía tiempo a pararse a pensar nada más que en los pedidos y las mesas que faltaban por montar.

—He oído que aquí trabaja Patrice Davis y no lo podía creer.

La voz de hombre la hizo girar sobre sus talones y chocar de frente con una pareja sospechosamente familiar. Su mente comenzó a trabajar a marchas forzadas para recordarlos.

—Eres como el buen vino, has mejorado con los años.

Esa frase hizo que los recuerdos llenaran su mente de forma veloz.

—¡Finn! —exclamó con alegría.

Echó una mirada a su acompañante y sonrió al reconocer el lunar que tenía sobre el labio superior. Era la marca distintiva de su mejor amiga: Kara.

—¡Oh, por favor! —susurró incapaz de decir su nombre.

Ella se limitó a sonreír afablemente.

—Parece que no has olvidado del todo este lugar.

—Kara yo... —Fue incapaz de completar la frase.

¿Qué podía decir? ¿Qué era imposible olvidarlos? Era mentira, lo había hecho cuando había huido a toda velocidad de aquel monstruoso lugar.

—Os daré una mesa.

Y rápidamente fue a dejar la bandeja sobre la barra. Allí, tuvo que entrar en la cocina para tratar de respirar.

Los recuerdos se solaparon uno tras otro y lo que creía olvidado y superado, regresó ferozmente sobre ella. Los chillidos resonaron en sus oídos incapaces de escuchar a Ángela, la cual estaba a su lado con semblante preocupado.

No podía respirar y su cuerpo estaba comenzando a dejar de responder a sus órdenes. Su mente se nubló hasta el punto de no reconocer realidad de ficción y pudo sentir como aquel horror del que había salido corriendo se tiraba sobre ella. Las vejaciones volvieron y el terror.

Notó las manos de Ángela tomarla por los brazos y trató de gritar intentando liberarse. Ella podía con eso, no era débil, era fuerte. No iba a caer en trampas de su mente perversa.

Y siguió sin poder respirar.

CAPÍTULO 10



Josh sentó a los amigos de Patrice en una mesa cercana al escenario ya que se acababa de quedar libre. Había visto como la joven salía corriendo hacia la cocina y no la culpaba, eran demasiadas emociones en los pocos días que llevaba de regreso.

Le dejó unos minutos de cortesía para poder tomar aire.

De pronto Ángela salió de allí con el rostro totalmente desencajado diciendo en voz baja para no asustar a los clientes:

—«Niño^[3]», a la muchacha le pasa algo.

Josh corrió a la cocina para encontrarse a Patrice hiperventilando de rodillas en el suelo. Estaba fuera de sí, sudorosa y apenas respondía a los ayudantes de cocina que trataban de ayudarla.

—Está teniendo un ataque de pánico —anunció antes de llegar hasta ella.

Casi pudo sentir el corazón en sus manos latir a toda velocidad. Respiraba tan rápido que en vez de tener más aire en los pulmones conseguía el efecto contrario.

—Patrice, voy a cogerte —advirtió.

Fue un misterio si ella le escuchó puesto que no hizo respuesta alguna. Así pues, la tomó entre sus brazos saliendo por la puerta trasera de la cocina directos a la calle. El aire fresco podía ayudar.

—¡No hay nada que ver! ¡Seguir trabajando! —Se escuchó gritar a Ángela.

La sentó en el suelo y abrió sus piernas, acto seguido, empujó suavemente su cabeza entre ellas y le dio una bolsa que la cocinera le dio rápidamente.

—Respira aquí —ordenó sin fruto alguno.

Ella seguía fuera de sí como si hubiera algo que la retuviera en su mundo irreal.

Le colocó la bolsa en la boca y comenzó a respirar algo mejor y a bajar la velocidad, algo que agradeció, no deseaba llamar una ambulancia y que los rumores corrieran más de lo que ya lo habían hecho.

—No pasa nada, sea lo que sea no es real.

No la agobió o le metió prisa. En aquellos momentos no importaban los clientes o los pedidos, solo que su camarera estaba a punto de desmayarse de puro terror. Era tan intenso que casi podía sentirlo en su propia piel, tan visceral y doloroso que le provocaba espasmos.

Comenzó a acariciarle la espalda mientras le decía palabras de consuelo. No quiso presionarla, puesto que eso empeoraría las cosas.

—Estás en Afton, sí, pero no en ese tan horroroso del que huiste.

Josh comenzó a comprender algo: ella no se había ido de ahí por una madre abusiva. Algo más terrible había sucedido en aquel lugar para conseguir una respuesta tan desproporcionada.

Ella comenzó a calmarse, hasta logró tomar la bolsa por sí misma y seguir respirando en su interior.

Los minutos pasaron y el sudor frío abandonó su frente, al igual que sus temblores y palpitaciones. Estaba logrando dominar su miedo y regresar al mundo real.

Cuando fue consciente de lo sucedido lo miró con una mirada tan demoledora que sintió que su corazón se rompía en mil pedazos.

—¿Estoy despedida?

Negó con la cabeza.

—Nunca despediría a nadie por algo semejante.

Patrice necesitó otros quince minutos para controlar el ataque de pánico que acababa de sufrir.

—No te fuiste de aquí solo por un trato horrible... —comentó Josh suavemente.

Ella asintió.

No podía explicarlo, pero decir sí no mostraba lo ocurrido. Ese iba a ser un secreto que iba a luchar por mantenerlo escondido dentro de sí el resto de

su vida.

—Solo tengo que soportar un año y podré irme para siempre de este pueblo de mierda.

Las palabras habían sido dolorosas, las pronunció lentamente, como si las masticase; al mismo tiempo que las lágrimas amargas mojaban su rostro. No podía explicar lo inexplicable, pero sí dejar claro que había sido algo terrible.

—¿Te ves capaz de seguir?

Quiso decir que no, pero regresar a casa tampoco era una opción. Debía olvidar lo ocurrido y continuar con su trabajo.

—Sí.

Josh la ayudó a levantarse y le recolocó la ropa.

—No dejes que esta cabeza acabe contigo y si algún día necesitas sacarlo fuera no te juzgaré.

Las palabras de su jefe calentaron su corazón, al mismo tiempo supo que eran falsas; de saber lo que ella sabía sí que iba a juzgarla duramente.

—Gracias, estoy bien.

E iba a procurar que no volviera a ocurrir.

Cuando Wyatt aparcó su ranchera pensó levemente en lo que estaba a punto de hacer. Ir a cenar al mejor local del pueblo no era nada malo y no tenía que avergonzarse, no obstante, ¿por qué se sentía como un adolescente?

—Hola, Miller.

Esa voz melodiosa le resultó familiar.

A su lado había aparcado un coche pequeño y gris, pero la mujer que bajó de él no era menuda para nada. La exuberante Helen no pasaba inadvertida, es más, disfrutaba atrayendo la atención de todos.

Su largo cabello caoba había sido recogido en una coleta alta y apretada, casi sintió la necesidad de compararla con la cola de uno de sus mejores caballos, pero se dejó el comentario para sí mismo.

El vestido que había elegido era tan apretado que no dejaba nada para la imaginación, negro y con un escote en pico que hacía lucir, todavía más, sus grandes atributos.

Wyatt bajó la vista unos segundos para fijarse en las botas vaqueras color rojo que llevaba. En otro ese detalle hubiera sido ridículo, en Helen era algo sexy y atractivo.

—Hola, Moore.

Helen Moore era la viuda más cotizada del pueblo o eso decían las voces. Su marido había fallecido en un fatídico accidente con un caballo y la desconsolada viuda lo había celebrado durante días.

Se solía decir que guardar en cama era lo mejor para recuperarse, pero ella la había usado de otras formas.

—¿Vienes a bailar un poco?

Su voz era melosa y dulce, casi como el ronroneo de un gato.

Wyatt asintió.

—No todo en esta vida es trabajar.

Helen se acercó a él, demasiado, y posó sus manos sobre su pecho. Ante tanto contacto el vaquero tomó aire y le dedicó una mirada poco amigable.

—Esta noche estoy muy sola. Me gustaría que un vaquero fuerte y guapo como tú me acompañe.

Wyatt tomó sus muñecas y las alejó de su cuerpo.

—Siento no ser capaz de satisfacer tus deseos esta noche, tal vez otros galanes del local sean más de tu agrado.

La mujer no trató de ocultar su enfado ante el rechazo. Chistó con la lengua y negó con la cabeza mientras dejaba ver la víbora que había detrás de su rostro angelical.

—No me dirás que no a un baile, al menos...

Asintió tratando de no ser descortés y la dejó allí para comenzar a caminar hacia el restaurante. Cuando estaba a pocos metros de la puerta, la joven, se enroscó en su brazo derecho y dejó caer su rostro sobre su hombro.

—Mesa para dos, por favor.

La puerta del local estaba abierta y todos los miraban. No deseaba hacer quedar mal a Helen, pero tampoco deseaba cenar con ella. No iba a ser un tierno corderito entre sus manos.

Aquella noche se había equivocado de presa.

Antes de poder contestar pudo ver como una figura femenina caminaba por la sala cargada con una bandeja vacía. Se detuvo en seco y los miró

detenidamente.

La sorpresa viajó por el rostro de Patrice unos segundos antes de adquirir un tono neutral e ir a atenderlos.

—¿Una mesa para dos? —Su tono fue tan duro que Wyatt tuvo que reprimir una risa.

—No, la señorita Moore y yo venimos por separado. Yo cenaré en la barra y —miró a Helen— ella en la mesa que tengas libre.

Pero la afligida viuda no pensaba darse por vencida.

—Yo también comeré en la barra. Es mejor si ceno acompañada de un hombre tan fuerte.

Wyatt se percató de que Patrice puso los ojos en blanco unos segundos mientras se aferraba con fuerza a la bandeja antes de lucir una servicial sonrisa.

—Por supuesto, acompañadme.

Giró sobre sus talones y casi echó a correr hacia el lugar libre donde los sentó. Con cierto nerviosismo les tendió un par de cartas y se escabulló detrás de Josh, el cual miraba la escena divertido.

CAPÍTULO 11



—¿Huyendo de Miller? —preguntó Josh.

Casi se atragantó con su propia risa cuando ella contestó con una mirada feroz y peligrosa. Vale, no se podía bromear sobre ese tema. Había captado el mensaje.

—¿Qué hace aquí? —cuchicheó llenando unas cervezas.

Él tomó aire un par de veces antes de contestar.

—Parece ser que quiere cenar.

Pero Patrice no estaba para bromas.

—Desde que he llegado me lo encuentro cada vez que me giro. Es como si me siguiera.

—Sabes que este pueblo es muy pequeño, ¿no?

Pero no escuchaba.

Tan pronto como tuvo las cervezas salió corriendo de allí rauda y veloz a servir las nuevas mesas que habían llegado.

—Con su galantería y sus bonitas palabras. Ahora resulta que está con Helen.

Las palabras de Patrice hablando consigo misma cuando regresó a por platos lo dejaron sorprendido. Había algo en su voz que hizo que quisiera reír.

—¿Celitos, Davis?

A la camarera casi se le cayeron los platos al acto. Lo miró como si de repente le hubiera surgido una segunda cabeza y negó fervientemente.

—¿Yo? Para nada.

Y volvió a marcharse.

Josh decidió dejarlo estar para ir a tomar nota a la pareja que los miraba detenidamente, a Wyatt no se le escapaba nada y había observado la escena con sumo interés.

—Nueva camarera por lo que veo —comentó Miller.

—Sí, llegó haciéndome una propuesta única y no me pude negar.

El vaquero hondó en sus ojos tratando de entender las intenciones de sus palabras y no lo consiguió.

—¿Acompañado esta noche?

Josh debía reconocer que le gustaba hurgar en la herida y el sonoro suspiro que recibió a modo de respuesta hizo que mereciera la pena el momento.

Les tomó nota y fue a servir las bebidas. En ese rato vio a Patrice entrar y salir de cocina trabajando a toda velocidad, no pensaba molestarse en detenerse a hablar con el vaquero.

—¿Conoces a mi nueva chica? Parece nerviosa contigo —preguntó sirviéndole su comanda.

Wyatt se giró para buscarla con la mirada antes de sonreír.

—Nos hemos cruzado un par de veces. Le ha incomodado mi educada predisposición a ayudarla cuando ha estado en apuros.

No conocía mucho a Patrice, pero comenzaba a ver que le gustaba hacer las cosas por sí misma. Seguro que el galán de Miller había resultado demasiado abrumador para soportarlo.

—¿Vienes esta noche por los rumores o por la estupenda comida de Ángela?

Wyatt sacó su móvil sin mirarlo unos segundos mientras cabeceaba la respuesta.

—¿Qué rumores?

Josh se apoyó en la barra, ambos sabían quién era y no pensaba jugar al gato y al ratón con él.

—¿Qué dicen? ¿Qué es lo que pasa? —preguntó Helen Moore.

—Josh, te necesito.

La voz dulce de Patrice le produjo una satisfactoria sonrisa antes de girarse hacia ella e ir en su busca a la caja. Supo bien que ese tono y esa elección de

palabras no era algo casual.

—Dime.

—La cuenta de la seis y la diez.

Parpadeó un par de veces incapaz de sostenerle la mirada y trató de ver a Wyatt de reojo. Todo comenzó a formarse en su mente, era tan claro que lo sorprendió.

—¿Qué te pasa con él? ¿Te debe la vida o algo? Vas a desgastarlo de tanto mirar.

Patrice irguió la espalda y alzó el mentón orgullosa. Tras unos segundos bajo su atenta mirada no pudo más que encogerse hasta hacerse pequeña y confesar.

—Las veces que lo he visto ha sido... Raro...

—Claro y por eso lo miras como si fueras a asesinarlo.

Ella se pellizcó el puente de la nariz.

—Creí que había una especie de química entre ambos, pero está claro que no si viene acompañado...

Patrice Davis dio por zanjado el tema, ya que siguió trabajando y salió corriendo en el momento en el que unos clientes la llamaron para pedirle más bebida.

Josh la dejó marchar. Tenía que lidiar con demasiadas cosas, era mejor dejarla a su aire y permitir que fuera ella quien marcara el ritmo.

CAPÍTULO 12



Patrice huía de él. No tenía mejor forma de describirlo y es que la joven evitaba por todos los medios pasar por su lado o dedicarle una mísera mirada.

Eso le dio que pensar. ¿Celosa por verlo acompañado de Helen?

Se fijó que Josh la vigilaba de cerca, casi parecía un sabueso cuidando de su señora y sabía bien que a aquel vaquero no le temblaba la mano a la hora de disparar. Aunque Patrice no era de su propiedad parecía ir a defenderla de cualquiera que se atreviera a mirarla de forma extraña.

Ella pasó por su lado en un despiste y Wyatt aprovechó:

—¿Podrías servirme otra cerveza?

Lo ignoró de tal forma que se quedó congelado en el asiento unos segundos. Al parecer, el Pajarillo estaba ofendido con él.

Diez minutos después pudo volver a la carga, era su única oportunidad y la aprovechó. La mujer salió de la barra no sin antes ser interceptada por el vaquero, él la tomó delicadamente del antebrazo y tiró de ella hasta tenerla a su alcance.

—Si sigues huyendo me obligarás a perseguirte. ¿Eres de las que le gusta jugar a ese tipo de juego?

—No sé de qué juego me habla, señor Miller. Estoy trabajando y debería tomarse su tiempo en su acompañante y no en mí —escupió fríamente antes de dejarse ir para mezclarse entre la multitud.

Helen rio satisfecha con el resultado.

—No sé qué ves en ella, es muy escuálida.

Antes de poder contestar Josh saltó como un león, sirvió la cerveza dando un golpe fuerte en la barra derramando parte de su contenido.

—¿No has encontrado tu ración de carne hoy? ¿Por qué no te das una vuelta por el local? Seguro que consigues a muchos dispuestos a saltar a tu orden.

Ella lo miró con tanto odio que otro hombre se hubiera amedrentado, pero no lo consiguió con Josh.

Patrice regresó y los miró tratando de comprender qué estaba ocurriendo. Fue hacia ellos con una bayeta húmeda dispuesta a limpiar la cerveza derramada.

—Estábamos hablando de ti —comenzó a decir Helen—. Y comentaba que qué podían verte, estás plana.

—Sigues teniendo la misma lengua peligrosa que de adolescente. Te recuerdo que te di un par de golpes para que no me hablaras así. No soy partidaria de la violencia, pero puedo volver a hacerlo.

La sorpresa en el rostro de Moore y los hombres provocó su sonrisa. Fue a enjuagar la bayeta para regresar nuevamente.

—¿No te acuerdas de mí? —preguntó acabando de secar la barra.

—Te recordaría... —susurró antes de balbucear levemente y mirar a Josh.

Este comprendió sin palabras lo que quería decir y asintió.

—No puedo creer que hayas vuelto.

—Me lo dicen mucho.

Pero Helen no se alegró de tenerla de regreso, es más, su rostro se ensombreció y fue algo curioso. Wyatt había visto la alegría en los ojos de Sora, su amiga no pensaba lo mismo en aquellos momentos.

—¿Qué se te ha perdido por aquí? —su tono fue tan despectivo que el semblante de Davis se endureció antes de contestar.

Llamaron a Josh y dudó unos segundos antes de dejarlos a solas.

—Mi madre está enferma, he venido a cuidarla.

—Veo que al menos con alguien mantuviste el contacto.

Ese era un golpe bajo que le hizo daño al Pajarillo, mantenía la mandíbula tan apretada que pensaba que iba a romperse las muelas de la fuerza ejercida.

—Lo siento, Helen. No estoy orgullosa de lo que hice, no os lo merecáis.

—Me da igual. Han pasado diez años, no soy tu amiga. Solo eres una camarera y yo una clienta. Así que sirve todo lo que te pida y luego te pagaré

tu mísero sueldo.

Wyatt no pudo evitarlo, golpeó con el pulgar la cerveza y la vertió sobre el precioso vestido de Helen.

—¡Oh, lo lamento mucho! Culpa mía —se disculpó.

Helen empezó a blasfemar, lanzó el taburete al suelo al levantarse y comenzó a dar pequeños gritos indignada. El vaquero tomó unas servilletas de papel para tendérselos y que se limpiara. Ella se negó en rotundo a la vez que marchaba hacia el baño para limpiarse.

—Nadie te pidió ser tan galán —le reprochó Patrice.

—No lo fui, fue un torpe accidente.

Ella salió de la barra para limpiar al otro lado, se agachó cerca de él y empapó la cerveza con unas servilletas. Al levantarse no supo cómo podían estar tan cerca, casi podían rozarse con los labios.

Ninguno de los dos se retiró, se miraron en silencio incapaces de poder reaccionar. Respiraron el aliento del otro y casi pudieron sentirse rozarse cuando Patrice decidió romper el silencio.

—Gracias.

—¿Eráis amigas?

Ella asintió levemente provocando que su cuerpo reaccionara a la proximidad, era como si acabara de perder el sentido y necesitara saber el sabor de sus labios.

—No está muy contenta de verte.

—No la culpo.

Tal vez podían haber seguido, fundirse en un beso profundo y caliente que les provocara una descarga eléctrica, que se buscaran en busca de más, pero, simplemente, eso no ocurrió jamás.

Se apartaron los dos a la vez, como si la policía les hubiera dado el alto y ordenado que se giraran lentamente.

—Debo seguir con el trabajo.

—Por supuesto.

El espacio que quedó en ese instante fue frío y demoledor. ¿Qué acababa de ocurrir?

Josh le sirvió una cerveza nueva.

—¿Lo has visto?

Asintió.

No iba a reprocharle nada, podía echarlo de su local por conducta inaceptable si quería. Se lo había ganado con creces después de todo.

—Hacía mucho que no te veía interesado en nadie —comentó Josh.

—No estoy interesado de ese modo —se justificó pensando en Naomi.

No deseaba otro amor en su vida, pero sí algo de diversión. Aquella forastera era un soplo de aire fresco en aquella monotonía absurda a la que estaban sometidos en aquel lugar donde todos se conocían.

—Ya, claro. Nadie empieza queriendo pedir matrimonio.

Eso no iba a pasar nunca. No iba a rebajarse nunca más.

—Jamás haré algo semejante, nuevamente.

—Todos sabemos lo mucho que te jodió Naomi.

Josh y Wyatt se callaron cuando Patrice pasó. Los miró con curiosidad, pero la llamaron de una mesa, impidiendo que se quedase a explorar lo que estaba ocurriendo.

—Patrice no es ella —dijo Wyatt.

—De eso me di cuenta en cuanto entró en mi bar.

CAPÍTULO 13



Patrice se sentó junto a Finn y Kara cuando ya no tenía mucha faena y Josh le dio permiso. Sus pies le dieron las gracias cuando se dejó caer lentamente, sí, no estaba acostumbrada a correr tanto.

—Se te ve agotada —rio Kara.

—Pienso dormir como un tronco cuando logre llegar a la cama.

Trabajar en la hostelería resultaba agotador. Como cirujana estaba acostumbrada a estar muchas horas de pie, pero no era necesario correr.

—¿Has saludado a Helen? —preguntó Finn señalándola.

Después del baño de cerveza se había secado y había vuelto a la carga con Wyatt. Ella trató de ignorarlo, que hiciera lo que quisiera que ya eran lo suficientemente mayores para estar con tonterías.

—Sí, pero no se alegra de verme —contestó encogiéndose de hombros.

—Ha cambiado mucho con los años.

Pensó en las palabras de Kara, sí, lejos quedaba aquella amiga con la que había salido de fiesta, a la que le había confesado su primer amor y a quien había cuidado cuando se había caído del tractor y se había roto el fémur.

—Desde que enviudó se ha vuelto distante. Solo busca asaltar hombres y ya no contesta las llamadas a las que habíamos sido sus amigas.

Se sorprendió al escuchar aquello.

—¿Su marido ha muerto?

Finn asintió antes de tomar el turno de palabra.

—Era un buen hombre, pero el caballo se desbocó y cayó al suelo de mal forma. Se golpeó la nuca con una gran roca que había en el suelo. No se pudo hacer nada.

Pudo notar el dolor en sus palabras, lo que le hizo comprender que había apreciado a esa persona.

—Lo siento muchísimo.

—Era un buen amigo.

Sintió su corazón encogerse al ver la mirada desgarradora que le dedicó. Tuvo que ser horrible y no pudo evitar pensar en Helen. Una desgracia así te volvía otra persona, había vivido algo demoledor y trataba de superar el dolor como podía.

La música los distrajo de aquella conversación. El grupo comenzó a tocar animando la noche y los clientes comenzaron a levantarse para llenar la pista de baile. La luz bajó de tono, haciéndolo todo más romántico.

—Gracias, chicos, por acogerme con este cariño. No esperaba que fuera de esta forma y más con la cantidad de años que han pasado.

Kara y Finn se miraron cómplices, le sorprendió ver amor entre ellos ya que de jóvenes habían discutido mucho. Todo les había servido de excusa para estar enfadados. El destino a veces tenía cosas preparadas que nunca antes hubiéramos imaginado.

—¿Por qué no salís a bailar? —preguntó a la pareja.

Ellos se miraron y negaron.

—Estás aquí, ya bailaremos otro día.

Patrice le tomó una mano a cada uno y las juntó.

—Voy a seguir aquí un tiempo. No voy a desaparecer mientras los tortolitos bailan. Venga, a la pista.

Cedieron tras insistir unos segundos más.

Ella aprovechó para volver tras la barra y comenzar a poner las copas a lavar, secar y guardar. Todo lo que se pudiera adelantar para salir antes era bueno, estaba deseando poder tumbarse en su cama y poner los pies en alto.

—Empiezas a estar cansada.

La voz de Josh la sobresaltó. Él rio al verla brincar y lo golpeó con un trapo en el trasero.

—¡Me has asustado! —exclamó.

—Así te despiertas, es mejor que un café.

¡Por supuesto!

—Claro, siempre tan atento.

Ángela salió y la fulminó con la mirada. La señaló con el dedo y después la cocina.

—«Niña», aprovecha para cenar un poco. Te he hecho un par de platos para ver si coges kilos que estás muy raquíca.

Patrice miró a Josh con cara de sorpresa. ¿Delgada? Aquella mujer necesitaba gafas porque no veía los michelines que se le hacían sobre el tejano. No obstante, le gustó que le dijera eso y entró en la cocina luciendo una enorme sonrisa.

Ángela señaló a su jefe.

—A la que acabe te toca a ti.

—Sí, jefa —rio.

La cocinera miró al cielo y exclamó:

—¡Dame paciencia, Señor!

Helen se lanzó sobre la espalda de Wyatt y lo abrazó fuertemente, justo después comenzó a acariciar su pecho con sus manos. El vaquero tomó sus muñecas con sumo cuidado de no ser brusco y la apartó.

—Vamos a bailar —pidió ella acercándose a su oído.

Debía reconocer que estaba incómodo. No quería ser descortés, pero tampoco deseaba pasar tiempo con aquella mujer que se había empeñado en ser su presa. No iba a ser el bocado de nadie.

—Solo un baile... —rogó.

—No me apetece, pero gracias por la invitación.

Sin embargo, Helen Moore no pensaba dejarlo en paz. Se volvió a aferrar a su cuerpo como si le perteneciese y él trató de huir de sus garras de la mejor forma posible.

—Por favor, no quiero bailar.

—Solo uno... Nada más.

Ella siguió insistiendo y poco importó lo mucho que trató de librarse de aquella mujer. Aquella noche había decidido que él era suyo y no pensaba serlo. No era el objeto de nadie.

—Si bailo una única canción, ¿me dejarás en paz?

Helen se acercó a su boca y él se apartó.

—Si eres capaz de no pedir más de un baile, lo haré.

Suspiró, si con eso conseguía librarse de ella de una forma educada eso iba a hacer. Se levantó y le tendió la mano.

—Uno solo.

—Lo prometo —contestó Helen.

Cuando bajó del taburete de la barra pudo ver la mirada curiosa de Patrice en los cristales redondos de la cocina.

Al parecer, al pequeño Pajarillo no le gustaba verlo con la compañía de Helen. Eso lo puso feliz, ver que ambos compartían el mismo interés en seguir conociéndose. Le guiñó un ojo y ella negó con la cabeza antes de ocultarse tras las puertas.

Fueron a la pista de baile, donde Helen aprovechó para agarrarse a su cuerpo. Por suerte la música que sonó fue un country y tuvieron que separarse. Si los músicos se ponían románticos iba a estrangularlos.

Se aferró a las manos de la mujer que lo acompañaba y pensó en el rostro hermoso de Patrice.

Ella sí era la que quería entre sus brazos.

CAPÍTULO 14



—Cretino...

Patrice estaba harta de los juegos de aquel hombre. Minutos antes había bañado a Helen con cerveza defendiéndola y, ahora, bailaban como una pareja de enamorados. No pensaba acercarse a él jamás.

—Te gusta Wyatt.

Miró a Josh con ganas de lanzarle la cesta de copas que llevaba entre sus manos, pero se contuvo.

—¿Estás loco? No me gusta nadie.

—Entonces, ¿no tendrás reparos en bailar conmigo?

Ahora sí que sabía que aquel hombre estaba enfermando. Dejó la cesta donde pudo y corrió a tocar la frente de su jefe.

—Estoy bien.

—No, no lo estás. Me has pedido bailar.

Insistió volviendo a tocar su frente. No parecía tener indicios de fiebre, pero no podía estar bien después de una petición como esa.

—No sé bailar, tengo dos pies izquierdos —confesó Patrice.

—Y yo dos derechos. Somos la pareja perfecta para este baile.

Cuando le tomó la mano ella se soltó rápidamente. No pensaba salir a la pista de baile ni arrastrada con caballos.

Josh no se dio por vencido, comenzó a mover su cuerpo rítmicamente a su alrededor. Ella deseó que el suelo se abriera y la engullera para escupirla

lejos de allí. No podía creer la vergüenza que estaba sintiendo.

—¿Y si sacas a Ángela a bailar?

—No, esta noche me debes un baile. Es como la novatada de iniciación.

Miró hacia los pocos que estaban allí disfrutando y Helen seguía aferrada a Wyatt. Los celos la removieron por dentro, algo que la enfadó mucho. No podía sentir nada por un desconocido.

Josh era un vaquero atractivo. Muchas de las clientas que estaban allí esa noche estaban por él, para verle y que les atendiera con esa sonrisa que parecía hipnotizarlas a todas.

—No has perdido tu encanto —comentó Patrice aprovechando en uno de los movimientos que lo tuvo cerca.

—¿Cómo dices?

Él se detuvo en seco para prestarle la máxima de las atenciones.

—Cuando iba al instituto estaban todas locas por ti. Sigues causando esa impresión entre las mujeres.

El vaquero enarcó una ceja antes de mostrar sus perlados dientes en una amplia sonrisa. Le gustaba sentirlo, pero ¿quién no deseaba escuchar un halago? Nadie podía negarse a unas palabras bonitas.

—¿Eso significa que ya te tengo a mis pies?

Negó con la cabeza antes de dedicar una mirada de soslayo a Wyatt.

—Por supuesto que no —concluyó Josh—. Tú ya tienes la mirada en otro *cowboy*.

¿Tan evidente era?

Se tapó el rostro con las manos y trató de no sentirse mal. No venía a conocer a gente, lo había hecho para cuidar a su madre y, ahora con el trabajo, no iba a tener el tiempo que esperaba. El poco que le quedaba no podía perderlo con hombres.

No era lógico.

—Te falta algo muy importante para llamar la atención de uno de nosotros.

Sus enigmáticas palabras hicieron que atrapara toda su atención.

—Aquí somos mucho de usar el lazo y este tiempo lejos ha hecho que lo olvides.

No comprendía nada, era un juego de palabras, pero no encontraba explicación al órdago que le estaba lanzando.

Josh le tendió la mano.

—Confía en mí. Vas a bailar conmigo.

Negó.

—No pienso hacerlo.

—Vamos, Davis, no tengas miedo.

Bufó algo molesta. Dudó unos largos segundos antes de ceder. Él le regaló un fuerte apretón antes de tirar de ella fuera de la barra.

Sí, bajo la atenta mirada de todo el local, donde todos podían cuchichear y decir cosas terribles de ella. Por suerte, los años en Detroit habían procurado algo de amor propio y comenzó a aprender a ser ella misma.

Iba a divertirse, aunque bailara como un pato.

Josh empujó suavemente a Helen para colocar a su pareja en el centro de la pista de baile.

—Espero no molestar, tortolitos. Venimos a estrenar a la novata —explicó el jefe colocándose antes de que sonara una nueva canción.

Patrice no fue capaz de mirarlos a ambos, estaba tan nerviosa que sentía su corazón palpar en sus oídos. Tenía la vista centrada en el suelo y se concentraba en seguir respirando. Casi sentía sus piernas colapsar.

—Creo que no puedo, voy a morir —dijo sudando y tratando de huir.

Josh rio a carcajada llena.

—No vas a hacerlo. Vas a disfrutar de un inofensivo baile.

Ella no lo creyó en absoluto, sin embargo, se aferró a sus manos y dejó que él la guiara.

Los primeros pasos fueron un caos, se equivocó de dirección en un par de ocasiones y trató de no desmayarse de los nervios.

—Josh... no puedo... —dijo antes de arrancar a reír.

Él siguió insistiendo hasta que logró que la vergüenza pasase, sus pies cobraron vida y comenzó a seguirlo mucho mejor de lo que había esperado. La timidez no fue un problema una vez pasado el primer baile.

Cuando los músicos quisieron tocar otra canción Patrice trató de

escabullirse entre la multitud, pero Josh la retuvo suavemente. La acercó a él y negó con un dedo.

—Tú no vas a huir, un baile más y te dejo libre.

—¿Estás disfrutando torturándome?

Riendo siguió guiándola paso a paso hasta poder disfrutar de una nueva canción y luego otra y otra.

—¡Cambio de pareja! —exclamaron los músicos.

A Patrice se le desencajó el rostro, negó rotundamente y se aferró a las manos de Josh como si de un clavo ardiendo se tratase.

—Vamos, ninguno de estos apuestos vaqueros va a morderte.

Ella se acercó a él y le susurró:

—Voy a matarte lenta y dolorosamente.

Era una amenaza que pensaba cumplir a la que pudiera. Ya podía temer y cuidar sus espaldas muy bien o iba a ser terrible. Decidió aceptar las consecuencias y tender su mano a un apuesto caballero que iba a cuidar bien de ella.

—Finn, si me sueltas voy a perseguirte en sueños —lo amenazó al borde del desmayo.

Su amigo la tomó con fuerza y asintió.

—Cálmate, es solo un baile.

—Yo nunca he bailado y menos con desconocidos. Como toque cambiar de pareja otra vez y tenga que estar con alguien que no conozco me muero del susto.

Finn asintió y siguió los pasos, enseñándola como un buen maestro. Buscó a Josh con la mirada en un par de ocasiones y, cuando lo encontró, asintió algo más tranquila. Comenzaba a dejarse llevar.

—En la próxima estrofa van a pedir cambio de pareja —la advirtió su amigo.

Ella tartamudeó incapaz de hablar.

—No, no puedo.

—¡Claro que sí! —exclamó.

Finn la hizo girar veloz provocando que cerrase los ojos. Soltó sus manos y para cuando volvió a sentir el contacto de otra persona, supo que no se trataba de Finn. Sus manos estaban más trabajadas.

—Podrías abrir los ojos.

Su voz, esa dichosa voz.

—Si no te veo no eres real.

La risa fue tan profunda que sintió miedo de perderse allí mismo. Necesitó dos intentos para abrir los ojos y chocar de frente contra Wyatt. Él la miraba con semblante divertido.

—No me gusta esto de cambiar de pareja.

—A mí sí. He peleado con dos hombres a codazos para llegar hasta ti.

Se sintió halagada con sus palabras, pero eso no cambiaba el hecho de que estaba bailando con quien había tratado de evitar toda la noche.

CAPÍTULO 15



Patrice era una mujer hermosa y, entre otras cualidades, adoraba su forma de sonrojarse. Casi sentía que era el primer hombre que la tocaba en toda su vida por la forma de evitar su toque.

—No voy a hacerte daño —prometió solemnemente.

Ella fingió ignorarlo mirando la pareja de al lado para seguir los pasos.

Trató de establecer contacto un par de veces, pero ante la negativa decidió pasar a un plan más eficiente. Rodeó su cintura con ambos brazos y la apretó tanto a su cuerpo que casi respiró su propio aliento.

—No creo que a tu pareja le guste esto —dijo llevando las manos a sus antebrazos y apretando para liberarse.

La dejó ir para hacerle creer que se había rendido... Nada más lejos de la realidad.

—Te he dicho que Helen y yo no somos pareja, rollo o lo que tu imaginativa cabecita haya creído.

—Lleva pegada a ti toda la noche.

El tono que empleó para decirle esas palabras le agradó. ¿Podía una persona desconocida estar celosa de la situación?

—Sobrestimas mi cortesía.

Ella sonrió amargamente antes de dar un giro y volver a estar cerca de su cuerpo.

—Por supuesto, ya te calé.

La sorpresa golpeó a Wyatt duramente, como si hubiera tomado una piedra

y se hubiera dedicado a darle fuertemente para soltar tensión. La misma que podía cortarse con un cuchillo.

—¿Ya sabes como soy?

Patrice asintió.

—Eres de los que son capaces de prometer la luna antes de —pensó la palabra—, jugar, después te olvidas de todo.

Wyatt no se tomó sus palabras como algo personal, al contrario, más bien como una invitación a jugar. Ella no se fiaba de los hombres, especialmente de él, y seguir forzándola un poco podía hacer explotar su verdadera personalidad.

—Todavía no hemos jugado —dijo tomando la palabra empleada por Davis.

Casi sintió un escalofrío cuando ella rio.

—Ni lo vamos a hacer.

Los músicos pidieron un cambio de pareja y Patrice trató de huir lo más rápido posible, sin embargo, él consiguió retenerla y hacer oídos sordos al galán que había pedido su mano. No pensaba ceder ahora que la tenía.

—No es justo.

—Justo sería si en vez de cómo un monstruo me vieras como un hombre. No te ha importado lo que te haya podido explicar. Te has empeñado en creer que sería capaz de ser infiel con mi pareja mirando.

La vergüenza iluminó su rostro convirtiéndola en un hermoso faro rojo.

Justo en ese momento la música cambió tornándose lenta y romántica. Muchas de las parejas volvieron con sus acompañantes iniciales, pero Josh corrió a por Helen y la entretuvo mientras cerraba las escapatorias de Patrice.

—Será traidor... —susurró Patrice.

Casi intentó reprimir las ganas de reír.

—¡No tiene gracia! —exclamó ofendida.

—Tienes que reconocerme que algo sí tiene.

Desafortunadamente ella no lo veía como él. Incapaz de dejar escapar esa ayuda que el jefe de Patrice le había lanzado, tomó a su preciosa bailarina y la ayudó para aferrarla a su cuerpo.

—Si no sabía bailar country mucho menos esto —se quejó.

—No te preocupes, Pajarillo. Yo te enseño.

Por primera vez en toda la noche lo miró a los ojos de una forma tan profunda que sintió como todo colapsaba, casi le cortó la respiración con ese insignificante gesto que acababa de cambiarlo todo.

Vio dolor y miedo en aquellas dulces pupilas y llegó a la conclusión de que alguien había herido mortalmente a aquel pájaro que sostenía entre sus manos. Tuvo que tragar el nudo que se le había formado en la garganta y seguir adelante.

—¿Qué más vas a prometerme esta noche?

Su tierna voz casi hizo que se arrepintiera de empujarla más allá. Casi.

—Todo lo que pueda cumplir. ¿Qué te gustaría?

Cabeceó sus palabras un poco y pronto el silencio les abrazó dejando que la música los abrazase mucho más de lo que ambos lo estaban. No importó no haber obtenido respuesta, simplemente se dejó llevar y terminó cediendo sin más pelea.

Wyatt se descubrió a si mismo rogando al cielo para que aquella canción durara toda una eternidad. Dejando que ambos estuvieran unidos fuertemente hasta que el mundo dejase de existir.

Con aquella proximidad podía sentir sus latidos desbocados y sus respiraciones lentas y pausadas. Las pecas de su rostro eran más visibles y podía observar como subían por su nariz hasta la frente.

No podía ser más atractiva y él no era capaz de sentirse más perdido que en aquellos momentos.

¿Cuándo había desaparecido el resto del mundo? ¿Cuándo el resto de clientes los habían dejado solos en la pista de baile?

No obtuvo respuesta, no obstante, no importó.

Y se miraron tan intensamente que el mismísimo Ártico se podría haber derretido. Casi sin poder controlarse se acercaron hasta que sus frentes chocaron lentamente. Pudo sentir su aroma y estaba hecho por los dioses.

La música se detuvo al mismo tiempo que sus cuerpos, ambos el uno contra el otro y tan absortos en la presencia del contrario que estuvieron a punto de besarse.

Lástima que Patrice reaccionó justo cuando sus labios se rozaron levemente y se alejó de él como si quemase.

Parpadeando como si de un sueño se tratase volvieron a la realidad. Él retomó la compostura y caminó hacia la barra para pagar la cena y el Pajarillo

corrió a la cocina para refugiarse bajo la atenta mirada de Ángela.

—Tío, lo tuyo es de verdad —comentó Josh tomando los billetes que dejó sobre la barra.

Wyatt no supo contestar. Apenas la conocía para saber la realidad de sus actos.

—¿Qué tal con Helen?

Josh negó con la cabeza.

—Demasiados problemas para una cabeza tan bonita. Le gusta que se peleen por ella y yo ya empiezo a estar viejo para estas cosas. Soy más de paz y tranquilidad.

—¡Viva la tranquilidad!

CAPÍTULO 16



—¡Patrice, tu jefe te está esperando! —gritó su madre cuando bajaba las escaleras del porche.

Sabía de sobra que estaba allí, pero le gustaba hacerla quedar mal. No estaba llegando tarde, su jefe tenía la mala costumbre de llegar pronto, demasiado.

Que Josh la trajera del trabajo cada noche la incomodaba. Resultaba extraño, como cuando de jóvenes el novio en cuestión te venía a buscar a casa con su primera moto o bicicleta.

—Espero que tengas un día fantástico. Recuerda ser muy simpática para que te den buenas propinas.

Patrice fingió ser la hija perfecta. Besó su mejilla y salió hacia el coche que la estaba esperando. Antes de salir miró el buzón y cogió las cuatro cartas que había en su interior. Deseó que no fueran lo que sabía bien que eran.

Facturas médicas, semanalmente se acumulaban en su buzón esperando ser pagadas con insistencia.

Antes de entrar en el coche decidió abrir la única carta de la que no reconoció el remitente y entró en cólera. Su madre había comprado un sillón de masajes de esos que se anunciaban a altas horas de la madrugada y a un precio desorbitado.

—¿Cómo se te ha ocurrido?! —bramó apuntándola con la carta a modo de pistola.

Piper no se inmutó, se encogió de hombros y optó por cruzarse de brazos a

modo de defensa.

—Con la quimio acabo molida y lo necesitaba.

Patrice se frotó los ojos atónita con su tranquilidad.

—¡No llegamos! Pienso romperte la Visa, no puedes seguir gastando sin control.

No se despidió, entró en el coche bufando y se golpeó la cabeza contra el respaldo duramente. Su jefe decidió quedarse callado, arrancó y se marchó hacia el restaurante como si no hubiera visto nada.

Ella se tapó los ojos con el antebrazo tratando de evitar las lágrimas. No podían seguir así, todo se estaba desbordando y no podía controlar la vida que estaba viviendo.

—¿Todo bien?

Negó antes de destaparse y guardar las facturas en el bolso. Llorar no arreglaba nada, debía buscar soluciones productivas. Lo primero iba a ser llamar y tratar de devolver el sillón antes de que lo pudieran entregar.

—Un día de estos voy a matarla. Está gastando sin control y no tengo cómo pagarlo.

Justo en el momento en qué lo dijo siguió hablando rápidamente.

—No quiero decir que me des un aumento de sueldo, no es una excusa, solo intento desahogarme.

Josh la miró con lástima, algo que no le gustó en absoluto.

—¿Y qué piensas hacer?

—He estado buscando un segundo trabajo para los días que no trabajo en el restaurante, pero no me han llamado de ningún sitio.

Y ser la hija de Piper Davis no ayudaba. La fama de su madre hacía estragos en la búsqueda, lo que hacía que su nivel de estrés aumentara por momentos.

—Tal vez puedes preguntarle a Wyatt...

De haber estado al volante sabía que habría pisado el freno hasta hacerlos impactar contra la luna delantera. La mirada que le dedicó fue tan furibunda que su jefe no pudo aguantar y se echó a reír como si acabara de contar el mejor chiste del mundo.

—Mujer, es el que está dando trabajo a casi todo el pueblo. Tal vez puedas ayudar en algo.

Eso era cierto.

—Mañana me pasaré a preguntar —cedió.

La verdad era que lo necesitaba con extremada urgencia.

—Nadie te culparía si tiras a tu madre por un barranco... —bromeó Josh.

Ella lo miró suplicante.

—No me des ideas, por favor.

Rancho Diamond Dark.

Allí estaba tratando de convencer a sus piernas que no se dieran la vuelta y salieran corriendo de allí. Ir a suplicar trabajo después de lo injusta que había sido con Wyatt no era lo que más le apetecía, pero el desfaldo de su madre la había obligado.

Por suerte había conseguido devolver el sillón y menos mal, porque costaba más de lo que ganaba en el restaurante en un mes. También había hecho trizas la Visa y había llamado al banco para darle de baja, no pensaba dejarle gastar más que lo necesario.

Terry la vio allí parada en la puerta del rancho y saludó enérgicamente.

Estaba montando un ejemplar precioso pura sangre marrón chocolate, sus crines del mismo color habían sido recogidas en una elegante trenza que lo hacía más bonito de lo que era.

—Bienvenida, Patrice. ¿Qué te trae por aquí? ¿En qué puedo ayudarte?

Aquel hombre era tan dulce que le provocó una sonrisa. ¿Cómo podía alegrarla con una simple pregunta?

—Me da algo de apuro contestar... —se sinceró.

Desmontó del caballo y lo ató en la madera de la valla. La saltó con bastante agilidad y se acercó a ella.

—No comprendo. ¿Todo bien?

Asintió.

¿Cuándo había perdido la capacidad de hablar? Tenía demasiada vergüenza y ya era mayorcita para andarse con tonterías.

—Vengo a pedir trabajo y no sé por qué me pongo tan nerviosa.

A Terry le pareció divertido ya que se tomó su tiempo para mirarla atónitamente mientras lucía una gran sonrisa.

—¿No trabajas en el restaurante de Josh?

—Sí, libro dos días en semana que serían los que podría venir a ayudar.

Él pareció comprenderla al instante. Buscó en sus bolsillos su teléfono móvil y llamó sin decirle a quién.

—Hola, ¿estás reunido? —Su interlocutor contestó y siguió la conversación —. Tengo aquí a Patrice por un tema de trabajo. ¿Tenemos algo?

Habló durante un buen rato mientras ella decidió ir a ver al caballo. El animal la olisqueó con curiosidad sus manos antes de dejarse acariciar. Aquel animal era precioso y sus ojos mostraban su nobleza y se sintió abrumada.

—Vale, puedes subirte al coche y seguirme o subir conmigo. Brown puede con nosotros dos.

¿Montar en el caballo?

Saltó hacia atrás como si el animal hubiera comenzado a arder. No tenía nada personal contra el animal, pero se negaba a subir y mucho menos con Terry tan cerca de ella.

—Mejor el coche.

—No sabes montar, ¿eh?

Se encogió de hombros.

—Lo hice de muy pequeña y no he practicado en los últimos años — explicó.

Tampoco es que haya tenido ganas de montarse en un caballo. Ellos le recordaban al rancho de su padre y era lo que había tratado de evitar a toda costa. Finalmente, no había servido de nada, porque allí estaba.

—Vale, te sigo.

Subió al coche y siguió el camino asfaltado hasta la entrada principal de la casa del rancho.

Cuando aparcó estaba especialmente nerviosa, había una persona allí. No se trataba de Wyatt, pero sí alguien muy parecido a él. Sorprendentemente guardaba similitudes con Wyatt y Terry, por lo que supuso que se trataba de su madre.

Una mujer muy alta, más que la media. De largos cabellos caoba y enormes ojos azules como el mar, estaba ante una señora increíblemente hermosa.

Debía estar rozando los setenta, sin embargo, se mantenía en forma y absolutamente cautivadora.

Eso la hizo sentir todavía más nerviosa.

Bajó y saludó con la mano. No sabía bien cómo comportarse, estaba allí para pedir lo más parecido a la limosna.

—¿Eres la hija de Piper Davis? —preguntó la señora.

Patrice la miró antes de asentir. Casi sintió que la mujer perforaba su pecho con un picahielos con esa mirada tan demoledora que le dedicó. Evitó echarse a temblar para no parecer débil.

—Será mejor que busques trabajo en otro lugar. Aquí en el rancho tenemos todas las plazas ocupadas, no obstante, no quiero que el viaje hasta aquí haya sido en balde. Guardaremos bien su nombre para la próxima vacante.

Su apellido le acababa de cerrar una puerta que necesitaba. Encajó el golpe con orgullo y asintió.

—Gracias por su tiempo.

—Que tenga buen día —contestó sin más, dando por zanjado el tema.

Giró sobre sus talones y se marchó hacia el interior de la vivienda lo que ella lo tomó como una despedida. Decidió ir hacia su coche y marcharse de allí lo más rápido posible; necesitaba un baño caliente, una taza de té y acurrucarse en el sofá durante horas.

Terry desmontó de su caballo, se había entretenido por el camino.

—Lo lamento, una de las vallas estaba rota y la medio arreglé para que los animales no se escapasen —le explicó.

—No te preocupes.

Sonrió sin ganas.

Entró en su coche sin mediar palabra y él frunció el ceño.

—¿Todo bien?

—Sí, por supuesto —mintió.

Arrancó sin dejarle hablar más. Con esa llamada ella había esperado tener el trabajo asegurado, pero no. No era bienvenida a aquel lugar y ahora ya lo sabía para tenerlo en cuenta.

Se marchó de allí lo más rápido posible.

CAPÍTULO 17



—Yo creí que tendrías trabajo asegurado.

No tenía humor para hablar y mucho menos para debatir si ir al rancho había sido buena idea o no.

Se dio la vuelta y fue hacia el almacén para llenar las neveras con más cervezas. Encendió la luz, bajó los escalones lentamente y buscó el carro que les ayudaba a no cargar demasiado peso.

Josh decidió dejarla estar, la muchacha no estaba de humor para seguir hablando. Era mejor darle su propio espacio.

—¿Cómo está la <<niña>>? —preguntó Ángela.

—Bien, tiene un mal día.

La cocinera hizo aspavientos antes de doblar el trapo que llevaba en las manos.

—Cocinaré algo dulce, eso siempre ayuda.

—¿El dulce cuida todos los males? —preguntó divertido.

Aquella mujer tenía mucha trayectoria a las espaldas, lo miró con cierta severidad antes de sonreír ampliamente.

—El sexo lo cura todo, pero no parece que vaya a tenerlo pronto.

Ambos rieron. No, no parecía que Patrice fuera a tener relaciones carnales en las próximas horas, pero quizás su suerte fuera a cambiar.

—¿Yo también tendré dulce? Hace mucho que no tengo sexo.

—¡Oh, eres un niño consentido! —exclamó llevándose las manos a la

cabeza como si él la desesperase.

¿Qué podía decir? Era un goloso y los dulces que Ángela preparaba eran los mejores de toda la ciudad, en realidad, del mundo entero. Por eso dominaba la cocina como lo hacía, porque era la mejor en su terreno.

Respiró profundamente y decidió empezar a preparar las mesas que quedaban. Iba a ser una noche muy agitada.

—Tengo que explicarte algo y puede que te enfades.

Ninguna conversación que empezaba con aquella frase podía acabar bien. Wyatt trató de pensar en cosas tranquilas cuando Terry decidió dejar caer lo que tuviera que decirle.

—Suéltalo ya —pidió.

—Esta mañana ha venido Patrice a ha pedir trabajo.

Esa sí era toda una sorpresa. El Pajarillo debía estar muy desesperado para venir a verle.

—¿Y qué puesto le has asignado?

Supo que ahí estaba el problema y, tal vez, no le iba a gustar la respuesta que estaba a punto de recibir.

—Llamé a tu despacho pensando que tú me atenderías, pero lo hizo mamá. Ella me dijo que sí, que la ayudara a llegar a la puerta y ella misma la atendería.

A pesar de todas las palabras, Wyatt solo podía pensar en las miles de cosas que habían podido salir mal. Para empezar que su madre supiera que Patrice fuera la hija de Piper lo empeoraba todo.

—¿Y? —Lo instó a hablar.

—Ya sabes cómo es y lo mucho que le duele ese tema. La despachó <<educadamente>>. Cuando yo llegué, Davis, ya se iba.

Vale, no era sorpresa para él que eso ocurriese. La matriarca tenía una objeción especial contra la familia Davis y aquella visita se lo había puesto en bandeja de plata. Sintió lástima por ella.

—Esta tarde tenía que hacer mi patrulla para los nuevos terneros.

Terry asintió tomando el testigo al momento.

—Tranquilo, yo me encargo.

Wyatt se levantó sin más, no necesitaba hablar más del tema. Tomó su móvil y marcó el teléfono de Josh.

—Ahora mismo pensaba en ti —dijo el vaquero nada más descolgar la llamada.

—Espero que no fuera nada tórrido.

Bajó las escaleras yendo hacia la planta de abajo, necesitaba salir de allí sin cruzarse con Vega Miller. Su madre no se merecía su simpatía en aquellos momentos. No la culpaba por comportarse así, pero él era quien tomaba las decisiones en aquel lugar.

—¿Está por ahí?

Sabía muy bien a quién se refería.

—No creo que esté de humor para llamadas y menos la tuya. No te culpo, pero necesita el trabajo, aunque hubiera sido limpiando cuadras, platos, el polvo... Cualquiera cosa.

Wyatt asintió como si Josh pudiera verlo.

—Lo sé, ya sabes cómo es mi madre. Al saber que se trataba de su hija se cerró en banda. Agradezco que, al menos, haya sido de forma educada.

—Cuando me dijo quién la había atendido me temí lo peor.

El vaquero recapacitó levemente sobre sus palabras. Sí, su madre podría haber sido mucho peor. Agradecía que hubiera sido de una forma educada, pero el desplante había sido el mismo.

—Te voy a pedir un favor... —comentó Wyatt.

—Sorpréndeme.

—No le expliques lo de mi madre. No quiero que lo sepa por ahora.

Ese tema era algo delicado y, de saberlo, sabía bien que Patrice pondría pies en polvorosa marchándose de Afton. Por ahora, no quería eso; deseaba mantenerla cerca un poco más.

—No soy portador de malas noticias, mis labios están sellados —contestó Josh.

Colgaron tras un par de frases de pura cortesía. No fue una conversación trascendental, solo cuatro palabras sin sentido y nada más.

Antes de subir al coche Vega Miller llegó con su chófer cargado de bolsas.

—Al parecer alguien ha decidido comprar toda la ciudad.

Su cara de culpabilidad cambió a pura felicidad agitando una bolsita pequeña que transportaba en sus manos como un tesoro.

—Ya sabes como soy, con los disgustos me da por comprar algunas cosillas. —Tras la mirada de reproche de su hijo se justificó—. Muchas son las cosas que llevo meses diciendo que hacen falta.

Wyatt asintió.

—No debías decirle que no tenemos trabajo para ella. —La reprendió.

Su madre asintió nada arrepentida con sus actos.

—Cariño, no quiero esa chiquilla correteando por nuestras tierras como si fueran tuyas. Ya sabes como es su familia. Ninguno de ellos es bien recibido por aquí.

El odio hacia los Davis había calado hondo en el pecho de su madre. No se había percatado de cuánto daño le había hecho Piper, se había convertido en uno tan amargo que seguía arraigado en su pecho; incapaz de olvidar.

—Patrice no es su madre y necesita la ayuda. Y alguien muy sabio me enseñó que se debe tender la mano a quien está necesitado si estamos en posición de hacerlo.

El remordimiento volvió al rostro de su madre.

—Lo sé, hijo... ¿No podemos hacer actos benéficos en compensación?

Negó con la cabeza.

—Tiene apuros económicos. No es necesario que la conozcas, ni que le hables, pero deja que haga esto a mi manera.

Vega Miller miró a su hijo como tantas veces había hecho. Veía a través de él como si pudiera verlo con claridad. Casi podía leer su mente, lo conocía tan bien que el pecho se le apretó produciendo dolor.

—Tienes esa terrible mirada.

—¿De qué hablas, madre? —preguntó frunciendo el ceño.

—Tienes la mirada de tu padre cuando me prometió que algún día iba a casarme con él.

Quedó atónito.

—Te equivocas.

Negó con la cabeza pausadamente.

—No, cariño. Yo no me equivoco.

Con pesar, se despidió de él y caminó hacia la casa. A medio camino dio un respingo y corrió, nuevamente, hacia su hijo para tenderle la bolsa que tenía entre sus manos.

—Un regalito.

Se marchó tan rápido que no tuvo tiempo para agradecerse. No tenía necesidad de comprarle nada.

Abrió el paquete con cierto interés, no se esperaba nada en especial, pero casi sintió un nudo en la garganta cuando descubrió un colgante de oro blanco en forma de <<W>>. Sujetó la bolsa con sus piernas para colocarse el regalo, pensaba lucirlo con orgullo.

CAPÍTULO 18



Estaba absorta tocando los caballos del Rancho Diamond Dark. Se le hacía extraño creer que aquellas tierras en las que había corrido cientos de veces junto a los animales ya no fueran propiedad de su familia.

Esos campos la habían visto crecer, caer y rasguñarse tantas veces que su ADN debía seguir allí.

—Son increíbles.

La voz de Wyatt a su espalda la asustó hasta el punto de dejar escapar un grito. Cuando se recompuso se agarró el pecho a la altura del corazón como si fuera a escapársele.

—¿De dónde has salido?

Había llegado hasta ella sin que pudiera advertir su presencia, ni un solo ruido o crujido que le pudiera dar una pista de que estaba siendo vigilada.

—Soy sigiloso.

Desde luego que sí.

Entonces se fijó en su atuendo. Iba vestido con ropa muy oscura, unos pantalones tan ajustados a sus muslos que casi podía ver sus músculos a través de la tela. Su camisa era más holgada que en veces anteriores y había abandonado el blanco impoluto por los cuadros de colores rojos y marrones.

Se percató de que en el hombro llevaba colgada una escopeta, eso le hizo fruncir el ceño.

Wyatt se dio cuenta al momento, la señaló con la cabeza y explicó:

—Espanto a animales salvajes, aunque jamás los disparo a ellos. No soy

partidario de los asesinatos por placer.

Eso le gustó. Muchos vaqueros asesinaban sin control a lobos y coyotes que no tenían culpa alguna.

—Veo que te gustan mis caballos.

Patrice se volvió hacia ellos, los acarició con sumo cariño y uno de ellos aproximó su morro al rostro de la joven.

—Son magníficos —contestó absorta en su belleza.

Wyatt cambió el peso de su cuerpo de una pierna a otra, algo que no pasó desapercibido por Patrice. Lo miró de soslayo y comprobó que se mordía los labios al mismo tiempo que se acarició el mentón.

—Escucha, he sabido que viniste al rancho.

¡Oh! Esa conversación no la quería tener. Suspiró incómoda al mismo tiempo que se alejaba de su lado.

—No importa. Solo salí a caminar, siento haber entrado en tu rancho. A veces es inevitable recordar las veces que corrí por aquí de pequeña. —Sin dejarle hablar continuó—. Pero trataré de recordarlo, no te preocupes.

Él le tapó la boca con los dedos. No fue brusco sino suave, con un tacto tan dulce que casi se derritió al instante.

—Sabes muy bien de lo que deseo hablar.

¿De qué había ido a pedir trabajo y su madre la había odiado sin razón? Puede que fuera hija de Piper Davis, pero no era su clon; era una persona aparte ajena a los sinsentidos de su madre.

—No tienes que darme explicaciones, no te preocupes —dijo cuando logró liberarse de sus dedos.

Pero Wyatt no pensaba dejar la conversación por mucho que ella lo pidiera.

—Te pido disculpas en nombre de mi madre.

Suspiró pesadamente, aquel hombre no era bueno haciendo caso cuando le pedían que no quería seguir con el tema.

—Vale. Borrón y cuenta nueva.

Y, nuevamente, su intento de cambio de rumbo falló. Aquel *cowboy* comenzaba a ser más obtuso de lo que le hubiera gustado. Patrice miró a su alrededor planeando salir corriendo, pero no quiso quedar como una niña pequeña.

—Si quieres tengo trabajo para ti.

Negó con la cabeza.

—No es necesario, gracias.

—Mi madre, Vega, es una mujer temperamental. No tiene una relación demasiado buena con tu madre y al saber tu apellido te creyó como ella.

No dijo palabra alguna, no deseaba decir nada. Así pues, el vaquero siguió hablando y hablando.

—Es una mujer mayor, pero creo que sabrá ver que sois personas distintas.

—No quiero importunarla. Ya encontraré otro trabajo.

Wyatt sonrió como solo él podía hacer, atrayendo toda su atención hasta el punto de perder el norte. Estaba perdiendo la razón, no había otra explicación que diera luz a lo que le ocurría cuando estaba próxima a aquel hombre.

—Trabajarás con Sora. El trabajo en las cuadras es duro y te pediré que no te fuerces demasiado. Creo que encontrarás que cepillar los caballos es bastante bueno, los animales se ponen cariñosos.

—¿Alguna vez escuchas?

No lo parecía, estaba dando por hecho que iba a dar su brazo a torcer. La verdad era que no tenía ninguna oferta de trabajo sobre la mesa y necesitaba el dinero. Tal vez podría encontrar la forma de evitar a la señora Vega los pocos días que estuviera en el rancho.

¿Divagaba? ¡Ya estaba cediendo!

—Te hace falta y al rancho siempre le van bien un par de manos más.

Patrice asintió derrotada, lo necesitaba.

—¿Por qué te has empeñado en ser un príncipe azul?

Desde que había llegado a Afton él había aparecido con su precioso caballo y se había empeñado en ser el hombre que tanto necesitaba en su vida. Nunca antes había sentido algo semejante, nadie la había ayudado, jamás.

—Estoy muy lejos de la realeza.

Ella no pensaba así.

Uno de los caballos se movió hasta lograr alcanzarla y tocar su hombro con el hocico. Ella sonrió cariñosamente escondiendo sus manos entre sus crines mientras lo tocaba con lentas caricias.

—Te llevarás bien con ellos —comentó Wyatt.

—Solo podré ir los días libres del restaurante.

—Por supuesto.

Había ganado una partida. Iba a tratar de no acercarse a la señora Vega Miller para evitar su ira, tal vez lograrse hacerla ver que no era su madre.

Las preguntas se agolparon en su mente provocando que frunciera el ceño un par de segundos antes de seguir mirando a los hermosos caballos. Un gesto que no pasó desapercibido para el vaquero, quien se lanzó a por respuestas mucho antes de saber las preguntas.

—Casi veo el humo salir de esa cabecita...

Su voz ligeramente ronca le provocó un escalofrío. No supo contestar, simplemente se encogió de hombros y fijó la mirada en él.

—Como hoy es tu día festivo, te invito a un pequeño paseo hasta el Rancho. Allí te enseñaré dónde vas a trabajar de cara a la semana que viene.

Era un buen plan y estar cerca de Sora la calmaba. Sabía que lo había hecho con ese propósito, lo agradeció sin palabras. Era tan atento que a veces podía resultar abrumador.

Comenzaron a caminar uno al lado del otro, las botas golpeando el suelo resonando ante el silencio que les abrazó. Uno de los animales decidió seguirlos mirándolos atentamente.

—Le has caído bien a esa yegua.

No se había fijado en el sexo, solo en el brillo increíble de aquel pelaje hermoso que tenía.

—Es preciosa.

—Si quieres un día puedes montarla. Parece que os habéis caído bien y esa confianza es clave para salir a pasear.

Patrice se negó en rotundo, hizo leves aspavientos con las manos como si alejara algo ficticio.

—No sé montar.

Wyatt se colocó ante ella deteniéndola en seco. Él ocupaba todo el espacio así pues, Patrice puso los brazos en jarras y esperó a que él dijera lo que quisiera decir. No era un crimen no saber montar.

Él no habló inmediatamente, recortó el espacio que los separaba invadiendo su lugar seguro. No pidió permiso, tomó sus cabellos libres al viento y los colocó tras una de sus orejas. Con su pulgar acarició su mejilla, un contacto suave, lento y terriblemente perturbador.

Wyatt olía a tormenta, a peligro y a pasión. Tomó el control de sus emociones muy a pesar de que su corazón amenazaba con salirse del pecho en los próximos segundos.

—Yo podría enseñarte... —susurró.

La mente imaginó las cosas en las que él podía ser el maestro y ninguna fue montando a caballo.

—¿Te gustaría?

Sabía que era una pregunta trampa, pero no pudo contenerse. Asintió incapaz de pronunciar palabra alguna.

Deseó perderse en su atenta mirada, entre sus brazos y su voz como guía. Se humedeció los labios con la lengua, provocando que él sonriera antes de cubrir sus labios con los suyos.

Wyatt fue suave unos segundos, los justos antes de devorarla sin compasión. Notó su sombrero chocar contra su frente, pero él lo apartó rápidamente. Al momento profundizó el beso. Sus lenguas chocaron ferozmente antes de seguir saboreándose a conciencia.

Patrice se agarró a los brazos del vaquero para evitar caer al suelo y el gruñó en su boca succionando su labio superior. Él sabía besar bien, ¡oh, sí! Demasiado bien para poder salir indemne.

Se cortó el beso de forma lenta y cruel, con ganas de más, muchísimo más. Su mirada le indicó que pensaba exactamente igual que ella.

—Sabes tan dulce...

Patrice soltó su agarre y volvió a humedecerse los labios. Sabían a él, a fuerza y ferocidad.

—Creo que no ha sido muy apropiado si ahora eres mi jefe —comentó acariciándose los labios como tratando de tocar el beso que acababan de compartir.

Wyatt se colocó bien el sombrero, casi ocultando sus ojos.

—En ese caso no te contrato.

Patrice lo fulminó con la mirada.

—¡Eso no es justo! —exclamó.

Rápido y veloz, como un latigazo, él le robó un segundo beso. Esta vez fue rápido, pero le robó el aliento como en el primero.

Aquel hombre podría ser adictivo.

—Si vas a trabajar en el rancho vete acostumbrando a esto.

—¿Vas a seguir...?

No. No podía decir <<besándome>> porque su voz había sonado demasiado suplicante. No quería parecer una persona desesperada. Eso la hizo pensar en la última vez que había tenido relaciones sexuales. Mucho tiempo.

—Voy a seguir.

Esa fue una promesa solemne.

CAPÍTULO 19



Patrice no podía mirarlo. El camino hacia el rancho fue lento, ella estaba absorta en los animales. Los caballos parecían contentos con su presencia porque muchos se acercaban a curiosear y eso era una buena señal.

—¿Dónde has estado escondida estos diez años?

—En Detroit.

Eso estaba a muchos kilómetros de Afton. Desde luego había salido corriendo de allí lo más rápido posible. No le había servido ir al pueblo de al lado, había decidido cruzar el país para alejarse del foco del horror.

—¿Has dejado a alguien allí?

Aquella mujer no era tonta, comprendió su pregunta al instante. No se sintió avergonzado por preguntar eso, necesitaba saber si había algún amor esperándola cómodamente en la gran ciudad

—No, no hay nadie.

Eso era bueno.

—Después de eso imagino que no, pero tengo que preguntarte.

Wyatt rio levemente.

—Mi ex, Naomi, decidió declinar nuestra boda y casarse con otro.

A veces pensaba en ella. Ya apenas dolía, no obstante, en su momento había sido demoledor. Se había sentido abatido durante muchos meses y no había permitido que ninguna mujer llegara a él lo suficientemente profundo.

—Lo siento mucho.

—Ya es cosa del pasado.

Cierto, se había quedado atrás.

Todo llevaban piedras a la espalda, algunas relaciones podían dejar bellos recuerdos y otros dolorosos momentos. Afton no era buen lugar para conocer a gente nueva, en pueblos tan pequeños eso era una tarea interesante.

—No has dicho el nombre de nadie, ¿no hay algún ex que te haya marcado lo suficiente?

Se tomó su tiempo para contestar y él no quiso presionarla. Seguramente su cabeza daba vueltas entre recuerdo y recuerdo buscando algo destacable que contar. Una parte de sí se enfadó, no necesitaba saber de nadie que haya estado en su vida.

—No he tenido ninguna relación de pareja, solo encuentros esporádicos puntuales.

Hablar así de alguna noche de sexo le pareció divertido. Ella era muy correcta. Por otro lado, sintió lástima. Su vida parecía haber sido dura puesto que no había permitido que nadie se acercara lo suficiente.

—¿Y en Afton? ¿Algún ex digno de mención?

¡Oh, sí! Acababa de tocar una tecla peligrosa. Lo supo porque sus ojos se oscurecieron de forma veloz. El color miel de sus ojos casi logró cambiar de color y se sintió culpable por provocarlo.

—Estuve casada, pero nuestro matrimonio duró unos pocos meses.

Supo que si preguntaba iba a salir mal parado, así pues, se lo guardó para sí mismo. Aquella relación no había salido bien y era un recuerdo del pasado que era mejor dejarlo pasar. No necesitaba conocer más de aquella mujer.

Llegaron al Rancho Diamond Dark y la guio hacia los establos.

—Este será tu lugar y Sora se encargará de enseñarte todo lo que necesites. Trata de no forzarte los primeros días o no podrás moverte los días siguientes. Aquí siempre hay faena, pero es mejor hacerlo con tranquilidad y no sobrepasarse.

Asintió.

Al entrar mucho de los caballos sacaron sus cabezas para saludar. Eso iluminó el rostro de Patrice, al parecer le gustaban mucho los animales.

—Son increíbles.

Eran ejemplares cuartos de milla, grandes campeones; algunos eran viejas

glorias, pero seguían siendo hermosos.

—Tal vez podrías traer los dos tuyos aquí... No creo que te quede tiempo para ellos trabajando siete días a la semana.

Patrice se fijó en un macho de dos años blanco y no era para menos, era magnífico y no paraba de dar golpes a la puerta para llamar la atención de todo el que estuviera por allí.

Vio como lo acariciaba, el caballo buscó premios entre sus manos y, al no encontrarlos, se volvió hacia el interior de su cubículo.

—Eres un niño muy interesado.

—Siempre lo ha sido, pero te lo ganarás con premios, ya verás —la animó.

Algunos de sus trabajadores pasaron y saludaron a su patrón sin poder evitar fijarse en Patrice. Todos sabían quién era, algo que suscitaba interés. Todos conocían a la temible Piper Davis y eso no casaba con la imagen de la dulce Patrice.

—No puedo permitirme traer a los caballos aquí, pero gracias por la propuesta. Ya sacaré tiempo para ellos.

Wyatt se acercó a la joven, provocando que ésta retrocediera hasta chocar con la puerta del establo de Ítaca, que así se llamaba el caballo blanco. Patrice estaba incómoda, miró a su alrededor tratando de que ningún trabajador los viera.

—¿Te preocupa que puedan verte conmigo?

—Si entro a trabajar aquí no quiero que me vean tonteando con el dueño del rancho.

Eso le provocó una sonrisa.

—Muchos de los trabajadores tienen a sus parejas también aquí. No será una sorpresa.

Pero ella quería intimidad y lo respetó. Se alejó lo suficiente como para volver a ver calma en su rostro.

—Mejor así, eres más hermosa cuando estás relajada.

No estaba acostumbrada a los piropos. La hacían sentir incómoda hasta el punto de tomar sus muñecas y rascárselas frenéticamente.

—Volvamos a tus caballos, ¿vale?

—¿Qué les pasa?

Patrice acababa de alejarse de él, quizás no de forma física, pero sí a otro

nivel. Ella estaba a kilómetros de allí, lejos del rancho y de toda su gente. Había mucho escondido en su interior, aquel lugar era un recuerdo presente de lo vivido.

Y una parte de él se moría por descubrirlo. Era como tener un rompecabezas entre sus manos y no encontrar las piezas adecuadas.

—Te los compro y te encargo su cuidado, aquí, en el rancho estarán bien cuidados.

A Patrice se le escapó la risa nerviosa.

—Sabes que no valen nada con la edad que tienen. Es tirar el dinero, además del dinero que hay que invertir en ellos en comida, cuidados y veterinarios.

—No me importa, aquí hay comida de sobra. Tendrán una buena jubilación.

Pero aquella mujer no pensaba ceder por mucho que él se esforzase. Solo quería ser amable, sin embargo, era imposible serlo con ella. No lo hacía por querer algo más, para ganarse sus favores. En los años que llevaba allí había ayudado a todo el que había podido.

Sus padres le habían enseñado a ser generoso. Y esa ayuda había hecho que cuando había necesitado algún favor le hubiera sido devuelto. La vida era buena y apacible de esa forma.

—Gracias por tu oferta, de todas formas, no son míos.

—Seguro que con una buena oferta sobre la mesa tu madre los cede encantada.

Eso fue como una bofetada para Patrice. Se agarró el pecho antes de dedicarle una demoledora mirada. No había sido justo con sus palabras y le había hecho más daño del que había pretendido.

—Discúlpame, no quise decir eso.

La joven negó con la cabeza.

—Has dicho exactamente lo que querías decir. —Suspiró—. Será mejor que me vaya, ya te he quitado demasiado tiempo.

No podía retenerla y tampoco iba a intentarlo. Iba a ser contraproducente. Le tendió la mano educadamente.

—Puedo llevarte a casa si lo prefieres.

—No, me irá bien un paseo.

Se giró y comenzó a caminar hacia la salida.

Wyatt contó hasta diez antes de salir en pos de ella, quiso retenerla, atraparla entre sus brazos y hacerla sentir a salvo, pero la había herido sin intención alguna. Deseó hacer tantas cosas que no podía, se sintió impotente, así que se colocó ante ella tratando de detenerla.

—Por favor, no fue mi intención hacerte daño de esa forma. Solo quiero ayudar.

—¡Pues deja de hacerlo!

Sus gritos lo sorprendieron.

—¡No es necesario que te empeñes en ser un príncipe azul!

Sí, era el momento de dejarla marchar o todo iba a ponerse mucho peor.

CAPÍTULO 20



Patrice iba a vomitar, siempre que se ponía nerviosa le pasaba. Los estados de ánimo se le bajaban a la barriga y así llevaba cerca de una hora. Se había preparado una valeriana, sin embargo, no se la había tomado y la había dejado enfriar sobre la encimera.

Necesitaba salir de aquel lugar, regresar a Detroit y olvidarse del mundo. Cuando todo acabara iba a vender las tierras, la casa y todo lo que pudiera o donarlo, lo que más rápido fuera.

Entonces pensó en su madre. Estaba medio dormida en el sillón. Los signos de la edad habían hecho mella en su rostro y su enfermedad la estaba consumiendo. Había perdido más del diez por ciento de su peso corporal y ya se había rapado para evitar la caída del cabello.

No era la misma bruja de cuando había sido niña, era una mujer que se moría.

—Mamá, será mejor que vayas a dormir a la cama.

Ella reaccionó al instante. Abrió los ojos y comenzó a levantarse.

Patrice fue a ayudarla, la tomó del brazo y ambas comenzaron una lenta excursión hasta la habitación principal.

—Todo era tan bonito... —susurró.

Frunció el ceño tratando de comprender a su madre, no obstante, lo primero que tuvo que hacer fue abrir la cama y tajarla. Suspiraron al unísono, cada una por motivos distintos.

—¿Qué era bonito, mamá?

—Cuando él llegó a tu vida. Todos fuimos muy felices, lástima que no duró lo suficiente.

Se alejó de su madre como si quemara. Se miró las manos siendo incapaz de querer compartir las mismas bacterias. Su exmarido llenó su cabeza de una forma tenebrosa, hacía mucho que lo había dejado atrás.

—¿Cómo puedes decir eso? —le reprochó.

—Porque lo era —contestó segura de sus palabras.

Eso fue como una bofetada. Había sido la peor época de su vida y su madre lo recordaba como algo bueno. Ese recuerdo era tan amargo que lo había guardado bajo llave con tantos otros terribles. Para ser honestos, el baúl donde guardaba recuerdos nefastos empezaba a estar demasiado lleno.

—Descansa.

No dejó que contestara. Salió a toda prisa de la habitación, ignorando todo lo que pudiera decirle y cerró la puerta. Pronto llegaría Josh y tenía que ir a esperarlo en el porche de casa.

Al salir vio el banderín del buzón bajado. Suspiró, debían ser las nuevas facturas médicas de su madre.

No podía con aquella situación. Su sueldo ayudaba, pero no cubría los gastos que estaban teniendo. Además, había rechazado el trabajo de Wyatt por unas simples palabras.

Él había dicho algo ofensivo, pero certero. Su madre sí vendería sus animales por un buen precio, no obstante, el mero hecho de decirlo la había enfadado. No tenía que habérselo tomado mal.

En efecto, al abrir el buzón se encontró tres facturas médicas. Las agitó usándolas a modo de abanico para quitarse el calor.

Algo cayó al suelo y se dispuso a cogerlo. Era una carta, pero en un sobre amarillo que no supo reconocer. Las cartas solían tener un sobre blanco y el sello azul del hospital, todo lo demás venía por correo electrónico.

La tomó entre sus dedos y la abrió. Casi sonrió al ver la carta a modo de imitación de películas famosas. Un papel blanco con letras recortadas de revistas y periódicos.

<<*Sé tu secreto. Vete del pueblo*>>.

Su mente leyó esa frase cientos de veces como si tratase de encontrar significado. Los recuerdos se agolparon en su mente uno tras otro, nadie podía saberlo. La única persona que había tenido conocimiento era su padre y ya no

estaba vivo. Dudaba mucho que lo hubiera explicado a alguien.

—Llevo llamándote un buen rato.

La voz de Josh y su mano sobre su hombro derecho provocó que gritase a pleno pulmón. El pobre hombre dio un respingo ante su reacción, extendió las palmas de las manos y se las mostró a modo de rendición.

—¡Me has asustado! —gritó llevándose las manos al pecho como si quisiera evitar que su corazón saliera disparado.

—Puedo decir lo mismo, no esperaba esta reacción. Llevo llamándote un par de minutos y estabas tan absorta en las facturas que no me escuchaste. —Hizo una pausa—. No quiero imaginarme las cantidades, pero me hago una idea.

Ella no podía escucharlo. Su corazón golpeaba en sus oídos producto del susto.

—¿Estás bien? Estás pálida —preguntó visiblemente preocupado.

Patrice logró asentir, no iba a decir lo que le ocurría.

—Vamos al coche, entonces.

Giró sobre sus talones en dirección al todoterreno de Josh, era mejor olvidar aquello y tratar de hacer vida normal. Ya buscaría respuestas en otro momento.

Fue a revisar bien las cartas y se percató de que ya no estaban entre sus dedos. Comprendió que cuando se asustó las había dejado caer al suelo. Giró para tomarlas y su corazón se detuvo en seco.

Josh se las había cogido, lo peor fue que la que se había llevado su atención era la peor de todas. Su rostro cambió hasta el punto de fruncir el ceño. Patrice quiso morirse o desmayarse.

—Puedo explicarlo...

En realidad, no podía y tuvo que callarse.

—¿Qué es esto? ¿Te están amenazando?

Entró en pánico. ¿Qué podía contestar? Decir la verdad no era una opción y eso provocó que comenzase a temblar sin control alguno. Estaba en un callejón sin salida, sin opciones a huir.

—¿Hace mucho?

—No, es la primera carta que recibo.

Asintió y se quedó en silencio unos segundos, como si sopesara unas

opciones que no había.

—Vamos al Sheriff—sentenció.

Quiso morirse y tirarse al suelo para suplicar que no le hiciera algo semejante. Contuvo el aliento, tragó saliva y lo tomó del antebrazo suplicando con la mirada.

—No puedo, por favor.

Josh pareció comprenderla.

Durante unos segundos el rostro de su jefe pasó por una infinidad de estados. Pudo reconocer la ira, la desesperación, el desconcierto y la desolación; finalmente la calma lo abrazó.

—Vamos al coche, anda. No iremos, por ahora.

La parte final de la frase la inquietó.

Entraron en el coche en silencio, con ella mirando al suelo; no se veía capaz de encarar a nadie. Había miles de pensamientos en su cabeza, zumbando de un lado al otro provocándole dolor.

—Josh...yo...

—No importa—dijo tajantemente.

El motor se encendió e iniciaron su viaje.

—Sabes bien que este es un pueblo pequeño, las voces hablan por los rincones y todo el mundo disfruta destrozando o imaginando la vida de los demás. Ciertamente, no te culpo por irte.

Curiosamente, cayó en la cuenta de que él no le preguntaba el motivo de su huida.

—¿No quieres saberlo?

Se encogió de hombros.

—Todos sabían lo que pasaba en tu casa y nadie movió un dedo. A cada una de las personas de Afton se le llenó la boca amenazando que irían a ayudarte. Siempre escuché a mi madre decir que <<la próxima vez...>> y nunca ocurrió. Todos vieron como te sacaban al porche los días de lluvia, como dormías con los animales, como se te vejó verbalmente delante de los demás. ¿Huiste? ¿Y los motivos son que fuiste mala hija, que no lo soportaste? ¿Por eso te quieren echar de aquí?

Estaba emocionada por las palabras de su jefe y no pudo más que secarse las lágrimas que no podía contener.

—Este pueblo echaría a hablar y le darían la vuelta hasta ser una persona horrible. ¿Sabes qué? No lo fuiste. Otra persona no hubiera regresado y aquí estás, trabajando sin cesar y pagando las facturas médicas de tu madre.

Temblaba, sintió que se acababa de abrir la caja de Pandora dejando a todos los demonios del mundo libres y sus demonios le acababan de explotar en la cara.

—¿Sinceramente? No sé qué haces en este lugar de mierda.

Ella tampoco lo sabía.

Siguió llorando en silencio siendo incapaz de contenerse, sentía tanto dolor y no sabía como expresarlo.

De pronto Josh la sorprendió tomándole la mano. Se aferró a él como si estuviera a punto de caer por un abismo tan profundo del que era incapaz de salir con vida.

—Yo tampoco lo sé —confesó con voz suave.

CAPÍTULO 21



Alguien pitaba sin cesar y lo peor era que no se cansaba de hacerlo. Patrice dio la vuelta en su cama y trató de seguir durmiendo. Estaba agotada y necesitaba descansar un poco más.

La semana había sido terrible, los turnos en el restaurante se habían hecho eternos y habían doblado muchas mesas. El agotamiento se había expandido por todo su cuerpo y casi no podía ni abrir los ojos.

Y seguían pitado.

Se tapó la cabeza con la almohada y suplicó al cielo que la dejaran dormir.

Wyatt siguió pitando sin parar hasta que consiguió que la señora Davis saliera de la casa. No era quien esperaba, pero eso lo ayudaría a encontrar a Patrice. Hacía ocho días que no sabía nada de ella.

—Hola, señora Davis. Siento importunar, pero estoy esperando a su hija.

—Mary Patrice está descansando.

Sonrió al conocer su nombre completo, le gustaba y le pegaba, aunque no lo usaba por costumbre.

—Había quedado con ella.

Consternada y evidentemente molesta Piper le ofreció:

—¿Quiere pasar? Le prepararé un té en lo que se despierta y se arregla.

El vaquero salió del coche y aceptó la invitación. Abrió la verja para después entrar tras los pasos de la dueña de la casa. Ella mostraba su evidente enfado hacia Patrice, algo que no le gustó.

—Me gustaría pedirle un favor —dijo él quitándose el sombrero al entrar

en la vivienda.

Ella le instó a hablar.

—¿Puedo despertarla yo?

La mujer quedó estupefacta ante la petición.

—No creo que sea conveniente.

Le gustó las reticencias que mostró en un principio, pero también como cedió casi al instante. Lo agradeció antes de salir tras las indicaciones que le acababan de dar.

Lo primero de lo que se percató fue de que Patrice tenía la habitación más lejana de todas, las que se solían dejar para invitados o despensa en otras casas. No fue una sorpresa, comenzaba a entender la relación difícil que había entre ambas mujeres.

Llegó a la puerta y dudó unos segundos sobre si llamar a la puerta o no, pero decidió sorprenderla.

Hizo esfuerzos para que la puerta no sonara, abriéndola a su paso y ajustándola una vez estuvo en su interior. Su perfume inundaba la estancia provocándole una sonrisa, sí, su olor era exótico y provocativo.

Echó un vistazo rápido a aquella habitación que no tenía nada personal, ella no se había molestado en dejar su toque. No quería estar allí y eso lo apenaba, nadie debía estar en contra de su voluntad en ninguna parte.

La encontró debajo de una sábana y tapándose la cabeza con la almohada.

Wyatt se debatió entre hablar o sobrepasar el límite y decidió acercarse un poco más. Se sentó en el margen del colchón y colocó su mano en, lo que creyó que era, la espalda de Patrice.

—Buenos días, Pajarillo. No sabía que eras una dormilona.

La tuvo que sujetar cuando la almohada voló por los aires y saltó girándose hacia él con la cara desencajada.

—¿Qué haces aquí?

Él la contuvo con las manos, evitando que se escapase. Aquella mujer tenía la costumbre de salir corriendo.

—Habíamos quedado, es tu día libre del restaurante y tenías que venir al rancho.

Patrice parpadeaba sin cesar, como si tratase de hacer que su mente comprendiera sus palabras. Cuando llegó negó con la cabeza al mismo tiempo

que se reincorporaba.

—Te grité, ¿recuerdas?

Asintió.

—Por algo que dije y te pido disculpas. No debí decir algo semejante por mucha falta que te haga el dinero.

La mujer suspiró. Necesitó unos segundos para poder reaccionar, unos que aprovechó para frotarse la cara y desperezarse tranquilamente. Le gustó saber que era de despertar lento.

—¿Después de cómo te traté quieres seguir ayudándome?

—¿Qué puedo decir? Me siento responsable de esa reacción tan visceral.

En parte era cierto, había sido descortés y grosero con la señora Davis. Lo que había dicho era cierto, pero eso no quitaba que había sido poco educado.

—No estoy preparada, no pensaba estar contratada y tengo mucha faena con los animales.

Él ya había vaticinado algo similar. No podía llevarlo todo hacia delante como trataba de hacer. No podía seguir con ese ritmo sin poner en riesgo su salud.

—Puedo preparar un camión y en menos de una hora estarían en el rancho.

Bufó tan desesperada que casi sintió algo de pena por ella.

—Si quieres trabajar siete días a la semana no puedes cuidar de ellos.

Era una gran verdad, además, trabajar toda la semana tampoco podía ser sano, pero no iba a ser él quien le dijera lo contrario. Estaría atento por si la veía flaquear, nada más, iba a mantenerse alejado.

—Debería hablar con mi madre sobre eso... —susurró mirando hacia la puerta de la habitación.

—Yo me encargo, soy el comprador y me gusta cerrar a mí mismo mis negocios.

Patrice se abrazó a sus rodillas, apoyó la cabeza sobre sus piernas y lo miró de soslayo.

—¿Qué negocio? Si sales perdiendo.

Él no lo veía así.

Se levantó y vio que en la silla del escritorio había un conjunto de ropa bien doblada. Observó detenidamente las piezas e hizo una mueca de desagrado. No, necesitaba algo más cómodo.

—Busca en tu armario algún chándal o similar. Necesitas ropa con la que poder moverte sin problemas. Te da tiempo a ducharte, vestirte y desayunar antes de que lo tenga todo listo.

La miró y sonrió.

Sus cabellos despeinados se alzaban alrededor de su cabeza que la hacían adorable y su mirada desconcertada fue mucho más divertida.

—Estás demasiado acostumbrado a mandar —refunfuñó.

—Me gusta descubrir que tienes mal despertar.

Wyatt le lanzó un beso al aire y ella se movió como si tratase de esquivarlo. No le dedicó más tiempo, salió de allí en busca de Piper Davis; tenía negocios que cerrar lo antes posible.

CAPÍTULO 22



—Recibiré la llamada de mis abogados y ya quedaremos un día para firmar con el notario.

Había hecho mejor negocio de lo que Patrice creía, sin embargo, ella no comprendía los motivos. No solo había comprado a los animales que quedaban, además, había añadido casi todas las tierras que les quedaban.

Había comprendido cuando Piper Davis se había negado a vender una pequeña parcela que había adosada a la casa y el terreno donde estaba construida la vivienda, los establos y el poco de jardín.

—Permítame un favor, no se lo explique a su hija. Déjeme a mí darle la noticia.

—Por supuesto, faltaría más.

La susodicha apareció como si hubiera sabido que las negociaciones habían finalizado. Se había duchado, arreglado y desayunado y parecía tener el mismo sueño que cuando había entrado en la habitación.

Sus cabellos despeinados habían sido recogidos en una coleta alta demasiado sexy para la vista, así pues, giró la mirada hacia otro punto de la casa para no llegar a tenerla en su mente todo el día.

—¿Todo bien, mamá?

—Sí, el señor Davis ha sido muy generoso.

Patrice entornó los ojos, sí, ese gesto fugaz que no pasó inadvertido. Aquella relación que tenían era complicada y Sora le había dado detalles que no le habían gustado lo más mínimo.

—Bien, señorita. Tengo un traslado que preparar. ¿Subes en mi coche o me sigues con el tuyo?

Ella estaba cogiendo su bolso, las llaves y alguna cosa más que metió. Miró a ambos intermitentemente mientras pensaba.

—Mi madre necesita el coche hoy, podrías llevarme y ya después vendré caminando.

No dijo nada al respecto, pero era una opción inviable, la iba a traer de vuelta. No pensaba dejarla regresar de noche caminando por aquellos parajes. Nadie debía ir solo a esas horas.

—Pues vámonos.

Solo cuando la tuvo en el interior de su coche se animó a hablar nuevamente.

—Espero que no haya querido abusar mucho de ti.

—Nadie abusa de mí si yo no quiero —contestó convencido de ello.

De hecho, la señora Davis no había puesto precio a nada; había aceptado lo que él le había ofrecido y nada más. Solo se había mantenido completamente inamovible en cuanto a la casa y a la pequeña porción de tierra. Él no había pretendido echarlas en ningún momento, pero comprendió sus reticencias.

Estaba acostumbrado a comprar las tierras de sus vecinos. Lo había hecho desde que había llegado a Afton. Después permitía que siguieran viviendo en sus casas, pero pasaban a ser sus trabajadores. Así el rancho había ido creciendo hasta convertirse en el más grande de la zona.

—Actúas con tanta seguridad en ti mismo. Estás acostumbrado a dar órdenes y que las personas de tu alrededor se muevan a tu son.

No era del todo cierto, no obstante, sí gran parte.

—Doy mi brazo a torcer en otros lugares.

No siguió hablando, ya que ambos comprendieron a la perfección de qué estaba hablando.

A él le gustaba su compañía y esperaba que ella sintiera lo mismo al respecto.

—¿Cómo ha ido tu semana? —preguntó Wyatt llevando la conversación a un terreno más banal.

—Dura, mucho trabajo en el restaurante. Ya ha venido a asegurarse de mi existencia casi todo el pueblo. Deben quedar muy pocas personas a las que no haya visto ya.

Su voz llevaba algo de pesar y es que los pueblos pequeños era lo que

tenían. El cotilleo era el motor de vida de muchos de los que estaban allí y la distracción de la gente más mayor.

—Pues procura no sobrepasarte en el rancho. No quiero que mañana no puedas levantarte de la cama.

Eso sonó más provocativo de lo que había deseado en un principio, sin embargo, no le molestó. Ella era sumamente hermosa y había conseguido llamar su atención de un modo que antes no había ocurrido.

—Haré todo lo que pueda —comentó Patrice.

—No me queda la menor duda de que así será.

Estaban a pocos minutos de llegar al rancho, así pues, decidió que era el momento de explicarle la conversación con su madre. Esperaba que no fuera una bomba y que reaccionase mal.

—Antes de llegar me gustaría comentarte algo... —comenzó a decir.

—¿Vas a sorprenderme?

Y no sabía hasta qué punto.

—Tú padre se quedó las mejores tierras cuando me vendió parte de las tuyas.

Patrice asintió.

—Ya te dije que era lógico.

No lo culpaba por ello, realmente era lo esperado para alguien que desea conservar algo de su patrimonio.

—No solo he comprado los animales que te quedan, también parte de las tierras que os quedan. Tu madre se ha mostrado contraria a la casa y a otra parcela muy cercana, una de las mejores, según mi parecer.

Esperó su reacción durante unos largos segundos. Ella se dedicó a mirar hacia delante impassible, solo parpadeaba y se mantuvo en silencio.

—¿Estás bien? —preguntó algo nervioso.

Asintió.

—Era lo que querías y todo aquel lugar está echado a perder. Haz lo que quieras con tu dinero.

Estaba tan seria que Wyatt decidió girar en seco, aprovechando que eran el único coche de la carretera.

—¿Te has vuelto loco?! —preguntó agarrándose al asidero que había sobre la puerta.

—Puede.

Aceleró levemente, llevándola algo más lejos de lo que había esperado. La

llevó unos kilómetros más allá donde sabía que no habría nadie. Aparcó bruscamente deteniendo el coche al salir de la carretera.

—¡Pienso seguir caminando! —exclamó Patrice intentando soltar su cinturón de seguridad.

Wyatt la tomó de los hombros y la mantuvo quieta. Estaba nerviosa, evidentemente enfadada, como si estuviera a punto de volatilizarse entre sus dedos.

—Tranquila, no voy a hacerte daño.

—¿Y por qué has hecho todo esto?

Estaba tan enfurecida... Lo peor era que no tenía claro los motivos. Confuso trató de comprenderla sin ser capaz de hacerlo.

—No logro entenderte.

Patrice logró soltar el cinturón de seguridad y él la soltó permitiéndole salir del coche. Saltó en pos de ella y la alcanzó cerca de la puerta del copiloto. Solo ahí, tapados por la gran pickup, se permitió colocarse ante Patrice para retenerla.

—¿Qué crees que he hecho? —preguntó él.

—Tengo dos versiones y no sé cuál es peor.

El vaquero colocó los brazos a cada lado de su cabeza, apoyando ambas palmas de las manos en su coche y reteniéndola atrayendo toda su atención.

CAPÍTULO 23



—Te has acercado a mí para conseguir esas tierras que mi padre nunca te vendió o tienes un complejo increíble de príncipe azul.

Él la miró durante unos segundos, estudiando cada uno de los movimientos. Era tan enigmático que la perturbaba.

—No te voy a negar que quería esos terrenos, pero no lo hice por eso. Necesitabas dinero e hice un buen negocio. Denúnciame por eso.

Patrice sonrió ante su contestación.

—¿Y podría ganar el caso?

El vaquero miró sus labios y ella contuvo el aliento unos segundos. Ya casi había olvidado la conversación.

—¿Qué le dirías al juez? ¿Este hombre me cuida demasiado?

Apretó su cuerpo contra el suyo, tanto que el calor que emanaba fue suficiente como para calentarla. Él la instaba a creer cosas que había dejado enterradas hacía mucho tiempo.

—¿Y cuál sería la pena? ¿La cárcel? —Siguió mofándose cariñosamente.

Decir que nadie la había cuidado sorprendería a muchos, pero era cierto. Hasta la llegada de Wyatt Miller nadie había entrado en su vida de ese modo. Deseaba cuidarla y parecía un príncipe de los cuentos que te explicaban de niña.

—Trabajos a la comunidad —alcanzó a contestar.

Eso le hizo reír.

—¿Qué tipo de trabajos?

Su mente se llenó de imágenes, pero ninguna capaz de decir en voz alta. Su

corazón se aceleró, casi creyó que estaba a punto de tener un ataque al corazón.

—No lo sé —contestó tajantemente.

—Yo creo que sí lo sabes, pero no tienes valor para decírmelo.

¿Cómo la conocía tan bien? ¿Se había metido en su cabeza? Casi tenía miedo de que él pudiera adivinar los pensamientos calientes que llenaron su mente.

—No se me ocurren trabajos para ese tipo de pena.

—Yo podría ayudarte a pensar.

En realidad, no, todo lo que tenía en mente eran sus labios y el olor a tormenta que tanto lograba embriagarla. Ya casi no era capaz de pensar o de hacer nada más que imaginar a Wyatt más cerca.

—¿Cómo me ayudarás? —preguntó Patrice antes de humedecerse los labios.

—Una buena condena sería besarte, una y otra y otra vez y no detenerme hasta que tus labios estén inflamados.

La imagen llenó su mente de forma demoledora provocando que sus piernas temblaran. Ese pequeño signo fue aprovechado por Wyatt, acercándose todavía más a su cuerpo. Ahora ya no había distancia entre el coche y ambos, mucho menos entre ellos; estaban tan pegados que casi podían mimetizarse.

—¿Te gustaría?

—No —contestó tajantemente.

Eso lo sorprendió, casi hasta el punto de dejarlo en jaque. Antes de alejarse esperó a que ella diera las explicaciones pertinentes.

—¿Solo habría besos?

—Buenos besos —aclaró él.

Patrice se encogió de hombros sin dejar de mirarle a los ojos. Unos tan encendidos como los suyos propios.

—¿Y ya está? Los besos son para los adolescentes.

La forma como enarcó la ceja significó mucho más de lo que alcanzó a esperar. Casi pudo sentir sus labios sobre los suyos.

—¿Querías más?

Asintió. No era lo suficiente valiente como para decirlo en voz alta y escucharlo. Esa fue la forma más fácil de dar rienda suelta a sus pensamientos más tórridos. Sí, quería sexo con ese hombre y ya no era un secreto.

—Lástima que tengo una reunión importante en unas horas porque te

encerraría en mi habitación y no te dejaría salir hasta que tuvieras turno en el restaurante.

Supo que decía la verdad con el tono tan solemne que utilizó para confesar sus pensamientos. Patrice se mordió el labio inferior tratando de controlarse para no agarrarse a su cuerpo.

—Es una pena que no puedas cumplir eso —dijo socarronamente.

Wyatt pasó el pulgar de su mano derecha sobre los labios de Patrice al mismo tiempo que el resto de dedos se afianzaban en su barbilla. Cuando le tocó el turno del labio inferior apretó hasta arrastrar levemente el labio unos segundos.

—Yo siempre cumplo.

Y la besó sin pedir permiso, invadiendo sus labios de forma brusca y abusando de ellos con fuerza. Patrice gimió ante el repentino toque, él era dulce, pero fuerte a la vez y sabía besar como ningún otro.

Cuando profundizó el beso la agarró de la cintura y la apretó hasta notar su creciente e incipiente erección. Sí, aquel hombre deseaba que supiera bien el efecto que provocaba en él y eso la llenó de gloria.

Cortó el beso tan violentamente como cuando lo había iniciado.

—Te voy a dejar con Sora y les voy a decir a todos que nadie te lleve a casa. Vas a quedarte conmigo y voy a demostrarte lo mucho que puedo cumplir con mi palabra.

Patrice se quedó sin palabras.

—¿Vamos a jugar al parchís?

Río.

—Claro que sí. ¿Te gustan los lazos y las botas? Porque solo sé jugar a ese juego así.

La imagen llenó su mente quemándolo todo.

—No me lo perdería por nada del mundo.

Acababa de firmar un contrato verbal que se moría por cumplir.

—Sube a la camioneta antes de que te devore aquí mismo.

¡Oh, sí! Sus ojos prometían una noche inolvidable y ella acababa de olvidar como se caminaba. Respiró profundamente un par de veces antes de hacerle caso. Caminar era sencillo, un pie detrás del otro y así hasta llegar al asiento. Sin embargo, solo era capaz de pensar en la noche.

—Me alegra tenerte aquí —canturreó Sora.

Patrice lo siguió a pies juntillas, cargando el poco heno que le había dejado él para que llevara a uno de los caballos más especiales de toda la cuadra. Un ejemplar hermoso, poderoso, grande e hipnótico.

—Es como en nuestro primer trabajo.

Lo recordaba, ambos tenían quince años y habían limpiado las cuadras de su padre todo un verano por sacar malas calificaciones en el colegio. Habían odiado hasta la saciedad aquel lugar, además de sacar mejores notas el curso siguiente.

—Tenía tantas ampollas en las manos que no podía ni ducharme —rio Patrice recordando aquellos tiempos.

Habían sido momentos duros, pero los pudo sobrellevar gracias a sus amigos y Sora que resultaron ser un gran apoyo.

—El señor Davis me enseñó a valorar el estudio. Los acabé solo para no volver a trabajar allí.

Ambos rieron. Sí, su padre fue muy duro con ellos, más que con cualquier otro para que aprendieran la lección. El siguiente curso habían sacado las mejores notas de toda su promoción.

El caballo la tomó del cabello y comenzó a chuparlo. Ella, con cariño, le retiró la coleta con las manos para comenzar a acariciarle.

—Aquí estarán bien los caballos de tu madre —comentó Sora.

Eso esperaba, merecían una jubilación buena. Ella se encargaría de verlos y limpiarlos el tiempo que estuviera allí.

—¿Tu madre está muy mal?

Patrice dio un brinco al escuchar esa pregunta. Sí, lo estaba, y no estaría en el mundo muchos meses más. Ella había venido a cuidarla, a intentar que su vida fuera lo más cómoda posible. Finalmente, se vio en la obligación de dejarla sola gran parte del día para subsanar deudas.

—Le dijeron menos de un año.

Sora se compadeció de ella, su mirada lo dijo todo y Patrice decidió no mirarlo. Empezó a limpiar la cuadra mientras el animal comenzaba a comer su heno.

—¿Y después?

Esa era una buena pregunta. La realidad es que deseaba salir corriendo hacia Detroit en cuanto pudiera, pero dejar la gente que había conocido en

Afton y con la que se acababa de reencontrar no le gustaba.

Su idea principal había sido vender o donar todo lo de su madre para regresar a su vida. La realidad era que ahora no deseaba marcharse tan veloz.

—Me está gustando Afton, pero me gustaría regresar a mi trabajo. No me quiero ver de camarera o limpiando cuadras el resto de mi vida. No te ofendas.

Sora sonrió, él nunca se enfadaba y era una cualidad que le encantaba. Pocas veces lo había visto enfurecido y, por suerte, no había sido con ella. Aquel hombre era pura dulzura y seguía siendo el niño que conoció una vez.

—Te comprendo. Tu trabajo no es ninguno de ellos, tal vez consigas que te admitan en el hospital.

No había perdido esa visión buena de la vida, de ver el vaso medio lleno.

—Eres increíble —susurró antes de ir a otra cuadra.

Él siguió con el trabajo, ambos estuvieron en silencio un buen rato. Fue como si recordar viejos tiempos les hubiera incomodado. Trataban de hablar como si nada hubiera pasado, pero lo cierto era que habían transcurrido diez largos años.

—¿Cómo se encuentra Candace?

La sonrisa de padre orgulloso le provocó un sentimiento dulce en el corazón.

—Es un niño y estoy deseando que nazca.

Esa era una buena noticia, no importaba el sexo, sin embargo, su estado de salud sí. Si los médicos no le habían dicho nada, seguramente estaba todo perfecto y eso era lo mejor.

—Va a ser un bebé precioso, ya lo verás.

El futuro padre estaba orgulloso sintiendo esas palabras.

Uno de los caballos relinchó con fuerza llamando la atención de Patrice. Salió de donde estaba y lo vio. Era un inmenso y hermoso animal, de color marrón chocolate, hociaba con el morro contra la puerta de su cubículo.

—Oye, amiguito, ¿qué te pasa?

Se acercó a él, era mucho más grande de lo que parecía de lejos. Sus preciosos ojos miel resaltaban con su pelaje y sus crines oscuras. Se quedó ensimismada mirándolo, como si se tratase de una obra de arte.

El caballo removió el hocico cuando la tuvo cerca y ella se quedó paralizada con las palmas de las manos en alto.

—No voy a hacerte daño —susurró.

Él la miró de una forma que pareció ver en su interior. Los caballos eran animales fantásticos, podían ser capaces de empatizar con los seres de su alrededor. Casi lo notó rozando su corazón cuando, finalmente, decidió moverse.

Se acercó a ella, olfateó sus dedos y, al no recibir respuesta, le dio con su hocico para llamar su atención.

Patrice sonrió antes de dejar caer sus manos sobre su pelaje. Era más suave que el terciopelo y parecía disfrutar del contacto casi tanto como ella.

—Eres muy guapo.

Él movió las orejas en señal que la escuchaba. Ella rascó tras ellas y él se apoyó sobre sus manos.

—Y te gusta que te lo diga.

Estuvo acariciándolo durante mucho más rato del que debía. Se recreó en aquel movimiento que les gustó a ambos y casi pudo recordar cuando tocaba a los que había tenido su padre.

—¡Patrice, aléjate!

El grito de Sora provocó que ella saltara hacia atrás completamente aterrorizada, el caballo también se asustó y se metió hacia dentro de su cuadra, no sin antes dar un pequeño salto.

—¿Te has vuelto loco? ¡Casi me matas del susto!

Se agarró al corazón.

—¡Ese caballo es Wild! Es inestable y ya ha atacado a algunos de por aquí.

Patrice miró al animal, el cual volvía a asomar la cabeza por la ventana de su cuadra mirando a Sora como si lo que estaba diciendo fuera una exageración, hasta relinchó a modo de respuesta.

—¿En serio? A mí no me ha parecido peligroso... —susurró.

Pero a Sora no le tranquilizó eso, miró al pobre animal como si fuera un auténtico criminal.

—Créeme, lo es.

—Yo creo que estás exagerando un poco. Ese animal es muy dulce.

Sora se encargó de meterla en la cuadra de un pequeño potro y ambos se pusieron a limpiar. Ella no rechistó, siguió su tarea sin discutir sobre Wild. Por mucho que pensasen diferente no iba a hacer un drama.

—A su madre la traerán pronto, el veterinario la está examinando.

Asintió sin mediar palabra.

—Patrice, perdóname, de verdad.

—Tranquilo, entiendo los motivos. Solo quisiste protegerme.

Muy a pesar de que ella no había visto peligro alguno. Aquel era un animal manso, aunque todos no pudieran ser capaces de verlo. Patrice había visto a un caballo dulce e increíble.

—Vale, pues todo olvidado. Te invito a cenar para compensarte.

La imagen de la promesa que había hecho a Wyatt la asaltó sin miramientos, él podía ser capaz de recorrer su mente aún estando lejos. Como si tuviera algún tipo de poder mental.

—No puedo, esta noche estoy ocupada —contestó de forma educada.

Eso hizo que todas las alarmas de Sora saltaran a la vez. Sí, aquella simple frase había provocado que él sospechara algo. Dejó la pala para ir hacia donde se encontraba y sondearla con la mirada.

—Estar con tu madre no es gran plan. Mucho ha tenido que cambiar Piper para que su compañía sea una fiesta.

Estaba totalmente de acuerdo con esa afirmación.

—No, no estaré con ella.

Eso le dio a su amigo un hilo por el que tirar y era un perro con hueso, no se iba a dar por vencido hasta que lograra sacarle lo que quería. Eso la dejaba en una encrucijada, ¿cómo se lo tomaría?

—No puedes trabajar esta noche después de estar aquí. Caerás enferma.

—No voy a trabajar.

Su amigo bien podía haber sido investigador privado porque pudo ver en sus ojos que casi tenía la respuesta, pero deseaba escucharla de sus labios. Aquello comenzaba a resultar extraño.

—¿Josh?

Patrice decidió jugar con su curiosidad.

—¿Das por hecho que sea una cita?

Sí, lo daba y nadie podía cambiarle de opinión. Eso la hizo pensar, ¿iba a tener una cita con Wyatt? Era algo demasiado grande, no había tenido una en mucho tiempo y dar el paso la estaba poniendo nerviosa.

—Lo sé porque te sonrojas como cuando Finn te pidió salir por primera vez en sexto curso.

Recordaba ese día. Había pasado tanta vergüenza que enmudeció incapaz de contestar. No le gustaba Finn y se lo explicó con tacto, algo que él agradeció y la dejó estar... Al menos unos meses.

Él siempre había querido algo más, pero Patrice no veía nada salvo una

preciosa amistad. Ver ahora que estaba felizmente casado con Kara la hacía feliz, al fin había encontrado el amor de su vida.

—¿Y si te pido que lo dejes estar?

—Me lo debes.

Frunció el ceño, en realidad no.

—No quiero jugar a este juego.

Ni ella misma se atrevía a admitir que Wyatt le gustaba. Todavía no se conocían lo suficiente, pero sí sentía una gran atracción hacia él; una que deseaba explorar a fondo a pesar del miedo.

Sí, sentía miedo de estar con un hombre y eso lo había adquirido con el tiempo. En los últimos diez años se había limitado a unos cuantos encuentros esporádicos fugaces, nadie sin importancia, nadie capaz de hacerla vibrar como lo que Wyatt acababa de provocar.

Él lo había cambiado todo sin que pudiera darse cuenta.

—¡Es Wyatt! —exclamó entre la sorpresa y la alegría.

¿Cómo lo había adivinado?

Patrice reaccionó haciéndole un gesto de silencio.

—Shhh, no hace falta que lo digas tan alto.

Miró a la puerta de los establos, por suerte no había entrado nadie. No quería que pensarán mal de ella; acababa de ser contratada y ya tenía una cita con el jefe. No era ético.

—Tranquila, todos se han dado cuenta de que le llamas la atención. Has conmocionado al pueblo con tu regreso.

Eso era una verdad a medias, la más sorprendida con su regreso era ella misma. Nadie podía estar más impresionada con su decisión.

—No hace falta airearlo —susurró.

Sora rio.

—No es un crimen quedar con alguien.

¿No lo era, seguro?

Su amigo decidió seguir con el tema, por lo visto el trabajo de aquel día le aburría y quería entretenerse con ella. Para ser justos, lo agradecía. Había regresado después de tantos años que no esperaba que nadie siguiera hablándole o la tratara tan bien como lo estaba haciendo él.

—¿Y qué vas a ponerte?

—Nerviosa —se rio Patrice—. Hace tanto que no tengo una cita que creo que voy a tener que consultar en internet qué es lo que se hace o de qué se

habla.

Sora no podía estar más sorprendido. La estudió con la mirada y comenzó a reír hasta comenzar a toser.

—Eso es el karma, por reírte de mí —comentó ella señalándolo acusatoriamente.

Pasados unos minutos, en los que entraron diferentes *cowboys* y ellos siguieron con su faena, regresó a la carga. Aquel día iba a ser muy largo si debían ponerse al día como cuando eran adolescentes.

—Tú trata de estar calmada. Y si necesitas consejos prácticos existen muchos vídeos en internet que pueden inspirarte.

—No estoy preparada para hablar de sexo contigo.

<<Otra vez>>. Pensó.

—¿Te acuerdas? Estabas mucho más nerviosa en tu primera cita con Saúl.

Acababa de pisar una mina y explotar ante sus ojos. El nombre de su exmarido fue como un puñetazo duro en el estómago. Lo peor fue que Sora también supo que acababa de meter la pata.

—Patrice, créeme que no lo dije con mala intención. Lo siento.

—No te preocupes, no es nada.

Pero era mentira, sí lo era. El nombre de su ex removía demasiados recuerdos, los cuales se había esforzado en esconder tan profundamente que jamás imaginó que volverían a flote.

—Lo siento muchísimo, de corazón.

—No es un crimen decir su nombre. Fue hace mucho tiempo, estoy bien.

Podían pasar mil años que siempre recordaría a ese hombre. En su primera cita había estado tan nerviosa que no había sido capaz de darle dos besos al verse. La imagen de aquel hombre hizo que tuviera que pararse un momento para respirar.

—¿Necesitas un descanso?

Sí, pero no del trabajo, de la vida en general y de lo que le provocaba ese maldito pueblo.

—Estoy bien, puedo seguir.

Siguió trabajando, ignorando el dolor que su corazón enviaba a cada una de sus extremidades. Resignándose a sentirse así el resto del tiempo que estuviera en Afton antes de salir corriendo.

—¿Has mantenido el contacto con su familia?

Negó con la cabeza.

—Desde el mismo día del entierro no he vuelto a saber nada de ellos.

Su matrimonio había sido fugaz, unos pocos meses antes de vestirse de negro y acabar en el cementerio. Todo había estallado en su cara. Saúl había podido ser una vía de escape en su miserable vida.

Aquel hombre había prometido muchas cosas, iban a ser felices donde sus padres la dejarían tranquila, pero la tragedia asoló su vida. Eso había propulsado su huida, el tener que regresar a casa, el volver bajo ese mismo techo y los millones de recuerdos que contenía un pueblo tan pequeño. Cada esquina tenía una historia que contar, una que ella misma había tratado de borrar.

Jamás imaginó el alcance que iba a tener su regreso y lo difícil que podía llegar a ser.

—Se fueron de aquí poco después que tú. Solo queda su hermano, el resto lo vendieron todo y se marcharon.

Eso era un alivio, no se los iba a encontrar.

Patrice no podía hablar, tenía un nudo en la garganta a causa de la conversación.

—¿Te gusta, Wyatt?

Si seguía preguntando iba a darle con una pala en la cabeza para acabar con él. Aquel hombre no se cansaba.

—Tendrías que haber sido periodista.

Pensó un poco antes de contestar la pregunta y no tuvo duda alguna. Sí, mucho más de lo que hubiera imaginado.

—¿Entonces? —insistió.

—Sí... pero deja de preguntar.

Aunque solo fuera por un rato, iban a tener muchos días para seguir hablando de todo cuanto quisieran.

CAPÍTULO 24



Cuando acabó el turno en el rancho Diamond Dark, Sora la llevó a casa. Se había tirado todo el camino dándole consejos de cómo actuar, era como si tuvieran quince años nuevamente.

Se había duchado y puesto un vestido azul marino que se amoldaba perfectamente a su figura. Tenía un escote en forma de corazón que la incomodaba un poco, pero decidió ser valiente. No podía vestir siempre como una monja.

Sonó su teléfono y descolgó.

—¿Llamas para cancelarlo?

La risa de Wyatt sonó tan profunda que casi sintió que se iba a desmayar.

—No lo cancelaría por nada del mundo.

Esa voz podía ser capaz de dominarla, estaba segura que si él lo pedía ella haría cuanto quisiera. Su tono fuerte y erótico encendía algo en ella de un modo que no había sentido jamás.

—Quería saber si estabas lista.

—Salgo enseguida, arranco el coche y estaré allí en un momento.

Su risa volvió a aturdirla, como si fuera una droga fuerte que asaltaba su corazón de la mejor forma.

—Me he tomado la libertad de venirme a buscar. Mira por la ventana.

Patrice obedeció al momento, apartó la cortina levemente y se quedó congelada al instante. No podía ser verdad lo que veían sus ojos y si lo era no estaba preparada para aquello.

Wyatt estaba montado sobre Carbón, uno de los caballos más hermosos del

Rancho. Y él iba vestido como todo un vaquero.

—No puede ser verdad —susurró sin darse cuenta.

—He estado tentado en venir montado en un caballo blanco, pero eso solo reforzaría tu teoría de que tengo complejo de príncipe azul.

No importaba el color del animal, aquel hombre pretendía convertir su vida en un cuento de niñas, tan romántico que asustaba.

—No sé montar, prefiero ir en mi coche.

—Lástima que vas a montar conmigo.

Su tono se endureció levemente, instándola a obedecer casi al instante. Él podía forzar sus límites sin que temiera algo peor. Le proporcionaba una confianza que nunca antes había sentido.

—Prométeme que no me caeré —suplicó.

—Tranquila, conmigo estarás a salvo.

Esas palabras quedaron tatuadas en su piel de una forma que él no se imaginaba. Solo esperaba que lo cumpliera y no la dejara en la estacada. De pronto cayó en la cuenta de algo.

—Me he puesto un vestido...

—Pajarillo, no es la mejor prenda para montar. Deberías ponerte un pantalón.

Patrice hizo un leve puchero. Quería estar espectacular para él y no tenía ropa tan arreglada que combinara con un pantalón.

—No estés triste, Pajarillo, estarías preciosa hasta con un saco, pero reconozco que me gustaría verte sin nada.

Aquella declaración de intenciones la dejó helada. ¿Cómo podía responder a algo semejante? Estaba claro que no quedaba con él para jugar el parchís, no obstante, decirlo de aquella forma era demasiado fuerte para ella. Acababa de subir la temperatura en la habitación.

—¿Te ha comido la lengua el gato?

Él sabía bien lo que estaba provocando con esas palabras. Era muy consciente de sus actos.

—No voy a desnudarme ante ti.

—Lo harás porque te mueres de ganas, casi tanto como yo.

Su madre cortó la conversación entrando en tromba en la habitación. Patrice colgó instintivamente sin darle una explicación al vaquero que la esperaba en la puerta en su hermoso caballo.

—El señor Wyatt está en la puerta. ¿Qué has hecho?

Esa acusación que se filtró en sus palabras la molestó.

—No he hecho nada. Hemos quedado.

No tenía que darle explicaciones de lo que hacía, pero se las dio para que la dejase en paz.

—Es tu jefe —recriminó.

Patrice suspiró, aquella conversación estaba tomando unos tintes que no deseaba. No llegaba a comprender los motivos por los cuales su madre parecía estar ofendida con ella.

—¿Dónde está el problema?

Se fue hacia su armario para cambiarse de ropa, no quería dejarlo esperando demasiado tiempo.

—No es una persona que quiera para ti. Si quieres volver a casarte deberías darme tiempo para buscar a alguien que nos vaya bien a todos.

La mierda explotó en la cara de ambas exponiendo su pasado. Estaba claro que nadie pensaba dejar descansar en paz a Saúl en su tumba. Ella había elegido a su marido a consciencia y lo había orquestado todo para que ambos acabaran casados.

Pero todo en el mundo de Piper Davis tenía una razón de ser y ella no podía estar con un hombre que no gozara del beneplácito de su progenitora.

Saúl había pasado la nota de corte de su madre. Por aquel entonces era el hijo mayor de los dueños del mayor rancho de la zona. Era una familia muy adinerada que abandonó la gran manzana para cumplir su sueño de vivir en el campo.

Y su hijo tenía el dinero suficiente como para ser buen candidato para su hija. Él se prestó a orquestar un teatro para fingir conocerla de forma casual. La chispa había saltado rápidamente.

El noviazgo fue rápido y pasional hasta culminar en una boda por todo lo alto, pero él había fallecido ocho meses después. Patrice había vendido la casa que ambos compartían y después de preparar una diminuta maleta se había marchado.

—Es curioso, ¿no? Es el dueño del mayor rancho de la zona como Saúl, pero no es de tu agrado. ¿Por qué?

—Esa familia no me gusta.

Patrice se armó de valor y dejó que su ira saliera por su boca.

—Tú no le gustas a nadie.

Piper encajó aquello como si de un puñetazo se tratase, se llevó la mano al

pecho y fingió dolor. Por un momento olvidó que estaba delicada de salud, que la quimioterapia estaba acabando con ella. El dolor era tan lacerante que no podía esconderlo como si jamás hubiera ocurrido.

—Si sales por esa puerta no vuelvas.

Patrice tomó su bolso y caminó hacia la salida de la habitación. Antes se detuvo al lado de su madre susurrándole:

—Gracias por ponérmelo fácil.

Salió de allí en tromba incapaz de pensar en nada. Tomó las llaves por pura costumbre sabiendo bien que ya no le hacían falta y al salir pegó un sonoro portado. Nunca había sido una dramática, pero por una vez en su vida no sentaba mal.

Atravesó el jardín mirando fijamente el vaquero que estaba sobre el caballo. Él bajó con el ceño fruncido, ya sabía bien que algo no iba bien, sin embargo, no preguntó; se limitó a esperarla.

—Vale, dime cómo se monta.

Wyatt negó con la cabeza.

Invadió su espacio hasta provocar que Patrice chocara con la verja. La confusión llenó su mente casi borrando el enfado que tenía. Sus manos recorrieron un poco sus piernas hasta tomar su cintura apretándola a él.

¿Cómo podía oler a tormenta, a heno y a salvaje a la vez?

—No puedes montar así —se limitó a decir.

No contestó, no podía.

Una de sus manos subió lentamente dibujando su figura con dulzura, al rozar su pecho casi se desmaya esperando más; ya no importaba que estuvieran en la calle. Quería eso y más.

Cuando tomó su barbilla sintió que estaba preparada para cuanto él quisiera darle. Suspiró mirando sus labios y esperó unos eternos segundos.

Wyatt miró hacia atrás.

—Nos mira desde la ventana.

—No me importa —escupió contestando fríamente.

Él sonrió cómplice sabiendo que aquello se trataba de un acto de rebeldía. No se quejó o la dejó allí. Tomó el juego como suyo propio, se quitó el sombrero y se lo puso a sobre su cabeza.

—Casi tienes todo lo necesario para empezar a sentirte como en casa.

Estaba confundida.

—¿Y qué falta?

Wyatt contestó agarrándose con una mano a la verja y mirando sus labios dejando claro lo que iba a pasar. Patrice no esperó más para tomarlo, su lengua impactó ferozmente contra sus labios que se abrieron para facilitarle el paso.

Gimió ante el contacto, perdiéndose en ese beso como nunca antes lo había hecho. Rompiéndose y reconstruyéndose mil veces. La ira se esfumó casi olvidando lo que acababa de ocurrir en el interior de la casa.

La mano de Wyatt, que aún seguía en su cadera, se desvió hacia la espalda hasta la curva que había al final.

Patrice perdió sus dedos entre los cabellos del vaquero, se agarró a él fuertemente mientras se saboreaban incapaces de detenerse.

Sí, esa noche podían llegar a pasarlo muy bien.

—Ahora ya estás lista para montar.

—*Uhum...*

No era capaz de hablar.

Miró al enorme animal y sintió miedo.

—No creo que pueda subir, es demasiado alto.

Wyatt la tomó de la cintura y, antes de que pudiera pensarlo, la subió en volandas sobre la silla de montar. Patrice enmudeció tratando de no asustar al caballo. Se quedó congelada notándolo bajo sus piernas, era mucho más alto de lo que había imaginado.

—Ya está, no era tan difícil —sonrió él.

Subió al caballo ágilmente, quedando a su espalda demasiado pegado a ella. Casi estaban piel con piel y podía notar su calor acariciando su cuerpo. Sí, ya no tenía ganas de cenar solo de comerse el postre.

Lo vio pasar los brazos a su alrededor para coger las riendas y comenzar a caminar.

—Por favor, no lo hagas galopar —suplicó muerta de miedo sujetándose fuertemente a la montura.

Su voz ronca sonó en sus oídos.

—No va a pasarte nada conmigo.

Solo esperó que fuera cierto.

CAPÍTULO 25



No había nadie en el rancho a simple vista, lo que distaba mucho de lo que había visto hacía unas horas. La gente correteaba arriba y abajo todo el día, pero por la noche estaba desértico.

—Menudo silencio —dijo Patrice sorprendida.

—Que no te engañe, hay unos pocos hombres haciendo labores nocturnas. Entre ellas vigilar que los animales salvajes no molesten al ganado.

Aquella mujer se erizaba cuando él le susurraba. Cuando posaba sus labios sobre su oído para que pudiera escucharlo con atención. Y esa reacción le encantaba. Ella podía ser un lienzo en blanco a veces, neutra y sin expresión, pero empezaba a ver otras muchas facetas en ella.

A pesar de su edad adulta, seguía bajo el influjo de su madre sin darse cuenta de lo narcisista que era esa mujer. Piper Davis no sentía amor por nadie más que por ella misma y eso estaba arrastrando a Patrice hacia lo más profundo.

—Ahora te ayudo a bajar —la avisó antes de bajar de Carbón.

La ayudó a desmontar del caballo y la sujetó cuando sus rodillas fallaron en su primer intento de sujetarse.

—No te preocupes, es lo normal después de montar —le explicó restándole importancia.

No le rebatió, creyó a pies juntillas lo que le decía y se mantuvo en silencio. No la culpó, el rancho podía impresionar por las noches. Era muy grande y verlo sin gente podía ser abrumador.

Tomó su mano para instarla a caminar. Fueron hacia la entrada principal de

la casa y entraron. El aprovechó para cerrar con llave, nadie iba a salir esa noche de aquel lugar y quería estar seguro.

—¿No voy a irme? —su pregunta fue con voz suave.

—No antes del amanecer —prometió.

Escucharon unos pasos que se hicieron más veloces y vio como su madre aparecía tras el gran <<hall>> que tenía la casa. No le gustó verla, por la compañía que traía bajo su mano.

Vega Miller miró a su hijo y su acompañante con cierta sorpresa antes de cerrar los ojos con pesar.

—Te he estado buscando —lo acusó con solo cuatro palabras.

Su acompañante se encogió haciéndose pequeña, supo que, de haber podido, hubiera desaparecido de aquel lugar.

—Pues aquí estoy —contestó sin más tomando la mano de Patrice.

Notó la lucha que trató de hacer para soltarse, pero no se lo permitió. Iba a enseñarle que no debía tener miedo del mundo. No estaba haciendo nada malo y esconderse no era la opción.

—Es una invitada —advirtió.

—Pero puedo irme si soy un estorbo.

Vega la ignoró, no se molestó en mirarla. Simplemente parpadeó alzando el mentón, miró a su hijo y explicó:

—Ha habido otro asesinato.

Eso lo sorprendió, en poco tiempo había sucedido algún que otro en el pueblo. Se estaba haciendo todo lo posible para encontrar al culpable, pero no daban con él. Y era extremadamente violento y peligroso.

—¿De quién se trata? —preguntó.

—Renata.

La conmoción lo golpeó con fuerza. Era una de las veterinarias que cuidaba a sus animales, una mujer muy afable y dulce; madre de dos hijos y embarazada del tercero. Su marido era uno de los mejores vaqueros del rancho.

—¿Ha sufrido?

—La han violado y golpeado hasta la muerte.

Pobre mujer. No se imaginaba algo más horroroso que eso, el dolor que iba a sentir la familia con la noticia.

—Santo Dios... —susurró Patrice.

Era una noticia terrible, como si acabaran de golpearle el estómago con una

barra de hierro. Alguien estaba asesinando a pobres mujeres inocentes haciéndolas sufrir lo indecible.

—Tengo que llamar a la familia —anunció soltando la mano de su acompañante.

Debía ponerse en contacto con el marido.

—¿Podrías esperarme aquí? Será solo un momento —le pidió.

Sus ojos dulces se cerraron antes de asentir. No conocía a aquella mujer, sin embargo, sentía un dolor amargo y duro. Nadie podía sentir menos ante una noticia semejante, acababa de morir una buena mujer.

—Por supuesto, tranquilo.

Wyatt se olvidó de su madre y salió de allí marcando por teléfono para dar el pésame a uno de sus mejores amigos. El mundo era muy cruel e injusto aquella noche.

—Me la han quitado, Wyatt —escuchó cuando descolgó.

—Lo siento mucho, amigo. Lo encontraremos y le haremos pagar.

Los llantos desgarradores que sonaron de fondo le rompieron el corazón. Aquella noche había una estrella más en el cielo, una que de forma injusta había ascendido para iluminarlos a todos.

Patrice miró la puerta de salida y recordó que estaba cerrada con llave. Miró a su alrededor tratando de seguir respirando a pesar de la mirada gélida de la madre de Wyatt.

—Disculpe, ¿tiene las llaves? Debería irme viendo lo acontecido.

Vega la miró lentamente hasta fijarse en el sombrero que llevaba. Estaba convencida de que lo había reconocido al instante. Eso provocó que Patrice se lo quitara y lo sujetara entre las manos.

—Ni con tu apellido te dejaría ir sola después de lo que ha ocurrido —contestó rápidamente.

Asintió dándole la razón. Esa noche ya se había vertido sangre y lo mejor era tratar de calmarse y quedarse allí hasta que el sol saliera, tal y como había prometido su acompañante.

—Vente, te serviré un té —le ordenó.

Pero Patrice no supo contestar y se quedó congelada en la puerta, algo que desesperó a Vega, la cual hizo aspavientos con las manos.

—¡Vamos, niña! No voy a morderte.

Ella no lo tuvo claro, aún así, decidió seguirla hasta la cocina. Fue un camino largo, pasando por un pasillo lleno de cuadros de paisajes hermosos, la gran mayoría eran playas de ensueño con aguas cristalinas.

—Son de mi madre, adoraba ir en vacaciones.

—Menuda artista.

No lo decía por complacerla, lo pensaba de verdad. Tenía un don en sus manos y lo había logrado plasmar de una forma perfecta, casi parecían fotos; como si pudieran asomarse y oler la sal del mar.

Llegaron a una amplia cocina, mucho más grande de lo que había esperado. Era tan moderna que se sorprendió a sí misma mirando los sofisticados hornos que tenían allí. No se imaginó usándolos sin quemar la comida.

—¿Té rojo?

Asintió a la pregunta de la señora Miller.

Siguieron en silencio. No era un misterio que no la quería ahí, pero no alcanzaba a entender los motivos.

Le señaló uno de los taburetes que había en uno de los extremos. Estaban sobre una larga mesa metálica, boca arriba; los habían apartado para fregar. Le hizo caso y bajó dos ya que estaba.

Vega se lo trajo y ambas se sentaron. Ante el silencio, que había en toda aquella casa, Patrice empezó a remover la cucharilla de un lado para el otro.

—Para, para —pidió Vega tomándole la muñeca—. Vas a marear el té a este paso.

—Lo siento —se disculpó rápidamente.

La madre de Wyatt suspiró antes de mirarla.

Era una mujer impresionante, a pesar de su edad se mantenía hermosa. Apenas parecía que los años hubieran pasado, sin embargo, su mirada le mostraba que había pasado por mucho.

—Casi puedo escuchar tus pensamientos —se quejó.

Patrice se quedó petrificada, no se atrevió a disculparse porque no había hecho nada malo.

—¿Qué le hizo mi madre?

Una sonrisa amarga se dibujó en el rostro de aquella mujer, sí, Piper le había hecho un daño tan profundo que la había marcado para siempre. Fuera lo que fuera Patrice llevaba su apellido y ese era un recuerdo amargo.

—¿Qué te hizo a ti? —preguntó como si disparase.

Se humedeció los labios tratando de pensar en todas las cosas que le había hecho a lo largo de la vida, el resumen iba a ser demasiado largo, así pues, decidió dar una pincelada de un gran cuadro.

—No quererme.

Vega hizo una mueca antes de tomar la palabra.

—He preguntado por ti en el pueblo.

Se quedó congelada al instante. No sabía bien qué era todo lo que aquellas gentes sabían de su vida, pero lo poco que habían podido ver ya había sido horrible. ¿Qué imagen tenía en aquel momento?

—Entonces creo que puede hacerse una idea de todo.

Vega removi6 el t6.

—Me sorprendió mucho saber que esa mujer tenía una hija, sin embargo, cuando supe lo que los vecinos habían visto comprendí porqué habías decidido irte. Diez años es mucho tiempo.

—Para ser justos, regresé para el entierro de mi padre, pero no duré ni dos horas aquí.

No se había podido despedir de él, una aguja que llevaba clavada en el corazón, tan profundamente dolorosa que no podía decirlo en voz alta.

—Tu madre lloró su pérdida durante mucho tiempo.

Patrice nunca descolgó el teléfono para preguntarle cómo se encontraba. La había dejado atrás y la odiaba demasiado como para perdonárselo. Años después había tratado de mantener el contacto.

—Eran tal para cual —susurró pensando en su padre.

Él tampoco la quiso en exceso, de lo contrario no hubiera permitido el juego que habían orquestado con Saúl.

—Buscó un hombro sobre el que llorar.

Eso la sorprendió, nunca había tenido conocimiento de ello. Era un buen secreto que su madre había guardado a buen recaudo.

—No sabía nada.

Era la primera noticia que tenía de algo semejante.

—¿Qué ocurrió con él? ¿Se cansó? —preguntó.

No había nadie viviendo con Piper y tampoco había encontrado rastro de ello. La casa se había congelado hacía años, mantenía la misma decoración y salvo algún cambio pequeño todo se mantenía perpetuo en el tiempo.

—Murió.

Sintió lástima. Si su madre había amado a aquel hombre ella no había

estado allí para animarla.

Se negó a hablar, miró a Vega y las lágrimas ya habían empezado a manchar sus mejillas. No quiso saber los motivos porque una parte de ella estaba empezando a comprender.

—Fue hace dos años. A veces los caballos son traicioneros o tal vez estaba aliado con tu madre. —Aquella mujer divagaba entre realidad y ficción—. Wyatt dice que a Wild le picó una serpiente...

El nombre de ese caballo la impactó cortándole la respiración. Era el mismo caballo que Sora había acusado como agresivo y peligroso.

—Murió en el hospital semanas después, se golpeó duramente la espalda y murió.

—¿Por qué conserva ese caballo? —preguntó queriendo saber más.

Vega miró al cielo. Ella no quería que Wild siguiera con vida.

—Porque Wyatt lo conserva, por mí ese animal podría pudrirse en el infierno.

Su odio profundo le hizo comprender muchas cosas. La primera era que aquel caballo era considerado peligroso por una picadura de serpiente y, la segunda, que su madre había estado con el señor Miller.

—Siento lo que mi madre le hizo —se disculpó con el corazón encogido en el pecho.

—Se vieron durante meses hasta que se mudaron juntos. Seguía viniendo aquí a trabajar, porque era su rancho, yo no podía negarle la entrada. Lo único que le pedí es que no trajera a esa mujer a mi casa.

Por sus palabras adivinó que no cumplió. Su madre había pisado el rancho haciéndole daño a Vega. Tragó saliva tratando de respirar, sus pulmones se habían negado a trabajar.

—Nunca nos divorciamos y tras el entierro tu madre vino a restregarme que me quedaba una paga de viuda por algo que le pertenecía a ella. Como también parte del rancho que pasaba a sus hijos.

Estaba a punto de vomitar. Se agarró el estómago obligando a su cuerpo a no hacerlo, debía esperar a llegar a algún baño. Se quitó el sudor de la frente con las manos al mismo tiempo que intentaba respirar.

—Hace calor aquí dentro —dijo abriéndose el cuello de la camiseta que llevaba.

Vega la miró perpleja.

—Tú no sabías nada.

Eso le costaba de creer, pero lo estaba viendo claro ahora con su reacción. Sí, Patrice no había sabido jamás de algo así. El señor Miller yació con su madre durante años. El descaro de Piper Davis no tenía límites.

—Lo siento muchísimo, no sé qué decir. Mi madre es un ser despreciable.

Todo el mundo tenía derecho a enamorarse nuevamente, no obstante, lo injusto era que había ido a reclamarle algo a los Miller. Entró en el rancho Diamond Dark mientras el señor estaba vivo y había lidiado con su ex.

Volvió a quitarse el sudor tratando de digerir lo que acababa de saber.

—Estás pálida.

Su voz mostró preocupación.

—Voy a vomitar —lloriqueó mirándola.

Vega saltó de la silla y la guio hacia el baño donde corrió a refrescarse con el agua helada que salió del grifo al abrirlo. Empezó a sentirse mejor gracias a eso y respiró aliviada.

La señora Miller le apartó el cabello para humedecerle la nuca. Comenzó a cantar una nana y no pudo evitar sentirse culpable por aquello.

—No es necesario, de verdad.

—Cuando supe tu apellido te odié tanto que quise sacarte de aquí a golpes. Patrice se mantuvo inmóvil mientras empezaba a sentirse mejor.

—Y al saber lo que te había hecho... ¿Qué madre puede hacer algo así?

No podía contestar, así pues, siguió en silencio con la única compañía del agua corriendo lentamente.

—Ha sido ver tus ojos hablando de ella y he visto que no te pareces a esa mujer.

¿Qué podía decir? Ella no se veía como su madre torturando a todos los que tenía a su alrededor. La experiencia en la vida la había hecho aislarse del mundo hasta quedar completamente sola.

—Siento lo que le hizo, no es justo —alcanzó a decir.

—No más de usted, Patrice, soy Vega.

Como ya se sentía mejor, dejó de mojarle la nuca y la secó cuidadosamente con una toalla. Murmuraba una canción de cuna tan dulce que hizo que le doliera el corazón. No sabía si de bebé le habían cantado con ese amor.

—Ahora sí. Ya tienes mejor color.

Se miró al espejo y logró ver que sus mejillas ya empezaban a tener ese toque sonrosado que solían tener.

—Ahora podemos seguir con el té.

Fue tras ella a pies juntillas, sin separarse lo más mínimo.

—Tienes un buen corazón. Pocos hubieran regresado para cuidarla.

—No se equivoque. Soy estúpida por hacerlo, pero me sentí obligada moralmente.

Vega no le dio la razón, negó con la cabeza.

—Estás haciendo algo que ella no haría y eso demuestra que, a pesar de compartir su sangre, no tienes nada que ver con esa mujer.

Nunca antes una frase le había hecho tanto bien. Era algo que llevaba deseando escuchar toda su vida. Con ella el dicho <<de tal palo tal astilla>> le dolía en el corazón, puesto que llevaba toda la vida peleando para no serlo.

—¿Te gusta mi hijo?

Casi escupió el té cuando esa pregunta la golpeó duramente. Soltó la bebida poco a poco como si tuviera una bomba entre los dedos.

—Lo cierto es que sí.

—Ese vaquero tiene pensado echarte el lazo como su padre hizo conmigo. Y créeme que si eso ocurre no habrá lugar en el mundo en el que puedas esconderte.

CAPÍTULO 26



Cuando entró en la cocina su madre y Patrice comían pastas de té. Hablaban sobre el trabajo de la joven en Detroit y los años que había pasado allí. También trataban cómo se habían conocido.

—¿Tomando el postre sin cenar?

Lo miraron con las bocas llenas, masticando unas galletas que hizo su madre el día anterior.

—¡No sabía que no has cenado! —exclamó Vega sorprendida—. Haberlo dicho y te hubiera cocinado algo.

La cara de Patrice mostró algo de sorpresa antes de poner los ojos en blanco. Wyatt supo que algo ocurrió allí en su ausencia. Se había centrado en la noticia de la pérdida de una buena amiga y no había reparado en que las dejaba a solas. Al parecer fue algo muy acertado.

—Hace un rato hubiera suplicado al mundo que me engullera, lo que menos iba a hacer es pedir cenar.

Wyatt y Vega sonrieron y asintieron a la vez. Por el momento ahora estaban bien y su madre no deseaba matarla o golpearla.

—He dejado la cena en el caliente platos, sirvo la mesa y nos ponemos a ello.

Su madre se levantó y dejó las tazas de té en el fregadero. Se alisó la falda oscura que llevaba para después ir a despedirse de Patrice.

—Ha sido un placer, eres más que bienvenida aquí.

—Muchas gracias, por mi parte también ha sido un placer.

Antes de marcharse le dio un beso en la mejilla a su querido hijo y salió

hacia su habitación. Estaba un par de pisos arriba donde sabía bien que vería un poco la televisión antes de conciliar el sueño.

—Parece que ha ido bien —comentó el vaquero cuando la vio marcharse.

—No he pasado tanto miedo en mi vida —confesó Patrice llevándose las manos al pecho tratando de mantener su corazón bajo control.

Rio levemente, su reacción fue tan visceral que la creyó. No había sido justo dejarla allí a solas, por suerte el resultado era mucho más satisfactorio de lo que hubiera imaginado jamás.

—Lo siento, no lo pensé —se justificó.

Ahora, pasado lo malo, Patrice negó con la cabeza y se encogió de hombros tratando de quitarle importancia al asunto.

—Al final hemos podido hablar sin que mi apellido sea un lastre. Siento mucho lo que mi madre os ha hecho.

Como si ella fuera culpable. No podía cargar con la culpa de su madre a sus espaldas, no eran la misma persona y debía darse cuenta ya.

—¿Cómo te llamas?

Aquella pregunta la descuadró hasta el punto de fruncir el ceño y mirarlo absolutamente preocupada. Casi sintió el impulso de reír, pero se reprimió para no ofenderla.

—Mary Patrice Davis.

—¡Ah! Bien, creía que eras Piper.

Ella seguía sin entenderlo.

Caminó con el paso firme hasta quedar ante la mujer. La miró detenidamente como si tratase de recordar su piel, sus pecas, sus pestañas, sus labios... en general todos sus rasgos merecían quedar en su memoria.

—¿Cómo explicarte lo que veo? ¿Cómo puedes verte como el reflejo de tu madre? Algo no funciona aquí dentro —dijo con vehemencia mientras señalaba la sien.

Su mirada miel era increíble, había mucho más en su interior de lo que mostraba. Tenía muchas incógnitas que deseaba descifrar.

—A veces me pierdo en sus actos, como si ella hablara en mi nombre.

Su confesión lo dejó atónito. Su madre ejercía un control absoluto sobre su hija desde que había llegado. Por suerte él pensaba darle un empujón para llevarla hacia donde quería.

—Yo te veo una boca preciosa y escucho una voz de sirena hermosa... No, no eres ella... —dijo acariciando sus labios.

No huyó, aquel Pajarillo empezaba a soportar su toque. Poco a poco iba aprendiendo a ser valiente y él no podía estar más orgulloso. Al verla llegar había visto a una mujer que estaba a punto de correr al menor gesto.

—Debería irme.

La sorpresa lo golpeó duramente en el centro de su pecho.

—¿Por qué?

—Esta noche has perdido a una amiga. Deberíamos dejar la cena para otro día.

Eso sí le molestó.

Wyatt se sentó para tratar de controlar su ira. Con suavidad la instó a sentarse en su regazo, esperó no tener que verla marcharse y, por suerte, ella accedió. Su leve peso lo sorprendió, era más pajarillo de lo que esperaba.

—Reconozco que se ha ido una de mis mejores amigas de la peor forma. Encontraremos a ese hombre y le haremos pagar. No se debe violar y asesinar y, mucho menos, a una mujer embarazada.

Patrice lo abrazó dejando su cabeza apoyada sobre su hombro. Su respiración lenta le hizo cosquillas en el cuello y erizó su piel.

—Es horrible —susurró.

Lo era. Lo peor era que en ese año ya habían tenido varios casos semejantes. Apremiaba encontrar al tipo para llevarlo ante la justicia.

—No puedes irte, no puedo dejarte marchar.

Patrice quería salir huyendo como había hecho años atrás, salvo que, al mismo tiempo, estaba aferrada a él como si fuera una roca. Era una dualidad que le daba esperanza.

—No es la mejor noche, habrá más.

—Esta es la mejor.

Su respiración se entrecortó.

—Mañana Renata seguirá asesinada, esta noche quédate conmigo. No es necesario pasar a mayores, habla conmigo, ríe y enséñame tus inquietudes. Quiero saber qué piensas, como ha sido tu vida... Lo quiero todo de ti.

Sus palabras calaron hondo, pero no podía explicarse de otra forma. Era lo que quería, la deseaba cerca y que ella permitiese que se perdiera en su propia compañía.

Patrice mantuvo la mirada apenas sin parpadear y supo que pensaba sin parar. Debía permitirse ser más impulsiva, aunque no la forzaría a ello. Ya era mayorcita para saber cómo gestionar su vida.

—De acuerdo.

Aceptó suavemente sin tener claro si estaba haciendo lo correcto. Él iba a demostrarle que había tomado la decisión correcta.

Esa noche era suya. El resto no importaban más que ella.

Wyatt Miller era un cocinillas de primera. Había preparado un festín más propio de una boda que de una cita. Él había cocinado todo aquello y estaba muy agradecida, ella no merecía tantas molestias.

En algún viaje a la cocina el vaquero había recuperado su sombrero, era como una extensión de su cuerpo que le quedaba como un guante. Lo veía extraño sin él, como si fuera algo más de él.

—¿Preparada para el postre? —preguntó mirándola fijamente.

No tuvo claro si se refería a algo dulce o a lo que ambos deseaban que pasara entre los dos.

—Sí... —dijo sin tener claro si lo estaba.

¿Cuándo había sido la última vez que había estado con un hombre? Aquel pensamiento la abrumó. Un encuentro esporádico era fácil porque era gente que no conocía y a la que no iba a ver jamás.

Detroit era lo suficientemente grande como para yacer con alguien y no volverse a cruzar. Afton era todo lo contrario. Si tenía algo con Wyatt no iba a poder ignorarlo o girarle la cara. Iba a verlo el tiempo que estuviera allí. ¿Estaba preparada para algo semejante?

Ambos recogieron la mesa y pusieron el lavavajillas, porque cenar tarde no era excusa para no dejarlo todo limpio.

Patrice se quedó pensativa al mismo tiempo que se secaba las manos con un trapo de cocina limpio. Por algún motivo los miedos se apoderaron de su cuerpo impidiendo que pudiera moverse.

El vaquero la miró de soslayo y le concedió unos segundos de cortesía, pero al ver que era incapaz de reaccionar se acercó hasta quedar delante. Su sonrisa perlada pareció iluminar la estancia.

Se quitó el sombrero para colocárselo a ella, haciendo que su olor la embriagase.

—Eres un Pajarillo valiente, confía en mí.

Le tendió la mano y se la quedó mirando, tomarla era lanzarse a una piscina

de la que desconocía la profundidad. ¿Y si se olvidaba de nadar?

Decidió que saltar valía mucho más la pena que quedarse con las ganas de saber qué podría haber pasado. Con cierto temor agarró la punta de sus dedos aceptando su invitación.

Con rapidez él la besó, no fue dulce y gentil, tomó posesión de sus labios con hambre; como si necesitara saciarse a base de leves mordiscos. Patrice perdió la cabeza allí mismo, ya no se acordaba de nada, ni tan siquiera de su nombre. Que el cielo se apiadara porque estaba segura que el corazón iba a sufrir con aquel hombre.

Las manos del vaquero la tomaron por los muslos y la levantaron, sin romper el beso, hasta sentarla sobre el caliente platos. El mueble de metal no estaba frío, estaba ligeramente caliente y eso le hizo más cómodo posarse allí.

Se devoraron el uno al otro sin miramientos, se saborearon y tocaron por todo el cuerpo, no importaba la ropa, pronto iba a dejar de molestar.

Patrice tuvo un momento de lucidez y con suma suavidad empujó el pecho de Wyatt para poder hablar.

—Alguien puede vernos.

Enarcó una ceja antes de inclinar la cabeza con cierta picardía. Sí, aquel *cowboy* podía ser letal con un solo pestañeo, se sentía a merced de sus deseos y no le importaba.

—Cierto... Debemos subir a mi habitación.

Eso sonó aterrador, pero se obligó a no quedarse paralizada. Iba a sortear a su miedo y vencerlo con más fuerza de la que había mostrado jamás. Asintió bajando del caliente platos dispuesta a seguirle a donde quisiera llevarla.

Wyatt le echó una mirada orgulloso con su actitud.

Cuando las luces de la cocina se apagaron supo que ya no había escapatoria. No debía temer a alguien que solo había deseado lo mejor para ella. Respiró dejando que el temor se esfumase.

Iban a pasarlo bien.

¿Había algo de malo en eso?

CAPÍTULO 27



La habitación de Wyatt estaba en el ático y casi había contado una a una las escaleras de aquella gigantesca casa. Nadie salió de las muchas habitaciones que había y eso la tranquilizaba.

No quería que su encuentro fuera un secreto, pero no necesitaba ver a nadie en aquellos momentos.

La puerta era negra y eso la sorprendió ya que el resto eran de color caoba. Se quedó ensimismada en los caballos grabados sobre la superficie de madera. Era como si corrieran por un río y levantasen el agua con sus cascos.

—Es una obra de arte.

—La talló mi padre —contestó pasando la mano sobre ellos.

Acarició al primero entreteniéndose en ese gesto.

—Este es Wild, era su niño mimado.

El mismo que había propiciado su muerte. El aliento se le atascó en la garganta como si acabaran de robar el oxígeno de la estancia.

—Hoy me acerqué a él.

Esas cinco palabras atrajeron la atención el vaquero, vio preocupación en su rostro, uno tan visceral que encendió su corazón.

—El animal sacó la cabeza para saludar y no me pude resistir a tocarlo. Sora reaccionó gritando para que me alejara de él. —Hizo una pausa amarga—. Nunca hubiera imaginado que era un animal peligroso.

Wyatt no había levantado la mano de la pieza tallada, sus dedos seguían recorriendo a Wild.

—No lo es, pero todos lo ven como un monstruo. Ese animal no hubiera

hecho daño jamás a mi padre.

Recordó que Vega le había explicado que no lo habían sacrificado porque Wyatt se había negado en rotundo. Ahora entendía el porqué, él seguía creyendo en la inocencia del pobre caballo.

—Se adoraban —susurró antes de cambiar de tercio la conversación—. Ahora vamos a dejar eso a un lado.

Abrió y la habitación del vaquero entró en su campo de visión.

Patrice se quedó asombrada por aquella estancia. Nunca se hubiera imaginado un espacio tan grande y con tantas ventanas.

La mano al final de su espalda la instó a entrar con un leve empujón. Obedeció lentamente, el sonido de la puerta cerrándose provocó que los cabellos de la nuca se le erizaran.

Las paredes de los extremos eran dos gigantescos ventanales por los que podía ver la belleza de sus tierras. Era algo sobrecogedor. Por suerte, estaban tapadas con unas cortinas gruesas y habían bajado las persianas.

En medio de la estancia se erigía una cama de muy gran tamaño y sábanas blancas. Llamó su atención que era con dosel, con una suave cortina beige se anudaba a los postes con unos broches metálicos.

El suelo de madera crujió cuando avanzó un par de pasos.

No reparó en el gran armario que tenía a su derecha, pero sí en la mesa que había tocando uno de los grandes ventanales. Era un lugar de ensueño donde ponerse a leer o a trabajar con la vista de fondo.

—Este lugar es muy bonito.

No lo dijo por ser amable, lo pensaba de verdad.

—Mañana por la mañana podrás desayunar en la terraza que tiene, te encantarán las vistas.

Él contaba con que pasara allí toda la noche, lo que provocó que su corazón colapsara. Eso era mucho tiempo.

Wyatt le tomó el sombrero que él mismo había colocado sobre su cabeza para ponérselo él. Acto seguido se alejó unos pasos hasta llegar al escritorio, abrió un cajón y sacó un pañuelo de seda rojo.

Cuando estuvo ante ella acarició una de sus mejillas con sumo cariño, casi como creyendo que era de cristal y pudiera romperse en cualquier momento.

Le mostró el pañuelo que acababa de coger y Patrice asintió, fuera lo fuera a pasar allí estaba a salvo. Él no iba a dañarla, no tenía nada que temer. La tela se posó sobre sus ojos que cerró rápidamente, lo anudó sin apretar en

exceso solo lo justo para no caer.

Privada de la vista el resto de los sentidos se agudizaron. Escuchó las botas de Wyatt chocar contra el suelo y sus espuelas, era un sonido metálico como el cascabel de un gato.

Se colocó a su espalda y lo supo por la leve respiración que notó en su nuca. Él estaba muy próximo a ella.

—Tenerte a mi merced es toda una tentación.

Patrice respiró profundamente tratando de mantener bajo control a su corazón. Se estremeció en el momento en el que los labios del vaquero besaron su nuca. Sujetaba sus cabellos apartándolos para tener su piel expuesta.

Gimió después de unos besos. El vaquero mordisqueó su cuello antes de dejar un reguero de besos sobre su piel. Patrice sintió que estaba a punto de perder la estabilidad, sus piernas iban a colapsar.

Los dedos de Wyatt le subieron el pañuelo levemente para guiarla hacia la cama. La detuvo a pocos pasos del colchón y le pidió que esperase.

Fue hacia el armario y cuando sacó un lazo negro se sobrecogió. No tenía claro qué clase de juego pensaba llevar a cabo y si ella estaba preparada para soportarlo.

—No sé si...

El lazo se movió en el aire con elegancia y cayó a su alrededor antes de que pudiera hablar. Lo apretó sin llegar a dañarla antes de tirar para provocar que su cuerpo se moviese los centímetros que le quedaban hacia la cama.

Patrice se sentó, mirando fijamente al vaquero, el cual comenzó a ir hacia ella abriéndose uno a uno los botones de su camisa. Supo que estaba a punto de hiperventilar, aquello era demasiado.

—¿Qué no sabes? ¿Si vas a pasarlo bien?

Su pregunta fue como un disparo. La respuesta estaba en el aire, en el ambiente... Le picaban las manos por la necesidad de tocarlo.

—Si voy a poder soportarlo —contestó tímidamente.

Wyatt se acercó hasta el punto en el que sus frentes chocaron, fue íntimo y terriblemente provocativo.

—¿Puedes soportarlo un poco más? —preguntó.

Asintió.

—Pajarillo... —susurró antes de bajarle el pañuelo para privarla de visión.

Tomó sus muñecas y las llevó a su pecho, tocó su piel desnuda mientras notaba como se arrancaba la camisa del cuerpo. Una imagen que vería más tarde, deseaba verlo desnudo.

Patrice bajó las manos recorriendo su piel hasta bajar sobre la cintura del pantalón. Dudó unos segundos antes de lanzarse a abrirle el cinturón. La risa de aquel hombre hizo que todo su cuerpo vibrase.

—Tienes prisa.

Sí que la tenía.

La ropa cayó al suelo sonoramente.

—Si me disculpas un momento... —pidió Wyatt.

Privada de la vista el resto de los sentidos se agudizaron. Escuchó las botas de Wyatt chocar contra el suelo y sus espuelas, era un sonido metálico como el cascabel de un gato. Sí, él estaba casi desnudo y ella todavía lo tenía todo puesto.

Miller tomó sus labios tumbándola sobre el colchón, el lazo se apretó un poco más alrededor de su cuerpo y sintió que le faltaba el aire durante unos segundos. Él soltó un poco el agarre antes de lanzarse a su cuello.

Parecía hambriento, intentando consumirla a base de besos. Subió hasta su oreja y susurró:

—Vamos a igualar el marcador.

Patrice se quedó rígida ante sus palabras. No podía hacerlo a oscuras.

—Quítame la venda —suplicó.

Necesitaba el control de la situación y tal y como estaba se sentía vulnerable. Por suerte él accedió, tirando de ella hasta quitársela completamente, después la lanzó lejos de ellos.

—Ahora puedes ver lo que voy a hacerte.

Esa frase le dio más miedo de lo que había imaginado. Él tenía toda la razón y estar expuesta de esa forma le resultó extraño.

—¿Vas a dejarme el lazo mucho rato?

Justo en el momento en que preguntó vio como el vaquero desanudaba la cuerda y se la quitaba con mucho sigilo. No dejó que fuera lejos, quedó a la derecha de ambos; donde podían volverlo a coger cuando quisieran.

Patrice con unos pocos movimientos con los pies logró quitarse los zapatos sin desatarlos. Cayeron sobre el suelo de madera haciendo demasiado ruido y deseó que no hubiera nadie en el piso de abajo al que poder despertar.

—¿Me dejas hacer los honores? —preguntó llevando sus manos al

pantalón.

—Te gusta hacerlo todo tú...

—Tranquila, dejaré algo para ti.

Menuda declaración de intenciones.

CAPÍTULO 28



Estaban casi desnudos y la mente de Patrice no podía pensar en otra cosa. Como si aquello fuera suficientemente traumático como para dejarla en *shock* bajo el cuerpo de aquel gran vaquero.

Wyatt se retiró para tomar el lazo que minutos antes habían abandonado cerca de ellos. Le tendió la mano y se la dio después de tragar saliva con cierta dificultad.

—Las dos —pidió.

—¿Vas a atarme?

Asintió convencido. Ella necesitaba alejarse de todo tipo de pensamiento, soltar lastre y no podía hacerlo con su mente dando vueltas. Debía ceder el control para poder llegar a sentirse mejor.

—Solo lo necesario —contestó.

Una explicación demasiado pobre para su gusto, pero era mejor dejar que los actos hablaran por sí solos.

Dudó, como siempre hacía, no obstante, pasados unos segundos logró tenderle la mano que le quedaba libre. Eso le hizo sentir orgulloso del Pajarillo, ya no trataba de huir, hasta se dejaba guiar.

El vaquero ató las manos de la joven sin pasarse, no quería que al día siguiente tuviera un moretón.

—Túmbate en el centro, por favor.

Supo que suavizando el tono Patrice estaría más dispuesta a colaborar que siendo algo más brusco.

Su corazón palpitaba tan rápido que podía escucharlo a kilómetros de

distancia. Empezó a comprender que esos diez años de huida se había limitado a esconderse, a alejarse de todo el mundo para sentirse a salvo.

Abrirse ahora no era tarea fácil y no iba a forzarla más de lo necesario.

—Todo irá bien —prometió.

Su confianza fue un regalo que no iba a desperdiciar. Utilizó el lazo atado en sus muñecas para pasar sus brazos por encima de la cabeza, los estiró y usó el restante de la cuerda para atarla a uno de los postes.

—¿Es necesario?

—No, si no vas a temer o dudar más te suelto.

Patrice bufó, eso era jugar sucio. Sabía bien que iba a hacerlo, así pues, decidió cerrar los ojos y contar hasta diez para quedarse en calma.

—Tomaré eso como un no.

—Juegas sucio.

El sonido de la risa del vaquero llenó la estancia, era un sonido sexy. Su voz ronca lograba encender una parte de ella que creía que no existía.

Su siguiente misión fue tomar sus pantalones, no darle tiempo a pensar y bajarlos a toda velocidad llevándose consigo los calcetines. Su ropa negra de encaje le provocó curiosidad. Enarcó una ceja y se apoyó al lado de su cabeza.

—A pesar de los miedos venías preparada para más. Eso me hace pensar.

Metió la mano por debajo de la camiseta y acarició su estómago.

—¿En qué? —preguntó levemente.

Jugó con sus dedos dibujando círculos alrededor de su ombligo.

—Que solo necesitas un empujón para ser valiente, Pajarillo.

Subió la camiseta, pasando sus hombros y su cuello para subirlos hasta los codos. Su sujetador negro cubría dos colmados senos que hicieron que se humedeciera los labios deseando probarlos.

Buscó la apertura en su espalda y lo abrió para que se unieran con la camiseta.

No se lo pensó dos veces, tomó uno con su boca y lo saboreó. Eso le arrancó un profundo gemido a Patrice que le hizo seguir adelante.

Torturó su pecho con la lengua y los labios, lo saboreó concienzudamente, dejándose embriagar por la sensación de tenerla en la boca. Tras unos minutos tomó el otro y le propinó un delicado mordisco que hizo que la joven brincara.

—Wyatt...

Sí, su nombre en sus labios sonaba mucho mejor de lo esperado.

Dejó de masajearlos para hacer descender su mano hacia el pequeño tanga que escondía su intimidad.

Lo arrastró hacia abajo y ella ayudó subiendo las piernas para facilitarle la tarea. Se deshizo de él velozmente para que sus dedos comenzaran a investigar.

Patrice cerró las piernas fuertemente atrapando su mano entre ellas. Wyatt fue paciente y se detuvo en seco, si necesitaba unos segundos de descanso se los iba a dar. Por suerte, la valentía regresó a ella y dejó las piernas laxas.

Tocar su humedad fue tan provocativo que ambos gruñeron. Estaba tan mojada que nadie podía negar que se sentía atraída hacia él.

—Necesito probarte ya, ¿me dejas?

—Joder... Sí —dijo retorciéndose debajo de su cuerpo.

Wyatt salió de la cama y tiró su sombrero. Se colocó entre sus piernas y gateó hasta llegar a ella.

—No lo necesito para comerte —sonrió refiriéndose a lo que acababa de tirar.

Davis quiso decir algo, pero solo alcanzó a asentir mientras miraba atentamente como descendía hasta que su boca culminó en su intimidad. La tomó de una forma voraz y perversa.

Succionó su clítoris haciendo que su cabeza diera tantas vueltas que dejó de saber dónde estaba.

—Wyatt... Para... Yo... —trató de suplicar.

Pero no se detuvo, siguió lamiéndola y torturándola sabiendo bien que el orgasmo estaba a punto de llegar. Patrice no tuvo más remedio que aferrarse al lazo que apretaba sus muñecas y dejarse llevar cuando el clímax la sorprendió.

El orgasmo fue duro y contundente, gritó sin miedo a que la escucharan, necesitaba hacerlo y decidió que podía.

—Ahora sabes mucho mejor.

Wyatt estaba perdido en su propio placer. Necesitaba saborear cada centímetro de su cuerpo, estar en su interior hasta que el sol les dijera que habían cambiado de día. No pensaba parar durante horas.

—Quiero que me sueltes —pidió.

—¿Para qué?

Patrice lo miró decidida.

—Porque pienso echarte el lazo yo a ti.

Wyatt dio gracias al cielo por aquellas palabras.

El vaquero cumplió su petición. Creyó que al estar libre iba a sentir el impulso de huir y nada más lejos de la realidad, deseaba estar con él y ver hasta dónde podía llegar aquella noche.

Sus labios chocaron y sonaron al besarse, la pasión corría del uno al otro haciendo que ambos se perdieran en el acto. Dejaron que sus lenguas se saborearan duramente hasta morderse.

Patrice lo empujó hasta sacarlo de la cama. Una vez en pie fue a por el lazo al mismo tiempo que reía pensando en su siguiente travesura.

—¿Vas a dejarme hacer lo que quiera? —preguntó algo confusa.

Él asintió.

—Por supuesto.

Bajó dando pequeños saltos hasta quedar detrás de él.

—Las manos a la espalda —ordenó imitando su tono de voz.

El vaquero lo hizo al momento. Asintió contenta con conseguir que él hiciera cuanto le pedía. Lo ató lo más suave que pudo y se aseguró de que no podía liberarse fácilmente para huir.

—¿Y ahora? —preguntó él.

Patrice contoneó sus caderas a modo de baile en lo que giraba a su alrededor. Tras un par de vueltas se puso delante y colocó las palmas de sus manos sobre su pecho.

Disfrutó cuando Wyatt encogió el estómago con su toque, a pesar de la confianza estaba nervioso con lo que podía llegar a ocurrir. Por suerte ella pensaba cuidarlo muy bien.

Bajó las manos al compás del baile que hizo con su trasero al descender. Llegó a su ropa interior y se deshizo de ella sin más.

La erección apuntaba directamente hacia su rostro, así pues, abrió la boca y lo tomó en su interior. Sonrió satisfecha cuando a Wyatt se le entrecortó la respiración por su culpa.

Usó sus manos para tomarlo y empezar a saborear al compás que subía y bajaba.

Lo escuchó gruñir y se sorprendió. Miró hacia él con la boca completamente llena y Wyatt la miró con la boca abierta totalmente fuera de sí.

—Vas a matarme... —susurró preso del placer.

Retrocedió un poco hasta apoyar las manos que tenía a su espalda sobre el poste del dosel. Allí se dejó caer mientras comenzaba a mover las caderas lentamente al compás de sus bombeos.

Patrice lo torturó durante minutos dejando que su erección llenara su boca, saboreando aquel hombre mientras lo escuchaba gemir y gruñir a partes iguales.

—Pienso tirarte sobre la cama para meterme entre tus piernas.

—¿Seguro? —preguntó provocativamente masajeando su erección.

Wyatt rio amargamente.

—Tan seguro como que voy a follarte durante horas.

Sí, acababa de decir algo que rozaba la grosería, pero que la encendió hasta el punto de tratar de metérselo hasta el fondo. El gemido profundo de Wyatt seguramente resonó por todo el rancho.

No supo cómo, pero él se había liberado del lazo.

No le dio tiempo a pensar que la tomó por la cintura y la hizo volar hasta el colchón. Sí, aquel *cowboy* estaba fuera de sí, preso de la pasión.

—Te has vuelto loco —rio Patrice.

—Tú me has vuelto loco —remarcó.

Antes de ir con ella buscó un preservativo en su armario. Rasgó el envoltorio con los dientes y lo escupió al suelo con violencia. Nunca antes se había imaginado a aquel hombre perdiendo el control.

Wyatt subió sobre ella, privándole de respiración. Sin embargo, en vez de entrar a toda prisa se quedó mirándola a los ojos con auténtica adoración.

—¿Todo bien? —preguntó Patrice preocupada.

—Perfecto.

Abrió sus piernas con su peso, sin prisa, recreándose en el movimiento mientras llenaba el espacio.

Y entró, su miembro era tan grueso que no pudo evitar sujetarse a sus brazos al mismo tiempo que se abría paso lentamente. Fue todo un caballero y esperó a que su cuerpo se amoldara a su tamaño.

—¿Te has quedado congelado? —bromeó.

—Veo que necesitas más y no pienso permitir que salgas insatisfecha de esta habitación.

Estaba convencida de que eso no iba a pasar.

Comenzó a bombear duramente provocando que el placer se repartiera por

su cuerpo de una forma fugaz. Patrice besó su cuello hasta llegar a su oído, donde gimió tratando de no gritar.

Sin darse cuenta de lo que hacía clavó las uñas en su espalda y se aferró a él fuertemente mientras sus cuerpos se movían al compás.

El orgasmo la sorprendió mientras gritaba su nombre desesperadamente, el clímax fue largo y muy intenso.

Cuando los espasmos del clímax la abandonaron quiso hacer un cambio. Empujó el pecho de Wyatt y rodaron por la cama hasta quedar montada a horcajadas sobre su regazo.

—Vamos a montar al vaquero.

—Yee-haw^[4]—gritó entusiasmado.

Se sonrojó al sentirlo, pero no se detuvo.

Comenzó a moverse arriba y abajo montando a aquel salvaje hombre mientras él tomaba sus caderas ayudándola con el movimiento. ¿Quién de los dos estaba necesitado?

Perdieron el control moviéndose a toda velocidad provocándose placer el uno al otro, gritando entre gemidos y comiéndose a mordiscos. Se amaban de una forma visceral, fuerte y duro como un gran choque de trenes.

Wyatt se incorporó hasta quedar sentado con ella encima. La tomó por la barbilla y se miraron inmersos en la pasión.

—Eres perfecta —sentenció.

La besó duramente al mismo tiempo que aumentó las embestidas y ella lo ayudó para subir el ritmo.

El clímax lo golpeó duramente, gritando en la profundidad de su boca. Aquel momento culminó en un beso tan profundo que sintió que, de alguna forma, él lograba tocar su alma.

Pasados unos segundos se desplomaron sobre la cama jadeando.

CAPÍTULO 29



Josh limpió la barra por séptima vez. No podía dejar de pensar en la muerte de Renata, había conmocionado a todos.

—«Ay, mijo» suelta ya el trapo —le recriminó Ángela.

Lo dejó caer sonoramente.

—No me la puedo quitar de la cabeza.

Esa era la verdad. ¿Cómo alguien podía ser tan cruel como para hacer algo semejante? No solo violar y asesinar eran actos terribles, se agravaban mucho más con una mujer embarazada.

Tomó el teléfono y llamó a Patrice, saltó el contestador dos tonos después.

—¡Y esta mujer no lo coge! —exclamó enfadado.

—Seguro que la «niña» está bien. Ayer estuvo trabajando en el rancho del señor Miller, estará muy cansada durmiendo.

Era una posibilidad, pero no se quedaba tranquilo. No podía desde que había visto la carta que la amenazaba. Querían expulsarla de aquel lugar, no obstante, él no iba a permitir que eso ocurriese.

—Un café con leche, por favor.

La voz de Helen hizo que regresara a la realidad. Sus pensamientos lo estaban despistando demasiado.

Sirvió lo que le acababa de pedir y volvió a limpiar la barra.

—No deberías ir sola, el pueblo se está volviendo peligroso.

—Sé cuidarme sola —dijo no sin antes echar mano a su bolso y enseñar un espray pimienta.

Era buena defensa, pero a veces no lo suficiente. No quería regañarla como

un padre, así que decidió dejar el tema. Solo esperaba no tener que lamentar otra muerte como la de esa noche.

—Tienes mala cara, ¿conocías mucho a Renata?

Ante la pregunta de Helen, Josh asintió. Eran vecinos desde pequeños y disfrutaba viéndola jugar con sus hijos en el jardín los días más calurosos de verano. Ahora la familia estaba destrozada.

—Era una mujer magnífica.

Tomó el teléfono y volvió a llamar a Patrice, al no conseguir contactar chistó con la lengua y se lo guardó en el bolsillo.

—¿Buscas a la camarerita?

Su tono despectivo la molestó, no tenía ningún derecho a hablar así sobre una persona que no le había hecho nada. Su amistad había sido hacía muchísimo tiempo y no comprendía el rencor que le guardaba.

—No contesta y después de lo ocurrido me gustaría saber si está bien.

—No te tienes que preocupar, dicen que ha pasado la noche con Miller.

La sorpresa lo golpeó con fuerza. Sabía bien que Patrice se sentía atraída por Wyatt y se alegró al saber que era algo mutuo. Desde que la conocía había llegado a un par de conclusiones: ella había sufrido mucho y se merecía alguien bueno en su vida.

—Las voces corren mucho... —susurró comentando sus pensamientos.

Helen se encogió de hombros.

—Hombre, empieza a trabajar en el rancho y esa misma noche queda con él. Bonita forma de ascender.

Josh dio con la palma de la mano un golpe seco sobre la barra. Eso hizo que la mujer diera un respingo con el que por poco se cae de la silla.

—En mi establecimiento no permitiré faltas de respeto hacia mi personal. Espero que no se vuelva a repetir.

Pero Helen no se lo tomó demasiado bien.

—Esa mosquita muerta no es tan buena como quiere aparentar. Parece que todos están encantados con su regreso y se compadecen de la pobrecita que dejaban en el porche. Ya no es esa niña y es mucho peor de lo que todos os imagináis. —Removió el café—. Yo, en su lugar, haría las maletas y me iría muy lejos de aquí.

Josh reaccionó apoyando los codos sobre la barra, se aproximó a ella hasta quedar a pocos centímetros de su rostro.

—A ti no se te ocurriría amenazarla con eso, ¿verdad?

Helen no pestañeó, no tenía miedo y casi podía decir que le aburría su actitud. Ella era fría como un témpano.

—¿La han amenazado? Si eso es cierto debería irse lo más rápido posible.

Josh reprimió el impulso de cogerle de la camiseta.

—Espero no enterarme de que le has hecho daño de alguna manera. Este es su pueblo tanto como para los demás.

Ella soltó un bufido para después sonreír ampliamente.

—Ay si las praderas hablasen... Esa imagen de niña bonita se desvanecería.

Decidió dejarla estar. Aquella mujer se había convertido en una víbora desde que había perdido su marido. Su amargura la estaba consumiendo hasta el punto de no poder ser feliz con nada. Se apiadó de ella y decidió pasar a la acción.

—Ángela, dile a Pablo que se encargue del local. Salgo unos minutos.

—Claro, <<mijo>>.

Fue al exterior a toda prisa. La noticia de Renata golpeaba su mente una y otra vez haciendo que se preocupase por Patrice.

Necesitaba saber si estaba bien y rezó porque las palabras de Helen fueran ciertas. Se merecía estar en los brazos de un hombre bien cuidada que yaciendo en algún arcén esperando a que encontrasen los restos.

Tomó el coche y condujo a toda prisa hasta la residencia de los Davis.

Era un camino corto, pero algo cambió cuando empezó a vislumbrarla de fondo. Una nube de humo negro sobrevolaba la vivienda de forma tenebrosa. Al principio pensó que se trataba de una tormenta, pero segundos después comprendió que era un incendio.

Corrió a tomar el móvil y llamar a los equipos de emergencia.

Llegó y gran parte de la casa estaba siendo engullida por las llamas. Piper Davis tosía con dificultad en su jardín.

Josh corrió a ayudarla. Forzó la verja, rompiéndola a golpes y entró a toda prisa. Logró alcanzarla y tomarla en brazos para ponerla a salvo. Salieron de la propiedad tendiéndola en el suelo para darle el respiro que necesitaba.

—¿Patrice está dentro? —preguntó desesperado.

No contestó, acababa de perder el conocimiento.

Volvió a llamarla y no contestó.

—¡Joder! ¿Dónde cojones estás?

Entonces creyó las palabras de Helen, tal vez sabía a quién llamar para

encontrarla: Wyatt.

—¿Sí?

—Dime que está Patrice contigo.

A través del teléfono pudo sentir un sinfín de gritos y ruidos extraños. Algo estaba ocurriendo donde estaba Wyatt. Él hablaba con más gente ignorando la llamada, unos segundos después insistiendo, contestó:

—Está dentro.

—¿Dentro de dónde?

No recibió respuesta alguna.

—¡Wyatt!

Las sirenas empezaron a sonar ruidosamente. Los equipos de emergencia estaban próximos, solo esperó no tener que lamentar muerte alguna.

CAPÍTULO 30



El amanecer llegó lentamente. Los rayos de sol empezaron a bañar a los dos amantes que dormían enredados uno en el cuerpo del otro. Eran un rompecabezas de piernas y brazos que habían caído tras el último asalto.

Estaba segura de que aquella noche había descubierto músculos que no conocía. Iba a dolerle todo durante una semana.

Wyatt se desperezó a su lado lentamente. Bostezaron al unísono y buscaron el contacto del otro. Patrice recostó su cabeza sobre el pecho del *cowboy* suspirando de puro cansancio.

—¿Tienes sueño? —preguntó antes de besarla en la frente.

—Podré dormir después de desayunar.

Después recordó que tenía que trabajar, necesitaba sacar fuerzas de donde pudiera y ponerse a trabajar en los establos.

—Traeré algo para comer —comentó Wyatt.

Cuando se movió y la cabeza le cayó sobre la almohada gruñó, no era justo separarse. Hubiera dado cualquier cosa por cinco minutos más en aquella posición. Luchó contra el cansancio y levantó una mano.

—No, ya comeré algo rápido. Tengo que trabajar.

Su mirada se iluminó. Se sentó a su lado en silencio mientras volvía a ponerse las botas. Patrice parpadeó perpleja.

—¿Me estás ignorando?

Lo vio asentir.

No podía estar más sorprendida con su contestación. No quería perder el tiempo en la cama comiendo y que Sora tuviera que hacer parte de su faena. Se

incorporó y buscó con la vista su ropa.

—Vas a quedarte en esa cama para desayunar bien. Tal vez te use como plato, me encanta comer con los dedos o solo con la boca...

Era demasiado provocativo para no calcinarse allí mismo con sus palabras. Respiró profundamente tapándose con las sábanas en un intento absurdo de desaparecer. Él ya la había visto al completo.

—Te recuerdo que me has contratado y debería ir a ayudar a Sora.

—Pues te recuerdo que soy tu jefe y hoy te doy el día libre. Si sigues con ese ritmo de trabajo enfermarás, así que no lo voy a permitir.

Supo que si se negaba no iba a importarle lo más mínimo. Estaba dispuesto a hacer que descansara y no iba a poder detenerlo. Lo cierto era que lo necesitaba, pero no quería abusar así de su confianza.

De pronto unos gritos llamaron su atención. Las voces empezaron a sonar fuertemente. Algo estaba ocurriendo y decidió que lo mejor era abrir una de las ventanas y asomarse al exterior.

Cuando logró salir se quedó congelada al instante. Había mucho humo, el cual llenó sus pulmones provocando que no pudiera respirar.

Wyatt la tomó de los hombros para tirar de ella arrastrándola hacia el interior. Cerró la ventana antes de que la habitación se llenase de humo y corrió a atenderla. Patrice seguía tosiendo sin parar.

—Estoy bien —alcanzó a decir.

El *cowboy* le trajo la roja para ayudarla a vestirse. La joven trató de darse prisa mientras su garganta quemaba de tanto toser. Algo estaba ardiendo en el rancho, pero no había alcanzado a ver qué era.

—Tenemos que salir de aquí. Si el fuego pasa de los establos hasta aquí estaremos atrapados.

De pronto, Vega aporreó la puerta desesperada y entre gritos les instó a salir de allí.

Patrice se pasó las manos por la cara quitándose las pocas lágrimas que se le habían escapado cuando luchaba por respirar. Se sorprendió al ver que Wyatt ya estaba vestido y, nuevamente, tiraba de su cuerpo para llegar al exterior.

Al abrir la puerta se percataron que la casa estaba llena de humo.

—Esperad aquí —les ordenó antes de desaparecer entrando en la habitación.

Patrice quiso buscarlo, no obstante, Vega la tomó de las muñecas

deteniéndola en seco.

No pasaron muchos segundos que Wyatt llegó con una sábana mojada entre las manos. La abrió en el aire y las tapó a ambas al mismo tiempo que las obligó a encorvarse. Las abrazó a su espalda cuando las instó a salir.

Bajaron los escalones a toda velocidad mientras el humo llenaba la casa. Al llegar abajo Vega tosía tanto que era incapaz de seguir caminando, Patrice quiso tomarla en brazos, pero fue incapaz. Por suerte su hijo lo hizo y la sacó de allí.

Un hombre apareció de repente, no lo había visto llegar. Lo conocía de verlo por el rancho trabajando, era uno de los vaqueros de allí.

—¡Vamos, muchacha! —la instó.

Pero estaba tan mareada que negó con la cabeza antes de caer de rodillas. Sintió como sus pulmones se negaban a colaborar.

—¡Agárrate a mí! —ordenó en el momento en que la tomó en sus brazos y la apretó contra su pecho.

Patrice logró hacerle caso y se aferró a su cuello. Escondió su rostro bajo su barbilla mientras tosía, no era capaz de respirar; le quemaba su interior. El humo sabía amargo en su garganta y se le había pegado al paladar.

Al salir el aire fresco le golpeó su cara y eso ayudó a que sus pulmones volvieran a trabajar.

El hombre que la llevaba entre sus brazos la alejó unos metros de la casa antes de depositarla en el suelo con sumo cuidado. Estaba tan preocupado que tenía el rostro desencajado.

—Ahora llegarán los equipos de rescate.

—Estoy bien, muchas gracias.

Asintió antes de preguntarle si podía dejarla. El fuego venía de los establos y necesitaban ayuda. Le dejó ir mientras hacía caso a su recomendación de poner la cabeza entre las piernas para tratar de respirar profundamente.

—Dime que estás bien o no me lo perdonaré jamás.

La voz de Wyatt hizo que abandonara la postura y lo mirase a los ojos. El pobre hombre estaba tan preocupado que le habían salido unas arrugas en la frente mientras la miraba con sumo pesar.

—Estoy bien, no te preocupes.

—Pensé que me seguías. Cuando dejé a mi madre y no te vi...

Patrice tomó sus brazos en busca de tranquilizarlo.

—De verdad, estoy bien.

Los caballos relincharon aterrados y comprendieron con estupor que algunos de los animales seguían atrapados entre las llamas. No hizo falta nada más, ambos salieron corriendo hacia allí para tratar de ayudar en todo lo posible.

El corazón de Patrice martilleó en sus oídos, rezó que sus caballos estuvieran a salvo y no tuvieran que sufrir una muerte semejante.

Al llegar Sora salía con dos caballos, los pobres estaban muy nerviosos, pero sabían seguir el paso del hombre que los estaba salvando.

Vio como Wyatt comenzó a ayudar en las labores de extinción y ella decidió correr hacia su amigo.

—¿Cómo se te ocurre?! ¡Estás a punto de ser padre! Si te pasa algo, ¿qué? —lo regañó mientras tomaba las riendas de uno de los caballos y le ayudaba a alejarlos de allí para subirlos al remolque que habían traído.

—No podía dejarlos morir.

Al dejarlos encerrados bajaron y no pudo evitar abrazar a Sora.

—Si algo te pasa me muero... —susurró.

De reojo vio dos preciosas cabezas que salían de otro remolque y le provocaron una sonrisa. Eran sus dos viejitos preciosos, por suerte estaban a salvo.

Ambos se unieron a la cadena humana improvisada que se acababa de montar llevando agua para tratar de extinguir el fuego. De mano a mano pasaban los cubos de agua con la esperanza de que los equipos de rescate llegaran pronto.

Por su lado pasaron dos *cowboys* con tres caballos más, los pobres habían sufrido unas pocas quemaduras en el lomo, pero estaban aparentemente bien.

—¡Ya están todos! —exclamó una voz de los cientos que había allí.

Patrice se alegró, nadie iba a morir allí dentro. Pero su corazón estaba tan intranquilo que se obligó a romper la fila y comenzar a ver a todos los caballos que estaban en los remolques.

Miró uno a uno a toda prisa alegrándose de todos los rescatados, los pobres estaban aterrorizados.

Solo cuando llegó al último su corazón se detuvo en seco. Los había mirado a conciencia buscando a uno que no estaba allí.

—¿Dónde está Wild? —preguntó.

Al no recibir respuesta alguna comenzó a gritar una y otra vez a todos los que estaban a su alrededor.

—Debe haberse quedado dentro —gritó Terry.

El hermano de Wyatt reaccionó justo en el instante en el que Patrice hizo ademán de correr hacia los establos, la agarró por la cintura deteniéndola en seco hasta el punto de cortarle la respiración.

—¡Suéltame! ¡No puede morir allí! —gritó desesperada.

—No puedes entrar, el fuego está descontrolado.

Y no le faltaba razón, los establos estaban reduciéndose a cenizas a mucha velocidad. Era tan violento que crujía a medida que lo consumía todo sin dejar nada a su paso.

Las lágrimas llenaron sus ojos, la pena encogió su corazón al pensar que aquel pobre animal tendría la peor de las muertes.

Luchó por soltarse, pero no pudo conseguirlo.

—¡Suéltame! No voy a entrar, voy a seguir ayudando.

—¿Seguro? No quiero que te pase nada malo.

Asintió y sus brazos la dejaron ir muy lentamente. Durante unos segundos se miraron a los ojos, él la vigilaba en alerta como si pensara que ella estaba a punto de salir corriendo hacia el interior. Al ver que no lo hacía se relajó y la señaló con los dedos.

—Te quiero a salvo, no te expongas demasiado.

—Tranquilo.

Ambos entraron en la fila para ayudar con el transporte del agua. Pasados unos minutos lograron sentir las sirenas de los bomberos y Terry salió corriendo a por ellos para indicarles donde estaba el foco.

Y el destino quiso que un relinche llegara a sus oídos entre los ruidos de la multitud. Seguramente era uno de las decenas de animales que había en los remolques, pero a su mente le vino la imagen de Wild.

Parte del techo de los establos se vino abajo y su corazón se encogió.

Patrice arrancó a correr, no fue directamente hacia la entrada para no levantar sospechas. Entre el caos de aquel momento logró escabullirse hacia la parte trasera de los establos, donde sabía que había una diminuta puerta.

Con la camiseta se tapó la boca y la nariz antes de abrirla dejando que el humo tuviera escapatoria y comenzara a salir a toda prisa. Se agachó lo suficiente como para ver debajo de la masa negra, respiró un par de veces antes de adentrarse en aquel infierno rojo.

CAPÍTULO 31



Wyatt estaba en primera línea tratando de extinguir el fuego. Los animales ya estaban a salvo, pero no podían dejar que el fuego se extendiera por la finca y lo consumiera todo.

Terry llegó hacia él blanco como la nieve. Había guiado a los bomberos hacia allí, donde empezaron a prepararlo todo para hacer su trabajo.

—¿Y Patrice? —preguntó Terry.

—Estaba donde los remolques —contestó Wyatt convencido con su respuesta.

Pero el rostro desencajado de su hermano le indicó que tenían un problema mayor entre manos.

—Vio que Wild seguía dentro. La detuve cuando quiso entrar y la dejé en la fila ayudando con el agua. No habrá entrado.

Wyatt estaba ante la puerta principal de los establos y nadie había entrado por allí, pero eso no quitaba que estuviera dentro. Ambos pensaron en lo mismo, sin mediar palabra corrieron hacia la parte trasera y encontraron, con estupor, que la puerta estaba abierta.

—¡Voy a avisar a los bomberos! —gritó Terry.

Su teléfono sonó insistentemente, se obligó a cogerlo viendo que se trataba de Josh.

—¿Sí?

—Dime que está Patrice contigo.

La petición extraña de aquel hombre hizo que el pánico se apoderase de él. No podía pensar, si aquella mujer había tenido el valor de entrar en los

establos iba a matarla él mismo si lograba salir con vida.

Se acercó a la puerta, pero las llamas salieron haciéndolo retroceder. Entonces escuchó el relinche de Wild, sin embargo, lo peor fue cuando la voz de Patrice le confirmó que estaba allí dentro.

—Tranquilo, bonito.

—Está dentro —sentenció Wyatt guardando el móvil, ignorando a su interlocutor.

Tenían que sacarla de allí lo antes posible.

Los bomberos llegaron y empezaron a preparar las mangueras para extinguir el fuego.

—Mi mujer está dentro intentando rescatar un caballo —les advirtió.

Ellos le obligaron a retroceder, lo hizo a regañadientes sabiendo bien que lo que quería era entrar allí para sacarla. ¿Cómo se le había ocurrido? ¿Cómo podía arriesgar su vida de aquella forma?

Parte del techo se vino abajo provocando que gritase su nombre desesperado. No podía perderla.

—¡Sacadla de ahí, ya! —gritó preso de la desesperación.

Patrice alcanzó a Wild. Le habían puesto las riendas, pero durante el rescate se había quedado enganchado a uno de los salientes donde se colgaban los cepillos y se había enroscado allí.

Ante la desesperación lo habían dejado allí y eso era cruel.

Llegó a él sorteándolo cuando saltó preso del miedo. Alzó ambas manos intentando calmarlo.

—Tranquilo.

Luchó con las riendas, necesitaba soltarlo para sacarlo de allí antes de que las llamas acabaran con ellos.

El pobre animal tiraba sin cesar, estaba aterrorizado y eso dificultaba el soltarlo. Luchó contra las riendas, desesperada por soltar el nudo. Bramó enfadada y fue a buscar una de las tijeras que colgaban en las paredes, las que usaban para arreglar las crines.

Un crujido vaticinó lo que estaba a punto de suceder, parte del techo cedió cortándole la salida. Estaban en un problema.

—¡PATRICE! —La voz de Wyatt resonó por encima de todas.

Él sabía que estaba allí.

Logró tomar una de las tijeras, unas que soltó casi al instante cuando quemaron sus manos. Las necesitaba, así que se quitó la camiseta y las cogió con la prenda para salir corriendo a ayudar a Wild.

Con una mano sujetó las riendas, siendo consciente que si aquel animal tiraba no iba a tener la fuerza suficiente como para retenerlo. No importaba, necesitaba sacarlo de allí.

Cortó y cuando se liberó, soltó la camiseta y las tijeras dejándolas caer al suelo. Tomó a Wild y trató de pensar qué opciones tenían.

A través del humo buscó una salida factible, por suerte había una ventana abierta. Iban a salir como pudieran de aquel infierno, seguramente no era la mejor opción, pero las puertas estaban engullidas por las llamas.

—Vale, chico. Tengo que subir encima de ti y vamos a correr hacia la ventana.

El animal no estaba por la labor. Patrice trató tirar de él para que caminara hacia donde podían salir y se negó en rotundo. Quiso llorar de pura desesperación al no ser capaz de sacarlo de allí.

—Venga, Wild. No puedes morir aquí.

El animal la miró, como si pudiera comprender sus palabras.

Ella sintió llover, lo que dedujo que se trataba de los equipos de rescate. Ya habían llegado.

—¡Por aquí!

Alguien le gritó a través de la puerta trasera. Ahí estaban poniendo todos sus esfuerzos para abrirle una vía de escape, una que no duraría demasiado dada la violencia de las llamas. Tenían poco tiempo.

—Vale, Wild. Hay que echarle valor o moriremos aquí.

Se agarró a la montura y tiró de su cuerpo hacia arriba. Por suerte el animal se mantuvo quieto para facilitarle el movimiento. Una vez arriba, tomó las riendas y acarició el cuello del caballo.

—Venga, que tú puedes —le susurró.

Y dio la orden tan efusivamente que Wild arrancó a correr a toda velocidad hacia el exterior. En ese proceso notó como las llamas quemaron su cuerpo, pero de forma leve.

Justo cuando el caballo cruzó la puerta y el aire acarició su piel el dolor fue tan lacerante que gimió aferrándose a las crines.

—Gracias, amigo... —le dijo acariciándolo.

No pudo reaccionar, unas manos robustas la tomaron y la bajaron a toda prisa. Ella enmudeció sintiendo como el aliento se le atascaba.

—¿Te has vuelto loca?!

No había duda, era Wyatt.

Patrice luchó por liberarse, las manos sobre su piel dolían; gimió y se retorció hasta que él logró entender que le estaba produciendo dolor.

—Joder, vamos con la ambulancia.

Pero ella no podía dejar de pensar en el caballo. Lo había perdido de vista y no quería que, entre todo el caos, se perdiese. Miró a su alrededor con auténtica desesperación hasta que sintió la voz de Terry.

—¡Se lo han llevado a un remolque!

Respiró aliviada. Al fin estaba a salvo.

Wyatt le cortó el paso, besó sus labios violentamente y acunó su rostro.

—No puedes estar más loca. Que no se te vuelva a ocurrir hacer algo así jamás. —Su tono era duro y brusco, pero no le culpó; era lo lógico con lo que acababa de suceder.

Su piel ardía mucho e iba a peor. No tenía intención de quejarse porque tenía la sensación de que si lo hacía Wyatt iba a darle una zorra con algo contundente a su quemado trasero.

La acompañó a una de las ambulancias que estaba allí y la ayudó a subir.

Vega, al divisarlos, corrió hacia ellos.

—¿Cómo se te ha ocurrido entrar? —preguntó enfadada.

—Wild estaba dentro —contestó.

Esa era la pura realidad. No podía permitir que aquel animal muriera de aquella forma tan horrible, uno que no contaba con la simpatía de muchos, pero sí la suya. No se arrepentía de lo sucedido.

—Parecen quemaduras de primer grado, no es grave —anunció la mujer que empezó a atenderla.

Lo primero que hizo fue ponerle una mascarilla con oxígeno, lo que alivió la sensación de ahogo permanente que sentía.

Wyatt le tomó una mano y la apretó fuertemente. No la soltó por mucho que la estuvieran curando, la pobre mujer tuvo que sortearle todas las veces que intentó pasar por su lado y eso le mostró lo acongojado que se sentía.

Se sintió culpable, no había reparado en la gente que se preocupaba por ella. No estaba acostumbrada a que alguien pudiera temer por su seguridad.

Su corazón se encogió dolorosamente, había hecho una temeridad que le

podría haber costado la vida y habían sufrido por su bienestar. El *cowboy* mantenía la mandíbula apretada viendo como su propiedad se reducía a cenizas.

—Lo siento mucho, Wyatt —alcanzó a decir retirándose la mascarilla unos segundos.

—Olvídate de eso.

Su tono duro fue como un cuchillo en su estómago. Él estaba tan enfadado que no creyó que jamás pudiera perdonarla. Suspiró centrándose en respirar, acababa de cometer una locura que había salido bien, pero eso no restaba importancia.

CAPÍTULO 32



El teléfono no dejaba de sonar, alguien quería contactar con él a toda costa, sin embargo, no estaba para nadie. Los efectivos habían logrado controlar las llamas y comenzaban las labores de extinción.

Estaba seguro de que era provocado. No había nada allí para que pudiera producirse un fuego con tal virulencia.

Lo peor había sido el miedo real de perder a Patrice. Ella, temeraria como ninguna, había entrado en el vientre del fuego para sacar a Wild de allí. Lo peor era que sabía bien que lo haría nuevamente si se diera la ocasión.

Había arriesgado su vida por un animal que ya le había hecho perder a su padre, de haberla perdido a ella hubiera enloquecido.

Justo en ese instante se dio cuenta de todo lo que alcanzaba a sentir por esa loca. Ese Pajarillo había rasgado su piel hasta adentrarse en su corazón. No pensaba decírselo en un momento como ese, no cuando deseaba acabar él mismo con su vida, pero era toda una revelación saber lo mucho que llegaba a sentir.

—Deberías contestar, tal vez sea importante —le sugirió su madre.

Molesto, sacó el dichoso aparato y se lo tendió a su madre.

—Atiende tú.

Vega hizo caso a su hijo ignorando su tono. Sabía que estaba preso de sus propios miedos.

—Sí, está aquí. Hemos tenido un incendio en los establos, pero ya lo están pudiendo controlar.

De haber sido un lienzo el rostro de su madre hubiera podido pintar en él

de lo blanca que se puso. Vega los miró intermitentemente antes de medir muy bien sus palabras:

—Vale, no te preocupes. Irán enseguida.

Wyatt sondeó con su mirada mientras su madre le devolvía el teléfono. Algo ocurría, no obstante, no tuvo claro si quería saberlo. Ya habían tenido suficientes emociones en un día.

—Hijo, cuando esta señorita acabe las curas de Patrice deberías llevarla a casa.

—¿Era Josh?

Vega Miller asintió y eso lo inquietó. Recordó la insistencia del jefe de Davis en encontrarla. Si a eso se le sumaban las palabras de su madre daba una combinación peligrosa.

—¿Le ha pasado algo a mi madre?! —preguntó aterrorizada.

Wyatt fue dulce colocándole la mascarilla nuevamente intentando que mantuviera el control.

—Sí, todo bien.

Su madre no podía ganar ningún Oscar porque mentía fatal. Se veía de lejos que había una noticia en sus labios que no iba a gustar. Rezó a los cielos que no tuvieran que ir de entierro, ella no estaba preparada para un momento como ese.

—Madre, ¿verdad que la señora Davis está bien?

Lo vio, vio como hacía todos los esfuerzos posibles por asentir, pero no fue convincente.

Sin embargo, en ese mismo momento uno de los bomberos que pasó por delante de la ambulancia dijo en voz alta:

—¡Menudo día! Entre este incendio y el de casa de los Davis nos hemos ganado el sueldo.

Nadie pudo retener a Patrice, se arrancó la mascarilla y corrió a detener a esos hombres. Saltó de la ambulancia como si de un gato se tratase, los alcanzó y se colocó ante ellos.

—¡Mi madre está bien!

Ambos se miraron extrañados.

—¡Piper Davis! ¿Estaba en la casa?

Uno de ellos tomó la palabra atropelladamente.

—No lo sé, ahora mismo están allí.

Las piernas de Patrice colapsaron dejándola caer de rodillas contra el

suelo. Wyatt la alcanzó tomándola entre sus brazos, pero no fue consciente de nada. El miedo fue tan visceral y golpeó tan duro que no lo vio venir.

La relación entre ambas había sido un enorme infierno, pero no podía perderla. Había venido a Afton a eso mismo y no estaba preparada. ¿Cómo no se había dado cuenta?

Sora llegó a ellos quitándose la zamarra, la cual dejó caer sobre sus hombros para cubrir su desnudez.

—Mi coche está en la entrada del rancho. Id —dijo tendiéndole las llaves a Wyatt.

No tuvo palabras para agradecerlo y supo que no importaba, su amigo ya sabía lo que pensaba solo con mirarla a los ojos.

Su cuerpo entró en modo automático, arrancó a caminar hacia donde le habían dicho de la mano del vaquero. No podía pensar en nada, solo en la súplica incesante de que ella siguiera con vida.

Miró al cielo y rogó en silencio.

<<No te la lleves todavía>>.

CAPÍTULO 33



La ranchera de Sora venía a toda velocidad. Dio un giro brusco en la carretera saliéndose de ella y aparcando al instante. De ella bajaron Wyatt y Patrice, la cual venía vestida de forma muy extraña.

Ellos corrieron al verle y Josh no pudo evitar abrazarla.

—Me has tenido preocupado, llevo horas llamándote.

El olor a lino picó en sus fosas nasales. Era esa zamarra que llevaba sobre su piel, ¿desnuda? Enarcó una ceja esperando una explicación.

—Lo tenía en silencio —se justificó antes de implorar—, dime que mi madre está bien.

Asintió, lo cierto era que aquel demonio de mujer tenía más vidas que un gato, pero era algo que no pensaba decir en voz alta y mucho menos ante su hija. Su relación no era un cuento de hadas, sin embargo, merecía un respeto.

—Lo está, la encontré en el jardín cuando vi el fuego. La han trasladado al hospital.

Eso alivió a Patrice, la cual se llevó las manos al pecho y suspiró. Era una buena noticia y se alegraba por ella.

—¿Qué haces vestida así?

La mujer se miró las ropas y se sonrojó, entonces se percató de las quemaduras que había en sus brazos. Aquello hizo que saltaran todas las alarmas.

—Han provocado un incendio en mis establos. Ella entró para salvar a uno de los caballos.

Las palabras y el tono duro de Wyatt le hicieron partícipe de lo peligroso

que había sido ese acto tan suicida. Por suerte seguía con vida, pero sabía bien que el final podía haber sido muy distinto.

—¿Te has vuelto loca? ¿Cómo se te ocurre?

Patrice, molesta, se cruzó de brazos.

—Wild se había quedado adentro. No podía dejarlo morir.

El nombre de ese caballo removi6 su interior. No era un misterio para nadie del pueblo que ese había sido el caballo que había provocado la muerte del señor Miller. Ese fatídico día seguía grabado en la mente de muchos.

Sabía que no había sido sacrificado por deseo explícito de Wyatt, el cual lo conservaba sin ningún motivo claro.

—¿Has arriesgado tu vida por un animal como él? —preguntó despectivamente.

Patrice le giró el rostro y supo que la acababa de dañar.

—Él no es el monstruo que todos quieren ver.

Su teléfono cortó la conversación. Ángela lo buscaba y descolgó sin más, estaban a la espera de un par de pedidos, seguro que algún repartidor necesitaba su firma en vez de la de su empleada.

—<<Ay, mijo>>, esto se ha puesto feo.

Frunció el ceño.

—¿Qué ha ocurrido?

Su cocinera hablaba atropelladamente, muchas palabras a la vez entre su idioma natal e inglés; no era capaz de comprender absolutamente nada. Tras un par de intentos prefirió comunicárselo.

—Ángela, tranquila, no te entiendo.

Ella bufó enfadada. No tenía culpa de no entenderla, estaba siendo presa de sus propios nervios.

—Pablo fue a sacar la basura y como tardaba mucho y sabe dios que este niño solo tiene pájaros en la cabeza fui a buscarle. Le han dado un golpe en la cabeza muy fuerte, me lo he encontrado <<tiradico>> en el suelo.

—¿Está bien?

Estaba sorprendido con sus palabras y Patrice frunció el ceño preocupada.

—Sí, tiene el cogote bien duro, pero aprovecharon para pintar toda la fachada. <<Niño>>, son palabras muy feas. ¿Conoces a Saúl?

—¿Saúl? —preguntó sorprendido.

No le sonaba ese nombre. No era uno muy común en aquellas tierras, pero no pudo tratar de recordar porque Patrice palideció y se desplomó contra el

suelo. Soltó el teléfono y ambos hombres la tomaron evitando que impactase duramente.

—¡Patrice! —exclamaron al unísono.

Aquel amanecer había sido de locos. Solo esperaba que no pasaran más cosas.

Cuando Patrice volvió en sí estaba tendida en el suelo. Wyatt estaba a su lado y Josh le tenía las piernas en alto. No luchó por liberarse, dejó que hicieran lo que vieran mejor para ayudarla.

Giró el rostro y vio la que había sido su casa engullida por las llamas. Lloró, con un dolor tan lacerante que tuvo que sujetarse el corazón por miedo a perderlo. Sí, aquel lugar había sido arrasado por un fuego violento y fugaz.

Ya apenas quedaba la estructura de una majestuosa casa que se había convertido en su cárcel. Aquel lugar estaba repleto de recuerdos malos, pero eso no restaba que doliese verla en ese estado.

Lo habían perdido todo.

Las lágrimas la hicieron gimotear desesperada.

Pero lo peor era lo que las palabras de Josh habían provocado. Había mencionado el nombre de su ex y el mundo se había venido abajo. No creía que aquel nombre se hubiera puesto al azar.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Wyatt.

Desvió la mirada, siendo incapaz de seguir mirando a los restos de la casa de su familia. Lo buscó con su mirada y le regaló una sonrisa para hacerle sentir mejor.

—Sí, gracias.

—Muchas emociones juntas —le comentó sonriente.

Pero Josh no creía lo mismo, lo supo con solo mirarle a los ojos. El terror se le atascó en la garganta, supo que estaba al borde del precipicio, pero no sabía si iba a caer o la iban a tirar.

—¿Crees que esto tiene que ver con la carta? —preguntó su jefe.

Solo con esa pregunta el mundo se volvió del revés. Trató de incorporarse, al no conseguirlo la ayudaron entre los dos y pudo ponerse de pie. Por desgracia, seguía estando mareada.

—Nadie puede saber sobre él —susurró.

Wyatt se mantuvo en silencio, pero muy atento a las palabras de ambos. Iba a tener que dar muchas explicaciones.

—Saúl murió hace muchos años. ¿Quién querría molestar a su memoria?

No podía encontrar respuesta a la pregunta de su jefe. Él no sabía todo lo que había ocurrido, pero quienes sabían la verdad no estaban vivos. ¿Qué tenía que ver con él todo esto?

Se encogió de hombros.

—¿Crees que los incendios son por él?

—Después de la amenaza que recibiste puede ser una forma de echarte de Afton.

Justo cuando pronunció esas palabras supo que había metido la pata, el rostro de Josh se desencajó cuando Wyatt se colocó ante ella con una mirada dura a la par de sorprendida.

—¿Qué tipo de amenazas? —exigió saber.

Tragó saliva. Su pasado salía a la luz y no quería que fuera allí ante todos. Los bomberos y los vecinos que habían ido a cotillear como la casa de los Davis se reducía a cenizas.

—¿Podemos hablarlo en otro lugar? —pidió.

—Yo iré al restaurante, si queréis sois bienvenidos.

Quiso aceptar la invitación de Josh, pero no era posible. Antes tenía que ir a otro lugar para cerciorarse que su madre estaba bien.

—Tengo que ir al hospital —declaró.

Josh asintió.

—Espero poder hablar contigo, después.

Eso fue un <<ven al restaurante a la que puedas, tengo que hablar contigo>> que no pudo ignorar. Respiró profundamente aceptando que el mundo estaba a punto de acabarse.

—Iré en cuanto pueda, te llamo antes —le dijo.

—Bien. Mucho cuidado, el día no podía haber empezado peor.

No podía estar más de acuerdo con su jefe en aquella afirmación. Había sido un día distinto y terrible; solo esperaba que no siguiera empeorando, aunque mucho se temía que a mejor no podía ir.

Cuando lo vio irse fue el turno de encarar a un Wyatt sumamente preocupado, no lo culpó, pero no sabía si estaba preparada para eso.

—Vamos, entra al coche. Te llevaré con Piper.

Asintió yendo hacia allí en mortal silencio. Los recuerdos golpearon su

mente una y otra vez, nunca hubiera imaginado que llegaría el día en el que hablaría de él. Lo había enterrado y, junto a su cuerpo, también toda su relación.

Notó el motor hacer vibrar los asientos y cerró los ojos. Eso la calmaba como los ronroneos de un gato.

—Patrice, me gustaría saber sobre la amenaza que decía Josh.

Sí, él no iba a dejarlo estar muy a su pesar.

—Recibí una carta hace unos días pidiéndome que me marchara de aquí. Obviamente no le haré el menor caso. Sé muy bien a qué he venido.

Wyatt frenó y salió, con suavidad, de la carretera y se detuvo. El hospital estaba cerca, aunque antes necesitaba tratar el tema.

—¿Y quién es Saúl?

Aquella pregunta fue como un disparo al corazón.

—Mi ex marido.

La sorpresa golpeó a su rostro. Ya habían hablado de parejas anteriores, pero no de lo que había ocurrido.

—Murió a los ocho meses de matrimonio.

—Lo siento mucho, no sé qué decir. Tuvo que ser muy duro.

Lo fue. Había necesitado años de terapia para quitárselo de la cabeza, muchas horas y horas llorando por lo injusta que había sido la vida con ella. Los momentos con él quedaban lejanos, pero igual de dolorosos.

—Fue hace mucho tiempo.

Wyatt tomó su mano y la estrechó entre las suyas.

—No me puedo imaginar el dolor que has vivido. Lo lamento, lamento no haber llegado antes a tu vida.

Eso la sorprendió.

—¿Y eso por qué?

—Porque hubiera tratado de curar tus heridas.

Sus palabras dolieron de una forma que él nunca alcanzaría a entender. Su corazón frágil se rompió en mil pedazos. Tras todo lo ocurrido en Afton se construyó una presa a su alrededor para protegerlo, ahora ese esfuerzo se estaba resquebrajando dejando salir lo que no quería.

—¿Por qué pondrían su nombre en la fachada de Josh? —preguntó Wyatt.

—Alguien sabe lo que ocurrió y quiere torturarme con ello.

No quiso seguir hablando, se cubrió los ojos con el brazo derecho y

suspiró. Ese tema abría demasiadas heridas que ni una transfusión de sangre podía sanar. Todas sus pesadillas estaban a punto de hacerse realidad.

CAPÍTULO 34



A su madre la habían ingresado. El humo había empeorado su salud enormemente y debía pasar unos días en observación hasta que los médicos valorasen que podía regresar a su casa.

O a donde fuera ahora que ya no existía.

—Cariño, me alegra que estés bien. Una enfermera muy amable me ha explicado lo del rancho Diamond Dark.

La dulzura de su madre le produjo escalofríos. No le gustaba y no era propio de ella, era como si el humo la hubiera trastocado hasta tener a otra progenitora allí tumbada en la cama.

—Hoy han pasado muchas cosas, necesitas descansar antes de la quimio —explicó Patrice arropándola.

Fue entonces cuando se percató de que su madre llevaba ambas manos vendadas. Frunció el ceño recordando que Josh le había explicado que había encontrado a su madre tosiendo en el jardín.

—¿Cómo te quemaste?

Piper se miró las manos y se encogió de hombros.

—Tratando de salir de la casa.

Miró a Wyatt, él estaba apoyado en la pared en silencio, siendo un espectador sin más de aquel reencuentro.

—¿Ahora eres el novio de mi hija? —preguntó Piper con todo el veneno ponzoñoso que una víbora tenía.

Pero el *cowboy* se limitó a sonreír satisfecho. No habló, pero no le hizo falta alguna ya que solo con su mirada lo dijo todo.

—Cómo cambia la vida. Viene de familia que nos gusten los Miller — comentó Patrice.

No era el momento, lo sabía de sobra. Debía respetar la enfermedad de su madre. No obstante, habían ido guardando demasiadas cosas bajo la alfombra y ahora había un bulto que no se podía esconder.

—¿Qué dices, hija?

Patrice miró a Wyatt.

—¿Podrías dejarnos a solas?

Él aceptó con desgana. Dio una leve palmada al aire y comentó:

—No se pase porque esa mujer que tiene por hija será mi esposa. No quiero verla sufrir por una persona que no la ha querido nunca.

No pudo quedarse más sorprendida. Lo vio marchar absolutamente boquiabierta mientras él se iba con el mentón alzado. Sí, estaba orgulloso de lo que acababa de decir y no se arrepentía.

—¿Vas a casarte con él? —preguntó su madre.

Ni siquiera estaban saliendo, pensar en boda era algo absurdo, no obstante, la idea no la molestó.

—Estamos mirando fechas —mintió.

Entonces Piper sonrió amargamente.

—Siempre has gritado que no éramos iguales y te has fijado en el hombre más poderoso de la zona.

<<Como yo>>. Le faltó decir.

No lo estaba diciendo claramente, pero dejaba entrever la relación que había tenido con el señor Miller. El mismo que ahora estaba enterrado como lo estaba su padre. Un secreto que jamás había contado.

—Nunca me dijiste lo de ese hombre —le reprochó furiosa.

Sorprendentemente, no trató de esconderlo. Sonrió orgullosa, como si aquella relación hubiera sido una hazaña que le traía buenos recuerdos.

—No teníamos contacto. Tú misma cortaste todos los hilos.

Eso no era del todo cierto.

—Te llamaba cada dos o tres meses. Me lo podrías haber contado.

Pero no había querido, como tampoco le había dicho que su padre se estaba muriendo. Había esperado al entierro para llamarla y con Miller, como no lo conocía, no había hecho falta avisar.

Su corazón estaba roto por el dolor, por las mentiras, por ocultarse y por dejarse llevar por una mujer que solo pensaba en sí misma.

—Hoy por poco muero... —comenzó a decir.

Piper no se inmutó.

—Los establos de los Miller ardieron como tu casa.

Con desdén le dedicó una mirada que dejó a su hija congelada.

—¿Qué hacías allí?

Patrice se encogió de hombros, dejó de mirarla para dejar la mirada perdida en algún punto de la habitación del hospital.

—Entré por voluntad propia.

Eso sí que llamó la atención de su madre. Dejó de parecer estar como si le hablaban de un tema sin importancia a mostrar la atención que se merecía.

—Wild era el último caballo que quedaba en el establo y se iba a quemar.

—Podrías haber muerto.

Patrice se acercó y tomó la silla que estaba destinada al acompañante. Tomó asiento y se apretó un poco más la zamarra que le había prestado Sora. Necesitaba ir a comprarse ropa antes de que acabase el día.

—¿Te hubiera apenado?

Su madre se miró las vendas de las manos.

—Ese caballo debería haberse quemado. Hace años que debería haber muerto.

Sí, recordaba el nombre de ese precioso ejemplar. Todos odiaban a un animal que no parecía malvado, habían montado una imagen ficticia a su alrededor para hacerlo culpable de un terrible suceso.

—¿Amabas mucho a ese hombre? ¿Al padre de Wyatt?

La vio pestañear, fue como si algún recuerdo atravesase su mente. Fue algo insólito ya que sonrió y se puso triste a la vez.

—Era un hombre muy atento.

Eso no era un sí, lo que le hizo confirmar que Piper Davis no podía amar a nadie salvo a sí misma.

—¿Lo hiciste por dinero? —preguntó con el corazón encogido.

Su mirada la desarmó, estaba carente de sentimientos y fue como si pudiera verla realmente por primera vez. Su semblante serio, sus ojos exentos de alma y su postura seria acabó con ella.

—¿Por qué sino?

Tomó aire un par de veces y miró a su alrededor incapaz de seguir observándola. Estaba completamente en *shock*, aquella mujer que la había

criado era mucho peor de lo que hubiera imaginado jamás.

—¿Tienes algo que ver con las amenazas?

Pero su madre parecía absorta con sus propios recuerdos.

—¿Le has hablado a alguien de Saúl?

Ese nombre la puso contenta, era la primera vez que la veía sonreír de verdad. Había adorado a su yerno y el tiempo no había mermado esa visión perfecta del que había sido su marido.

—Nadie puede saberlo. Fue un accidente...

Una enfermera entró en tromba para atender a su madre. Patrice se echó atrás para dejarle espacio.

—Señora Davis debe descansar. ¿Siente dolor? —preguntó amablemente.

Ella asintió y la enfermera le inyectó algo que no iba a tardar en hacer efecto. Su madre pronto estaría en los brazos de Morfeo. Fue a irse sin despedirse, no tenía ganas de ser amable.

Justo cuando puso un pie fuera de la habitación el doctor que quería entrar la interceptó.

—¿Patrice Davis?

—Sí, dígame...

Su voz era distinta, se sentía como flotando. Viajando entre realidad y recuerdos sin poderlo controlar. Estaba en trance entre algo que había mantenido alejado diez años y que ahora luchaba por liberarse.

—Es sobre su madre. Me temo que la quimioterapia no está dando los resultados esperados. Queríamos esperar a verla a ver si venía a alguna sesión, pero como no lo ha hecho aprovecho ahora para comunicárselo.

Su madre se moría más rápido de lo que habían vaticinado y su corazón no podía sentir más dolor.

—Empezaremos a suministrarle morfina si siente dolor. Ella tomó la decisión de descansar en casa, pero con el incidente del incendio hemos procedido a ingresarla hasta que...

El médico no supo encontrar las palabras, fue su mente la que llenó el espacio de la frase.

—De acuerdo.

¿Qué podía decir? Su madre se había guardado ese secreto para ella, como tantos otros que escondía. Había vuelto a Afton para sufrir puesto que su madre nunca la había visto como una hija sino como una visa a la que usar. Otra mentira más bajo una alfombra que estaba a punto de explotar.

Wyatt llegó hasta ella, pero no pudo verlo. Su mente repetía sin cesar un suceso que había marcado su vida para siempre.

Se sentía morir por dentro, como si alguien tuviera sus entrañas entre sus manos y estuviera arrancándoselas sin miramientos.

Necesitaba ir a ese lugar y cerciorarse que todo seguía como lo había dejado. Era algo imperioso más que respirar, pero antes tenía que ir al restaurante.

Parpadeó regresando a la realidad.

—¿Podrías llevarme donde Josh? —pidió.

—Por supuesto.

Pero Patrice quiso hacer una petición más.

—Después me gustaría ir a casa de mi madre.

Esa petición lo extrañó, frunció el ceño.

—No queda nada.

—Lo sé, pero necesito ir.

Aceptó sin rechistar.

CAPÍTULO 35



Algo grave le ocurría a Patrice. Llevaba absorta desde que había hablado con su madre en el hospital.

Él había aprovechado ese rato para bajar a comprarle algo de ropa, no podía ir con una zamarra y en sujetador a todas partes. Ella casi no había reaccionado, trató de desnudarse en el mismo pasillo hasta que él la detuvo. Finalmente lo había hecho en el baño.

Saúl era un tema amargo.

No estaba seguro de si ir al restaurante era buena idea, pero no quería anteponer sus pensamientos a los suyos.

Le había mandado un mensaje a Sora para que se llevara su ranchera, ya tendrían tiempo para devolverse sus respectivos coches.

Cuando llegaron al restaurante se cercioró de la mala idea que había sido ir a ese lugar. Josh y Ángela estaban quitando la pintura, no obstante, se podía leer perfectamente la frase que habían pintado.

<<Saúl dice: sal de mi pueblo, perra>>.

Esa era una amenaza directa, no había duda alguna de que alguien quería a Patrice muy lejos de Afton. Miró hacia ella, estaba conmocionada tapándose la boca con ambas manos.

Aquella frase significaba mucho más de lo que parecía en un principio. Como si del juego de <<Simon dice>> se tratase le mandaban un mensaje alto y claro. Eso confirmaba que todo lo sucedido aquel día había sido provocado con el único objetivo de espantarla.

Patrice bajó enfurecida.

Cogió un estropajo, lo mojó en un cubo con tanta fuerza que le faltó poco para volcarlo y empezó a frotar de una forma desesperada. La pintura estaba seca, no salía tan fácilmente como ella pretendía.

Gritó de forma desgarradora mientras se esforzaba por hacerlo desaparecer.

—¡Bórrate!

Wyatt la inmovilizó abrazándola desde la espalda y Josh le tomó el estropajo. Aquello fue como darle el pistoletazo de salida para arrancar a llorar y gritar desesperadamente.

La mujer que amaba se moría entre sus brazos y no podía hacer nada para ayudarla salvo sujetarla. Él iba a ser la roca que necesitaba para mantenerse en el mundo real, ya que los recuerdos se habían empeñado en romperla en mil pedazos.

—¡No puedes volver! ¡No puedes! ¡Yo te enterré! —gritó dejándose la garganta en ello.

Josh se colocó ante ella y le acunó el rostro.

—No está. Murió. El Saúl del que huyes murió hace mucho tiempo.

El rompecabezas empezaba a encajar. No todas las fichas del tablero habían jugado con la misma información y ambos empezaron a verlo. No supo decir cuál de los dos estuvo más sorprendido con las palabras de Josh.

—¿Tú lo sabías? —preguntó Patrice con la voz temblorosa.

Josh miró a Ángela y ésta lo instó a hablar.

—Como todo, era un secreto a voces.

—Tú no te acordabas de mí cuando entré en tu restaurante.

Él se encogió de hombros.

—No, pero poco a poco la memoria volvió. De jóvenes no te conocí personalmente, solo los muchos rumores que corrían.

Era lo peligroso de un pueblo, las voces podían romper familias. La gente cuchicheaba a la espalda de otras y después se saludaban muy educadamente. Vivían de ver los defectos ajenos.

—Lo hablé con Sora hace unos días. Él se alegraba de verte interesada en Wyatt después de Saúl.

Sus palabras fueron como una excusa. Como si estuviera avergonzado de haber hablado de ella a sus espaldas.

—Y recordamos cuando la gente habló de vosotros. Unos habían escuchado los gritos, otros los golpes y otros los llantos, pero, como siempre, nadie hizo

nada. Se limitaron a amenazas incumplidas.

El conocimiento del pasado de Patrice enfureció a Wyatt, aquel hombre hacía muy bien de estar muerto o él mismo lo hubiera enterrado con sus propias manos. Quien se atrevía a pegar a una mujer merecía eso y más.

—Cuando tuvo el accidente y murió muchos se aliviaron por ti —concluyó Josh.

Patrice arrancó a llorar de pura desesperación.

—¿Todos lo sabían? ¿Y por qué nadie me ayudó? ¡Las veces que pedí ayuda, los momentos en los que grité pidiendo auxilio había gente que me escuchaba y se cruzó de brazos! ¡La gente dejó que ese psicópata me destruyera!

Su dolor era tan agudo que ninguno de los presentes se encontraba bien, era como si sus corazones pudieran sentir el dolor que destilaba por todos sus poros.

Wyatt solo sabía una cosa: odiaba a ese hombre y quién la amenazaba con él iba a pagarlo muy caro.

De pronto el teléfono móvil de Patrice sonó haciendo que todos dieran un brinco. El *cowboy* la soltó para que pudiera atender la llamada. Era un número desconocido y solo esperó que no fuera algo malo.

—¿Sí? —preguntó casi sin fuerzas.

—¿Señorita Davis?

Asintió.

—Soy yo.

—Le habla Rick Dallas, el jefe de bomberos. Antes hemos querido hablar con usted, pero entre tanta confusión se marchó sin que pudiéramos hacerlo.

Asintió como si interlocutor pudiera verla.

—Dígame, le escucho.

Wyatt no lo tuvo demasiado claro.

—Deberá declarar ante la policía dónde se encontraba entre las cuatro de la madrugada y las ocho de la mañana. Hemos encontrado pruebas suficientes como para declarar que se trata de un incendio provocado.

No era un misterio ni una sorpresa para nadie.

—¿Quién querría hacer daño a una mujer moribunda como mi madre?

—No lo sabemos. Hemos encontrado acelerante, fue algo rápido y violento. Lo ayudaron a consumir la casa. Creemos que empezó en el sótano, se extendió por las vigas de madera y logró consumirlo casi todo.

Patrice asintió sin ser capaz de comprender del todo lo que le estaban diciendo.

—Una parte del sótano quedó protegida ya que el fuego ascendió muy rápido. Hemos sacado las pocas cajas que han quedado sin quemar. Están negras y mojadas, pero tal vez pueda encontrar algo que aún sea útil.

—Gracias.

Su voz se iba apagando con cada frase que decía, como si tuviera una batería de móvil y necesitara cargarse.

—¡Ah! Una cosa más.

—Dígame.

El bombero fue muy claro y serio con sus siguientes palabras.

—El que haya hecho esto se ha tenido que quemar, ya que según encontramos la zona cero, está muy claro que hubo una pequeña explosión. Si ve a alguien herido no dude en notificárnoslo.

Patrice asintió y agradeció la llamada antes de colgar. De pronto, miró al cielo durante unos largos segundos antes de echarse a reír.

Wyatt no comprendía nada. La pobre estaba tan conmocionada que estaba perdiendo la cabeza, tal vez no habían hecho bien de dejar el hospital sin revisarla a fondo.

—¿Qué ocurre? —preguntó sumamente preocupado.

—Ella es peor de lo que pensaba. Es un monstruo y creo que puedo demostrarlo.

CAPÍTULO 36



El paisaje de su casa consumida a unas pocas ruinas negras y derruidas era desolador. Nunca se hubiera imaginado un final tan trágico para la casa que la vio nacer, crecer, huir y volver.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó el vaquero.

Ya habían ido a declarar, por suerte lo tenía a él como testigo de dónde había estado, aunque, de ser necesario, también lo haría su madre Vega.

—Vengo a ver qué ha sobrevivido a las llamas.

No esperaba gran cosa si estaba en el sótano, pero necesitaba saber qué había resistido a tan violento incendio. Le resultó aterrador imaginar que podían ser fotos de la infancia, no podía verse nuevamente.

Salió de la ranchera y arrancó a caminar. La casa estaba acordonada para evitar que alguien se jugara la vida entrando bajo los restos. Vio las pocas cosas que se habían salvado, eran un puñado de cajas deterioradas. Seguramente no habría nada que salvar allí.

—Definitivamente tengo que buscarme un hotel —suspiró pasando el cordón.

—Tengo sitio en el rancho.

Por supuesto que sí, ahí estaba el príncipe azul que tanto conocía. Lo agradeció, pero ese tema iban a tratarlo cuando llegara la noche, antes tenía muchas cosas que hacer. No podía detenerse a pensar en nimiedades.

Se agachó al lado de las cajas y tomó asiento en el suelo. Se dispuso a abrir la primera, pero el miedo la paralizó unos segundos antes de lanzarse al vacío sin paracaídas. Por desgracia, no fue tan interesante de cómo lo

esperaba. Estaba llena de facturas con una anterioridad de seis años.

—Aquí no hay nada importante, solo un montón de papeleo.

Wyatt estaba revisando otra caja.

—En esta hay informes de cuando falleció tu padre, el certificado de defunción y la petición de paga de viudedad. —Hizo una pausa—. También hay unos papeles, es una petición judicial de cuando quiso que le pagaran algo por haber sido pareja de mi padre.

Eso hizo que el corazón le diera un vuelco. ¿Cómo había podido tener la poca vergüenza de hacer algo semejante? No se creía que ella hubiera sido tan poco considerada con la familia.

—Hay un resguardo de un seguro de vida a nombre de tu padre. Obvio que el beneficiario era tu madre.

Frunció el ceño. No era consciente de semejante seguro, Piper se había guardado demasiados secretos en el camino. Era como si estuviera ante una nueva mujer totalmente desconocida.

—Aquí hay otro seguro de vida valorado por la misma cantidad.

Eso la sorprendió. Se aproximó a él y comenzó a leer el papel que tenía entre las manos.

El documento decía que era un seguro de vida por valor de medio millón de dólares a nombre del señor Miller. El sello y la firma eran exactamente los mismos que en el de su padre.

—Mi padre no tenía un seguro de vida.

Pero ese papel decía todo lo contrario, su madre había cobrado mucho dinero cuando había perdido a los dos hombres de su vida. Lo peor es que había tenido el descaro de ir a exigir una parte de la paga de viuda y el rancho a los Miller.

—Él no llegó a divorciarse nunca. Siempre dijo que eso lo hacía demasiado real, pero veo que quiso más a tu madre de lo que imaginaba.

Algo que carecía de lógica. No comprendía como alguien podía sentirse atraído lo más mínimo de Piper Davis, seguramente se trataba de alguien que no estaba en sus cabales.

Patrice abrió la última de las cajas. Había algunas facturas y recibos de compras sin sentido que había hecho su madre con el paso de los años, no obstante, vio un papel que llamó mucho su atención.

Estaba algo borroso, pero seguía siendo legible. No pudo dar crédito a lo que estaba leyendo, lo revisó cientos de veces hasta que Wyatt se preocupó

con su semblante y preguntó:

—¿Todo bien?

—Este documento dice que mi madre dio en adopción a un bebé.

Sus manos temblaban releendo aquel trozo de papel beige que mostraba un secreto demasiado grande. No se creía que su madre hubiera sido capaz de hacer algo semejante, era algo aberrante y perturbador saber que había un hermano en algún lado del mundo.

—Fue una adopción directa, tu madre estaba en contacto con los que se quedaron al niño, pero duró poco tiempo, unos pocos meses.

Wyatt había encontrado unas cartas, habían tachado todo tipo de dirección, donde hablaban de los primeros meses del bebé en casa de sus padres. Patrice sintió como el corazón se le rompía en mil pedazos. Había un hermano en algún lugar del mundo que desconocía su existencia.

—Es unos pocos años más grande que yo.

Apartó todos los papeles, no podía seguir mirándolos y no sentirse terriblemente mal. No podía creer la cantidad de cosas que no sabía de su madre. Se sentía a punto de desbordar, como si el mundo hubiera cambiado en muy poco tiempo.

Lo guardó todo rápidamente, quería deshacerse de eso, quemarlo, hacer como si nunca hubiera existido, pero ya lo había visto. Era algo que la iba a acompañar toda su vida.

Frunció el ceño cuando el sol reflejó en una superficie metálica, removió un poco el contenido de la caja hasta ver una pequeña cajita de metal. Era una antigua lata donde se guardaba el tabaco de mascar, su padre era muy aficionado a ello.

La sostuvo entre sus manos unos segundos debatiéndose entre abrirla o no. No quería encontrar algo malo allí o el tabaco de su padre. Hacía mucho que no veía algo de él, su corazón no estaba preparado como para recibir más golpes.

Finalmente decidió lanzarse al vacío. Se quedó en blanco unos segundos cuando encontró en su interior dos jeringuillas vacías y la pinza de plástico, las típicas que se ponían a los recién nacidos al cortar el cordón umbilical.

¿Qué sentido tenía todo aquello? ¿Qué relación podía haber entre esos objetos tan diferentes?

Respiró y le dio la lata a Wyatt.

—Patrice, sería mejor irnos de aquí.

Su voz le transmitió un mensaje diferente, él ya tenía una teoría sobre el contenido de aquel descubrimiento. Curiosamente, era tan atento, que se lo había guardado para sí con la intención de no apenarla.

—¿Qué crees que significa? —preguntó señalando hacia sus manos.

Él lo miró nuevamente.

—No creo que sea un tema que debemos hablar ahora mismo.

Pero ella creía todo lo contrario, sí que era algo que comentar en aquellos momentos. Se acababa de abrir la caja de Pandora y los demonios estaban saliendo uno a uno. Era el momento de conocerlos a todos.

—Dímelo —pidió como si le pidiera a un asesino que disparase su arma contra su frente.

Wyatt suspiró y decidió hacerle caso.

—Creo que son trofeos.

Sus palabras llegaron a ella de forma lenta, su mente necesitó un par de segundos para acabar de comprender exactamente lo que le estaba explicando. Para cuando logró vislumbrar lo que le insinuaba se quedó helada.

Lo peor era que tenía sentido.

Tomó la lata de entre sus manos y la abrió para contemplar lo que las llamas no habían consumido. Sí, por desgracia tenía sentido y le daba a todo un cáliz macabro y terrible.

Soltó la cajita en el suelo y buscó el teléfono móvil frenéticamente. Marcó, por suerte solo hicieron falta un par de tonos para que su madre descolgara.

—¿¿Cómo pudiste ser capaz?! ¿Cómo puedes ser tan monstruo?

Piper estaba aturdida, gimió un poco confusa.

—Sabía que eras mala, pero esto roza lo psicótico. ¿Así que tengo un hermano?

Pero ella no perdió en ningún momento la calma. Hizo una respiración lenta, como si estuviera a punto de perder la paciencia.

—Te veo nerviosa. Deberías tratar de calmarte antes de hablar. ¿Qué has encontrado?

Señaló la lata como si su madre pudiera verla.

—Los bomberos me llamaron diciéndome que habían podido salvar unas pocas cajas. ¡Qué sorpresa me tenía preparada la vida! Dos seguros de vida, una partida de nacimiento y los papeles de la adopción. Pero lo mejor es la lata.

Piper bufó.

—Deberías destruir eso.

Por desgracia eso solo confirmaba lo que ya estaba empezando a ver. Su madre era una mujer trastornada y había cometido crímenes horribles.

—¿Destruirlo? Pienso llevarlo a la policía. Con esto puedo demostrar que...

No podía decirlo en voz alta. Era como estar viendo un capítulo de alguna serie policíaca y descubrir al malo en el último momento.

—¿Qué vas a demostrar? ¿Qué guardé recuerdos en una caja?

Negó con la cabeza con desesperación al mismo tiempo que un nudo en la garganta le cortaba la relación.

—Cada jeringuilla es por uno de ellos, ¿verdad? ¿Los mataste para cobrar el seguro? ¿Fuiste capaz de algo así?

Wyatt le tomó una mano a modo de ánimo. Suerte que estaba allí o hubiera jurado que se trataba de una pesadilla, pero aquel hombre no podía estar en sueños oscuros. Su príncipe.

—¿Quieres hacerme creer que van a encarcelar a una pobre anciana moribunda de cáncer?

Se congeló al instante.

Estaba confesando sus crímenes.

—¿Tú provocaste el incendio? ¿Por qué?

No era capaz de pensar con claridad. Ante ella se acababa de dibujar un cuadro tétrico, como el de un pasaje del terror.

—Cariño, deberías tomarte una tila —le contestó su madre, sin más.

—¡Pienso destruirte! —gritó con toda la rabia que tenía contenida en su pecho—. ¡Eres un auténtico monstruo! No solo por casarme con Saúl, sabías que me pegaba y le dejaste hacerlo por dinero. Y cuando se te acabó el cuento decidiste matar a mi padre para cobrar el seguro.

Tomó aire, estaba gritando tan fuerte que su garganta dolía, como si se la estuviera rascando con un estropajo.

—Fuiste a por una presa mayor: el señor Miller. ¿Y qué pasó? ¿Te cansaste de él?

Su madre estaba disfrutando con aquella conversación, como si llevara demasiado tiempo esperando ser descubierta. Necesitaba que alguien admirara su obra de arte, la que había tardado años en preparar.

—Quiso volver con su queridísima Vega —contestó con desdén.

No podía seguir escuchando. Aquello dolía demasiado, luchó por retirarse

el teléfono de la oreja, pero no fue capaz. Una parte de ella quiso saber, conocer los detalles sobre todo lo ocurrido y descubrir hasta qué punto su madre había cometido crímenes.

—Estaba obsesionado con ella. Hablaba de Vega sin parar, una y otra vez. Estaba cansada de ese maldito nombre.

No quiso imaginarse lo sucedido.

—Y aprovechaste su accidente con Wild para matarlo. Por eso murió a las pocas semanas —susurró Patrice como si fuera un pecado pronunciarlo en voz alta.

Su madre tosió un poco. Se escuchó a una enfermera entrar y hablarle sobre calmantes. Justo cuando dijo que sí, se lo suministró y salió de allí. En ese momento, Piper, retomó la conversación.

—Ese dichoso caballo tendría que haber hecho su trabajo. Solté una serpiente por el cercado donde iba a entrenar al animal y éste no lo mató. Le hizo daño, sí, pero no lo suficiente. Tuve que... —se silenció al instante.

<<Acabar el trabajo>>. Pensó.

Patrice apretó la mano que sostenía Wyatt con tanta fuerza que le sorprendió que él no luchara por soltarse.

—Eres un monstruo —escupió incapaz de decir algo peor.

Pero a su madre no le importaron lo más mínimo sus palabras. Estaba satisfecha con como había llevado su vida, se sentía orgullosa de todos sus crímenes y eso era lo más aterrador.

—¿Por qué has quemado la casa?

Era la última pieza del rompecabezas.

—Esa es una pieza que deberás descubrir tú misma.

—No. no puedes decirme eso y quedarte tan tranquila. ¿Por qué me has amenazado? ¡Tú misma me hiciste volver a este puto pueblo!

Piper chistó al escuchar la palabrota, jamás las había permitido, pero le daba igual. Una palabra mal dicha no era equiparable con todo lo que ella había hecho durante tantos años.

Arrancó a toser unos segundos antes de que la llamada se cortase. Patrice pronunció su nombre un par de veces antes de darse cuenta de que le había colgado. Después de todo había tenido el descaro de no seguir hablando.

Lanzó el móvil lo más lejos que pudo, con todas sus fuerzas y su interior se rompió en mil pedazos.

Soltó el agarre del vaquero y se tapó el rostro con ambas manos. Respiró

profundamente unas cuantas veces antes de gritar con toda su rabia. Dolía, su interior escocía y giraba a toda velocidad.

Quiso romperlo todo, gritó con tanta ferocidad que creyó que sus cuerdas vocales estaban a punto de desgarrarse.

Wyatt la abrazó o, más bien, la contuvo para evitar que se hiciera daño. La apretó tan fuertemente que casi le arrebató el aliento.

—Tranquila, todo saldrá bien.

Nada podía ir a mejor. No había nada bien en aquella maldita historia. Había convivido con una mujer peligrosa. Toda su vida estaba hecha de mentiras, unas que se guardaron bajo la alfombra hasta que no se había podido ocultar más.

Su mundo acababa de desmoronarse.

Un pensamiento fugaz atravesó su mente. Ahora todas las teorías podían tener sentido, porque lo más inverosímil había sucedido.

¿Y si no estaba allí? ¿Y si también había mentido con eso? Por eso no había vendido esa parte de sus tierras, porque protegía a su querido Saúl más que a su propia hija.

Se soltó del agarre de Wyatt y arrancó a correr a la desesperada hacia allí, necesitaba cerciorarse de que ese demonio del pasado no había regresado. No podía volver a vivir ese infierno nuevamente.

CAPÍTULO 37



Ver a Patrice salir despavorida lo dejó atónito unos segundos antes de seguirla. Por algún motivo ella estaba corriendo, pero no para huir de él. Después de todo lo que acababan de descubrir, solo esperaba que no fuera otra atrocidad más.

Vio como perdía el equilibrio y caía rodando al suelo, pareció no afectarle porque se levantó para seguir su carrera.

Fueron más allá del jardín de la casa, pasaron los establos y siguió corriendo como si el mismísimo Satanás la persiguiera.

Curiosamente llegaron al único trozo de tierra que la señora Piper Davis no había querido vender. Era una pequeña explanada con un par de árboles frutales muy descuidados, nada interesante.

Pero para Patrice había algo importante.

Contempló estupefacto como se lanzaba a las raíces de uno de los árboles y comenzaba a escarbar.

—¡No pienso dejarte destrozar mi vida otra vez! —gritaba sin parar.

Sacaba tierra sin cesar, lanzándola a todas direcciones.

Wyatt llegó a su lado y no se atrevió a preguntar. Ella estaba fuera de sí, como si allí abajo estuviera enterrado el peor de sus miedos. Eso le dio la comprensión necesaria como para saber que se trataba de la tumba de Saúl.

Justo cuando vio sangre en sus manos decidió que ya había tenido suficiente. La tomó con violencia de los brazos y la apartó. Patrice se negó fervientemente, pateando, gritando y blasfemando.

Necesitaba eso, cerciorarse de que el cadáver de ese hombre estaba allí.

Que las amenazas no las había escrito él.

—Tranquila, Pajarillo. Tienes que calmarte.

Pero ella no escuchaba a nadie más que a sí misma.

—¡No has podido volver! ¡No, por favor!

Lloraba desgarradoramente y pudo hacerse una idea de lo desdichada que había sido su vida durante el matrimonio.

—Ella lo quería mucho. Era su niño querido a pesar de todo lo que me hacía. La llamé muchas veces pidiendo ayuda y miró para el otro lado. Me vendieron a él como si fuera ganado. ¡Yo nunca importé!

Luchó por seguir escarbando, era imperativo detenerla antes de que pudiera sangrar más.

—¡Patrice! ¡Cálmate!

Pocas veces alzaba la voz, pero esa fue una de ellas e hizo que se detuviera en seco. Su voz dura y grave hizo que se quedara inmóvil, de rodillas en el suelo mirándolo como si fuera la primera vez que lo veía.

—¿Qué pasó? ¿Qué te hizo? —Tragó saliva—. ¿Qué te hicieron?

Ella se sentó, se secó las lágrimas y apretó la mandíbula con fuerza.

—Me hicieron creer que me quería —dijo como masticando las palabras.

Respiró antes de poder seguir.

—Saúl era el dueño del rancho más importante de Afton y se ve que en unas fiestas del pueblo se fijó en mí. Era una familia que tomaba las decisiones a la antigua así que fueron a hablar con mis padres. Él me quería y mi madre vio un buen negocio. —Hizo una mueca amarga—. Llegaron a un acuerdo. Yo me casaría con él y Saúl les pagaría un sustancioso sueldo todos los meses. Así todos salían ganando.

Se pasó las manos por el pelo como si tratase de alejar a un fantasma.

—Orquestaron un paripé, un teatro en el que él me seducía y me dejé. Caí rendida a sus pies como una tonta.

Una parte de él no quería escuchar eso. El dolor que había vivido sin poderla ayudar era demoledor.

—Nos casamos y poco después cambió. No fue de un día para el otro, fue de forma gradual. Un día un grito, otro un insulto, más adelante un empujón y, al final, lo normalizas y piensas que eres la causante de su ira.

Wyatt sintió tanta rabia que quiso desenterrarlo para matarlo él mismo. Aquel hombre merecía morir lentamente.

—Un día descubrí, de casualidad, el negocio que tenían montado. Me

enfadé mucho. Aquella noche quise plantarle cara, ensayé delante del espejo cientos de veces y para cuando dije la primera frase me dijo que ahora sabía que era comprada y eso nos ayudaría a estar mejor. Le debía lealtad y obediencia absoluta.

¿Cómo un hombre podía llegar a ese extremo de creerse dueño de alguien?

—Los meses siguientes pedí ayuda muchas veces, pero nadie me escuchó. Nadie quiso ayudarme y yo dejé que la vida pasara. Me rendí...

Patrice no era de las que se rendía, comenzaba a conocerla muy bien. Tenía un carácter fuerte, el de una guerrera.

—Un día dije <<no>> y comenzó a pegarme. Esa vez iba más en serio que otras veces, golpeaba una y otra vez buscando hacerme daño.

Miró hacia otro lado como si tuviera vergüenza.

—Logré zafarme de él y corrí todo lo deprisa que pude. Bajé al sótano, me encerré y llamé a mi padre. Esa vez se apiadó de mí.

Wyatt acarició un poco sus brazos, sabía que eso no borraba lo que había pasado, pero quería que supiera que estaba allí mismo para escucharla.

—Esperé un buen rato, a mí me parecieron horas, pero solo fueron unos pocos minutos. Saúl logró derribar la puerta, estaba tan fuera de sí que corrí a esconderme y tropecé con su escopeta.

El cowboy fue paciente, esperó los segundos que hicieron falta para que diera el paso. Sabía que, en su interior, estaba reviviendo cada momento y debía comprender lo difícil que podía resultar.

—No sé cómo pasó. Lo siguiente que recuerdo es apuntarle suplicándole que no avanzara, que me dejara en paz, que me iba con mis padres y me divorciaba. Entonces él dijo <<no puedes irte porque eres mi perra>>, arrancó a correr y disparé.

No quiso decir nada o es que no podía hacerlo.

—Mi padre llegó y me dijo que no me preocupara, que él iba a solucionarlo. Llamó al sheriff, que era un buen amigo suyo, y se deshicieron del cuerpo. Fingieron diciendo que se había ido a un viaje de placer, uno en el que había usado su avioneta y se había estrellado en el mar. —Tragó saliva—. La familia enterró un ataúd vacío sin saber que su hijo estaba a pocos kilómetros de su casa.

—¿Y la avioneta?

Patrice cerró los ojos, como si tratase de recordar todos los detalles.

—La escondieron durante meses y cuando todo se calmó mi padre y el

sheriff la desmontaron pieza a pieza. Fue un trabajo arduo, pero lograron hacerla desaparecer.

Ahora comprendía bien los motivos de Piper para no vender aquella tierra tan insignificante. De haber pretendido trabajarlas hubiera arrancado los árboles descubriendo al ex yerno.

Estaba protegiendo el secreto que habían guardado. El gran peso que llevaba sobre los hombros todo ese tiempo.

—¿Por eso te fuiste de aquí?

Asintió.

—No podía seguir. La familia nunca me lo perdonó, decían que se había ido de viaje solo porque yo era incapaz de cuidarlo. El caso es que nunca supieron que yo lo maté y me odiaron igual.

Era un relato aterrador, un recuerdo que no había esperado. Nunca hubiera podido vaticinar algo semejante. Su secreto era tan grande que debía haberle costado pronunciar las palabras en voz alta.

Él no sabía muy bien qué decir. Comprendía los motivos que la habían llevado a asesinar a ese hombre, él la había golpeado repetidas veces tratando de quebrar su espíritu. Finalmente ella logró defenderse del maltratador de su marido.

—Cuando me mudé a Detroit usé la paga de viuda para pagar mi apartamento. No tenía trabajo y necesitaba el dinero, eso me hizo sentir sucia. Era algo manchado con sangre. —Se pellizcó el puente de la nariz—. Años después, cuando tuve mejor economía dejé de usarlo, pero la vida me ha devuelto el golpe porque he gastado todos esos ahorros en las deudas de mi madre.

Piper Davis era una asesina y lo peor era que no le había importado reconocer todos sus crímenes. Por desgracia, su hija Patrice había sido un daño colateral de esa mente perversa.

Había logrado que ella acabara en manos de un hombre cruel y déspota para luego guardar un gran secreto el resto de sus días.

—Deberías llamar a la policía... —susurró Patrice.

Frunció el ceño sin comprender qué tenía que ver ahora eso.

—¿Para qué?

Ella se encogió de hombros.

—Para entregarme.

Él no estuvo de acuerdo con sus palabras y no pensaba permitirlo. Miró a

su alrededor y vio la inmensidad del campo. Justo allí había una calma pasmosa, lejos de los recuerdos, de los asesinatos y de los demonios que estaban consumiéndola.

—Yo solo veo dos árboles frutales.

—No puedes hablar en serio.

Curiosamente lo hacía.

—Si voy a entregar a mi madre yo también tengo que pagar por mis pecados.

Wyatt quiso rebatirle, había sido en defensa propia y, seguramente, ya habría prescrito. Si era cierto todo lo que estaba contando veía bien lo que había hecho para sobrevivir. Aquel hombre merecía volver a la vida para acabar en la cárcel o asesinandolo nuevamente.

—No vas a hacer nada de nada ahora mismo.

Patrice no rebatió, no tenía fuerzas para nada, así que él decidió tomar la delantera.

—Vamos a volver al rancho y vas a descansar. Guardaré las pruebas que tenemos contra tu madre.

Se acercó a ella lentamente como si fuera un animal salvaje, por suerte ella no reaccionó mal. Al final, logró abrazarla y sostenerla contra su pecho.

—Necesitas dormir muchas horas, descansar y verlo todo con algo más de perspectiva.

—Mi madre es una asesina, no hay siestas que arreglen eso.

Era cierto, pero si seguían así ella iba a colapsar. No podía permitir que irrumpiera en comisaría con todas las pruebas que acababan de encontrar. El tiempo era la respuesta en aquel caso.

—Ella asesinó a tu padre porque deseaba regresar con tu madre... —Lloró.

La rabia inundó sus venas, todavía no daba crédito con lo que acababan de encontrar. Era tan difícil de creer que necesitaba pensarlo detenidamente con toda la calma posible.

—Tranquila, Pajarillo. Vamos a hablar de esto en un rato. Ahora voy a llevarte a mi casa, te vas a duchar para quitarte ese olor a humo, vas a darle un beso a Wild por demostrar que es inocente y vas a dormir hasta que yo te lo diga.

—¿Y si no quiero?

Enarcó una ceja.

—Usaré el lazo para atarte a la cama. Sabes que se me da muy bien.

Patrice suspiró antes de dejarse caer sobre su pecho.

El cerebro era algo misterioso y maravilloso. Para evitar colapsar segregaba serotonina para inducir al sueño, descansar y no entrar en *shock*. Justo eso estaba haciendo el cuerpo de Patrice.

—Vamos a casa, Pajarillo.

Ella sonrió amargamente.

—Has dicho que sería tu mujer... Después de esto creo que se te han quitado las ganas. Te dejo los honores de meterme en la cárcel.

Wyatt la abrazó dulcemente antes de sentenciar:

—Dije que serías mi esposa y eso serás.

No podía estar más seguro de eso.

CAPÍTULO 38



—Debería ver si está bien —comentó Wyatt.

Su madre negó mientras lo instaba a sentarse en la mesa nuevamente y acabar su cena.

—Déjala un poco más. Es normal dadas las circunstancias —lo tranquilizó su madre.

Patrice llevaba en la cama casi dos días. Había pasado por cientos de estados, llanto, gritos, histeria, vuelta a los llantos, euforia. Una de las veces la habían interceptado camino a la puerta principal, estaba dispuesta a entregarse.

—Me preocupa su estado de salud.

Le había conseguido un nuevo móvil, pero estaba oculto lejos de ella, lo había hecho al poco de llegar porque Piper no paraba de llamar. No quería que la presencia de su madre la atormentara, ya bastante tenía en qué pensar.

—Tal vez deberíamos llamar a un médico. Que vengan a ver si está bien de salud —propuso Terry preocupado.

Su hermano era muy atento y era posible que tuvieran que recurrir a algún fármaco para hacerla volver.

—Dejaros los dos de tonterías. Esa muchacha ha sufrido mucho, dejad que descanse y ella sola saldrá de su habitación —les aseguró su madre totalmente convencida de sus palabras.

La miró y estudió su rostro. Tenía las ojeras muy marcadas, señal que no había dormido desde hacía muchas horas. Los había interceptado cuando él y Patrice habían regresado al rancho.

Ella, justo al bajar del coche, le había flaqueado las piernas y había caído al suelo. Él intentó ayudarla, pero solo pudo ver como arrancaba a llorar sin consuelo alguno. Se acababa de romper ante sus ojos y no había podido evitarlo.

La tomó en brazos y la subió a la habitación bajo la atenta mirada de su madre. Davis se había secado llorando durante horas, nadie la había podido detener. Se había perdido entre el dolor y el miedo hasta que cayó rendida en un profundo sueño.

¿Y él que había hecho?

Su madre necesitaba saber lo que acababan de descubrir y él no podía haberlo ocultado. Sorprendentemente no derramó lágrima alguna, dejó que la información entrara en ella y la asimiló.

—¿Crees que podrá reponerse? —preguntó Terry.

Vega se encogió de hombros.

—Lo hará, es fuerte y lo ha demostrado guardando un secreto tan grande muchísimos años. Solo necesita tiempo y que esa mujer muera de una vez.

No podían darle las pruebas a la policía sin que esta investigara y encontrase el cadáver de Saúl. Eso llevaría a la cárcel a Patrice a pesar de haber sido en defensa propia. Habían ocultado el cuerpo y obstruido a la justicia, muchos delitos de los cuales responder.

—Terry, deja de mirar el móvil o te lo voy a tirar por el retrete —amenazó su madre.

Él hizo una mueca.

—Estaba mirando el diario digital. Ha salido la autopsia de Renata.

El nombre de su amiga removi6 sus entrañas. No era justo morir de esa forma, merecían la peor de las muertes.

—Han encontrado presencia de narc6ticos en su sangre y los otros detalles se los guardan.

Era mejor as6, la familia merecía un respeto y no airear los detalles de su muerte. Era mejor dejar descansar a la pobre Renata, adem6s de reunir fuerzas para poner todos los esfuerzos en encontrar al culpable.

—Guarda el tel6fono ya y deja de remover la muerte de esa pobre chiquilla. Ahora merece estar en paz. Que el se6or la tenga en su gloria —rez6 su madre.

Ojal6 fuera as6 y que cuidara de la familia que hab6a dejado sola y desprotegida. Ahora necesitaban toda la ayuda del mundo.

Terry estuvo a punto de soltar el móvil cuando vio una última noticia que acababan de publicar.

—¡No! —exclamó completamente enfurecido.

Vega dio un golpe seco en la mesa.

—¡Terry Miller, vas a comerte el móvil si sigues así!

Wyatt quiso mediar entre ellos, no necesitaba una batalla campal porque su hijo estaba rebelde. Se levantó para arrancarle el móvil de las manos cuando vio las lágrimas recorrer las mejillas de su hermano.

Esa no era una reacción lógica. Tomó el móvil y leyó la noticia.

—Santo cielo... —alcanzó a decir.

—Me estáis asustando— dijo su madre llevándose las manos al pecho.

Wyatt necesitó leer la noticia tres veces antes de poder comprender las palabras que estaban allí escritas. La abrió para conocer los detalles y le recorrió un escalofrío de los pies a la cabeza.

—Carrie ha muerto.

Era la farmacéutica de la que Terry estaba enamorado.

Su madre negó con la cabeza.

—Dime que ha sido de forma natural.

Negó con la cabeza. Por desgracia no había sido así. Se había cometido otro atroz crimen como el de Renata. Tenían a un asesino en serie en el pueblo y no había mujer que estuviera segura mientras siguiera suelto.

—La han violado y asesinado a puñaladas.

Terry abandonó el comedor entre gritos y llantos. Su madre quiso detenerlo, pero no fue capaz, el dolor era tan fuerte que prefirió dejarlo marchar para llorar todo lo que necesitase.

—Este pueblo está maldito. En menos de una semana han pasado demasiadas desgracias. Dios la tenga en su gloria.

Esperó lo mismo, pero también que Satanás le tuviera preparado un sitio de honor al asesino porque iban a enviárselo pronto. Esperaba que lo encontrasen pronto y que se le aplicara la pena capital.

Le dio el teléfono a su madre para que pudiera leer la noticia completa y se alejó un poco para buscar en la vitrina, justo donde había escondido el teléfono de Patrice.

Frunció el ceño al descubrir que tenía casi medio centenar de llamadas perdidas de dos números distintos. Un par de docenas eran del día anterior de Piper, pero el resto eran de un número que no tenía registrado.

Un mal presentimiento le encogió el corazón.

—¿Qué apuestas que lo peor está por llegar? —preguntó al aire como si estuviera hablando con alguien.

Marcó el teléfono y llamó a quien buscaba a Patrice con suma urgencia. Descolgaron a los pocos tonos.

—¿Señorita Davis?

Era la voz del doctor que había hablado con ella al salir de ver a la madre de su mujer.

—No, soy Wyatt Miller. La señorita Patrice se encuentra indispuesta estos días, pero irá en cuanto mejore un poco.

Un silencio incómodo llenó la línea.

—Me temo que eso no va a ser posible. Hemos tratado de contactar con la señorita Davis para comunicarle el fallecimiento de Piper. Anoche sufrió un fallo multiorgánico y no pudimos hacer nada para ayudarla.

El mundo no podía ser más cruel que en aquellos momentos.

—Necesitaríamos que la señorita Patrice se personara en el tanatorio para comunicar qué hacer con su madre.

Esa noticia no iba a ser buena y él no quería dársela, pero parecía que no iba a tener opción alguna.

—Por supuesto, deme un par de horas y estaremos allí.

—De acuerdo, muchas gracias. De parte de todo el equipo médico queremos transmitirle nuestro más sentido pésame.

No pudo articular palabra por mucho que lo intentó. El médico colgó sin esperar respuesta y él se quedó con un teléfono pegado a la oreja intentando mantener el control.

—Hijo, ¿estás bien? Te has quedado pálido.

Su mente seguía dándole vueltas y vueltas a la noticia. En menos de diez minutos había conocido la noticia de las muertes de dos personas. Y él iba a ser portador de malas noticias cuando subiera a hablar con Patrice.

—¿Wyatt?! —preguntó preocupada.

Él se aclaró la garganta antes de intentar hablar.

—Su madre falleció anoche. Un fallo multiorgánico.

Vega, que acababa de ponerse en pie, se dejó caer a la silla con todo su peso provocando que esta crujiera.

—Al fin el demonio se la ha llevado. Que allí pague por cada uno de sus pecados el resto de la eternidad —sentenció.

Wyatt no pudo estar más de acuerdo, sin embargo, subir las escaleras y afrontar la noticia iba a ser difícil.

—Quiere que Patrice vaya a ver qué se hace con el cuerpo de su madre.

—Esa chiquilla no merece sufrir tanto.

Estaba de acuerdo con esa afirmación, sin embargo, nadie podía librarla de esa noticia. Su madre había sido una asesina y un monstruo, pero, en el fondo, seguía siendo la mujer que la había llevado en su vientre.

—Tengo que subir a hablar con ella.

—Señor, haz que esa chiquilla levante cabeza pronto— rezó Vega Miller.

CAPÍTULO 39



Patrice supo que Wyatt traía una mala noticia con solo mirarle a la cara. Estaba tan pálido y desencajado que se imaginó lo que estaba a punto de explicarle. Cruzó los dedos inconscientemente para que todo fuera una farsa.

El vaquero se quitó las botas y se metió en la cama a su lado. La abrazó dulcemente antes de darle un profundo beso. Ella respondió con pasión, ambos se necesitaban el uno al otro.

—Gracias por cuidar de mí —dijo Patrice.

Él suspiró con pesar.

—Pajarillo, tengo algo que decirte.

Lo miró a sus hermosos ojos azules y fue como mirar un océano enfurecido. Él era sumamente guapo, la atraía de tal forma que no era capaz de explicar. Y agradecía de todo corazón el cariño recibido esos días, además de los cuidados que le había brindado.

—Suéltalo y ya está —dijo sin más.

Estaba convencida de que nada podía ser peor que lo que habían descubierto entre los restos de su casa. Ya se había desnudado en cuerpo y alma a ese hombre, no había secretos entre ellos; lo que la dejaba en paz a pesar del dolor.

—Me han llamado del hospital.

No había querido ir a verla en esos días, le faltaba el valor suficiente para plantarle cara. Tal vez en unos días estaría preparada para ello.

—¿Les has dicho que iré en cuanto pueda? No tengo ganas de verla.

Wyatt entrecerró los ojos con cierto pesar. Eso la preocupó.

—No pasa nada si no se lo has dicho, puedo llamarles yo.

No habían hablado del tema y era normal que el *cowboy* no supiera que decirle al equipo médico. A ella no le costaba llamar para notificarles que no estaba atravesando un buen momento y que iría en cuanto le fuera posible.

—Pajarillo... Yo no quiero decirte esto.

Su preocupación era tan magnánima que sintió su propio dolor en el pecho.

—Me estás asustando.

¿Su madre habría contado la verdad a todos? ¿Todo Afton sabría los secretos que había guardado tantos años?

—Tu madre falleció anoche. El médico me ha dicho que hicieron todo lo posible, pero que no pudieron salvarla.

Patrice se quedó congelada unos segundos.

—¿Tienes mi móvil? Debo decirles que iré a verla en cuanto me encuentre mejor. Que ahora mismo no puedo hablar con ella.

Wyatt se sorprendió con su respuesta. La tomó por los codos y la obligó a mirarle. Estaba muy preocupado por ella, la miraba como si acabara de enloquecer allí mismo o le hubiera surgido otra cabeza.

—Patrice, tu madre ha muerto. No puedes hablar con ella.

Sin embargo, se levantó y fue a por su ropa.

—Sí, lo mejor será que vaya y hable bien con ella. Tenemos muchos temas que tratar.

Wyatt saltó de la cama para barrerle el paso. El pobre hombre no sabía como lidiar con la situación y nadie podía culparlo por eso. Era algo muy extremo que pocos sabrían tratar.

—Pajarillo, escúchame bien, está muerta. No va a volver, ¿entiendes? —Hizo una pausa dramática—. No puedes hablar con ella.

A pesar de que no lo parecía, Patrice era consciente de las palabras que Wyatt le transmitía, pero le resultaba tan perturbador que no quiso creérselo. Su mente se acababa de quedar en blanco.

Intentó soltarse para buscar su ropa, le pidió permiso para seguir con sus intentos estúpidos de vestirse y no lo consiguió.

—Wyatt, quiero vestirme. Seguro que es una broma de las tuyas.

—Escúchame de una maldita vez. Está muerta, no puedes hablar con ella. Me ha llamado su médico y es real. Tu madre ya no está.

Patrice tomó un par de respiraciones antes de sentarse en el suelo. Era real, su madre había fallecido.

Debía estar contenta, había ido a Afton a acompañarla en sus últimos meses deseando que llegase pronto el día para volver, pero lo cierto era que no estaba preparada para algo semejante.

—Mientes... —susurró acusando a Wyatt.

Él no se sorprendió, solo la miró con mucha paciencia y esperó. ¿A qué? A que se desbordase y dejara salir todo lo que se estaba arremolinando en su interior. Como una tormenta tropical que se convierte en huracán.

—¡Mientes! —bramó empujándole el pecho.

El vaquero lo tomó con tranquilidad y una paz tan perturbadora que quiso arrojarle algo a la cabeza.

—No miento, el médico me lo ha notificado.

Negó con la cabeza enfurecida.

—¡No! Eso no. —Sorbió por la nariz—. ¡Me dijiste que todo iría bien, pero no ha sido así! ¡Me has mentido!

Quiso gritar, llorar y golpear lo primero que tuviera a mano. Necesitaba descargar todo ese dolor que amenazaba con acabar con ella. Temblaba, lloraba y reía a partes iguales.

Sí, acababa de enloquecer.

No podía seguir acumulando dolor dentro de sí. Necesitaba sacarlo, arrancarse el corazón y estrujarlo hasta que dejara de latir. No podía seguir sufriendo tanto dolor o iba a enloquecer.

Patrice se levantó y miró a su alrededor, necesitaba salir de allí de una forma u otra.

—Pajarillo, comprendo tu dolor.

Rio amargamente.

—No tienes ni idea de lo que siento ahora mismo. No sabes lo que es estar en mi lugar, nadie puede.

Estaba furiosa.

Ella había tenido la desfachatez de morirse sin darle la opción de hablar. ¿Cómo se había atrevido? ¿Cómo podía haber muerto sin verla una última vez?

Era su culpa, ella se había quedado llorando en la cama durante días mientras su madre se consumía en una cama de hospital. No había reunido el valor suficiente como para ir y mirarle a los ojos.

Era una culpable lamentable.

Y lloró como nunca antes había hecho, desnudó su alma dejándola salir y

retozar en el suelo como un niño pequeño teniendo un berrinche. Necesitaba salir de sí misma y olvidarse de todo.

No quería su vida, no quería su cuerpo y mucho menos su apellido. No podía ser hija de ese monstruo. Ella jamás iba a volver y lo que siempre creyó no sucedió. No estaba feliz, estaba terriblemente herida, hasta el punto de creer morir.

Lloró durante largos minutos justo hasta que una gran bofetada la hizo regresar a la realidad.

Parpadeó un par de veces hasta que sus ojos pudieron focalizar. La imagen de Vega Miller apareció ante sus ojos. Frunció el ceño confusa, no lograba comprender sus motivos para golpearla.

—No quiero ni una lágrima más. No se lo merece.

—Era mi madre... Y ya no tengo, yo quería que llegase el momento, pero duele tanto.

Esa era una realidad tortuosa. No podía amar a alguien como ella, pero se sentía ligada moralmente al vínculo materno. Uno que no había roto a pesar de todo. Necesitaba hablar con ella y aclarar todo lo ocurrido.

—Claro que tienes madre, yo lo seré. Yo puedo quererte más que ese monstruo.

Se quedó perpleja ante las palabras de la señora Miller.

—Pero...

Aquella señora levantó un dedo, parecía muy severa con su semblante pétreo.

—No quiero ni un comentario al respecto. Ahora mismo vas a ducharte, vestirme y vamos a ir al tanatorio para ver qué hacemos con los restos de esa señora.

Asintió. Tuvo la sensación de que si se negaba iba a ser muy dura con ella.

—No vas a permitir que esa señora apague tu espíritu. Se fue, que era lo mejor que podía pasarte. Eres libre ahora, cariño, aunque no lo veas.

¿Libre?

Ella se sentía tan mal que no fue capaz de verlo así.

CAPÍTULO 40



—¿Dónde se ha metido esta chiquilla? — preguntó Vega.

Wyatt alzó la cabeza, estaba entretenido tratando temas de contabilidad, pero elegir el comedor no había sido su mejor idea del día. Su madre llevaba hablando sin parar cerca de una hora y amenazaba su cordura.

—Ha ido a la tumba de su madre a llevarle flores —explicó por séptima vez.

Su madre suspiró tan pesadamente que casi notó su aire en la nuca.

—Esa mujer no se merece ni estar en campo santo.

Estaba de acuerdo con ella, pero no iba a ser él quién se lo dijera a Patrice. Si necesitaba estar cerca de Piper no iba a impedirselo.

Hacía dos días que habían recibido la fatídica noticia. A Patrice le había costado aceptar que su madre se había marchado para siempre, dejándola libre de todo.

No estaba siendo un proceso fácil, se había deshecho cientos de veces, entre mil lágrimas y gritos, suplicando al cielo que la hiciera volver. Se habían dejado una conversación pendiente y no la culpaba por quererla.

Al fin y al cabo, era una madre a pesar de sus pecados. Davis seguía necesitando cortar ella misma ese lazo que las unía en vez de la muerte.

El día del entierro había hecho caso a su madre Vega y no había derramado una sola lágrima. Se negó a permitir que el dolor le hiciera daño. Aguantó estoicamente como todo el pueblo le daba el pésame; uno por uno había ido turnándose para tocar y hablar con la muchacha.

Sin embargo, la noche fue sido terrible.

Patrice se había escabullido para escaparse de la casa y meterse en el establo con Wild. El caballo parecía tener una conexión especial con ella. Allí había derramado tantas lágrimas que podía haber llenado un océano con ellas.

Nadie la molestó pero tanto su madre, como su hermano y él la habían vigilado de cerca.

Casi rozando al amanecer se había dormido abrazada al caballo. Allí habían aprovechado para llevarla a la habitación y dejarla descansar.

Nadie le iba a reprochar nada, todas sus reacciones son normales.

Alguien carraspeó y provocó que llamara su atención. Alzó la vista para encontrarse a una hermosa Patrice en el marco de la puerta.

—¿Podríamos hablar un momento? —preguntó tímidamente.

Su madre se apresuró a irse entendiendo que era una conversación entre ellos.

—Pasa y toma asiento, por favor.

Patrice hizo lo que le acababa de pedir. Agradeció a su madre el detalle de irse sin tener que pedírselo y se sentó en la silla más próxima a él. Su perfume floral le arrancó una dulce sonrisa.

—Vengo a agradecerte todo lo que habéis hecho por mí.

Wyatt inclinó la cabeza.

—Sabes que ha sido un enorme placer, todos lo han hecho de corazón.

Asintió dándole la razón, pero, de una forma extraña, ella necesitaba decirle algo que supo que no le iba a gustar.

—Me marchó.

Él no reaccionó.

—¿Me has escuchado?

Asintió antes de contestar.

—Perfectamente.

Patrice lo miró interrogativamente, no comprendía cómo podía estar tan tranquilo.

—Pues eso, voy a ir a despedirme de Josh y de Ángela. Después iré a la estación para buscar un tren que me lleve al aeropuerto.

Wyatt contuvo la respiración antes de apoyar su rostro entre sus manos. Sonrió ampliamente.

—Tú todavía no te has enterado, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza así que decidió proceder a explicar todo lo que

llevaba dentro. Al fin había llegado su turno. Llevaba días esperando poder transmitir lo que tenía en su mente.

—Eres mi mujer, aunque no sea legalmente. Te eché el lazo, algo que no había hecho jamás con otra. Así pues, aunque tú no lo veas vas a casarte conmigo porque estás loquita por mí.

Y se obró el milagro, ella logró sonreír.

—Estás loco —suspiró.

—No estoy de acuerdo contigo —contestó encogiéndose de hombros—. Tenemos esa atracción, esas ganas de conocernos. ¿La vida no nos está dejando? No importa porque yo supe que te quería al poco de conocerte.

>>Te he perseguido por todo Afton tratando de cortejarte sin que te dieras cuenta. Sé que no estabas en tu mejor momento, pero vas a quedarte aquí y vas a permitir que te devore en algunos de nuestros juegos nocturnos.

Su risa sonó como música para sus oídos.

—Te quiero y son dos palabras que lo significan todo. Quiero que te quedes en este pueblo de mierda y darte la oportunidad de ver que puede ser mucho mejor que lo que recuerdas.

Patrice negó con la cabeza, pero eso no le importó; siguió hablando.

—Quiero ser yo quien te de el primer beso en la mañana y el último por la noche. Quiero cuidarte cuando estés enferma y disfrutarte cuando estés sana. Y también deseo sostenerte entre sueños el resto de mis días. Si te vas de aquí te perseguiré hasta donde se te ocurra marcharte. No dejaré ni un maldito trozo de mundo sin recorrer para traerte de vuelta.

>>Soy tuyo y no me importa que no me reclames nunca porque eso no cambiará que soy parte de ti. Te quiero y me gustaría poder decírtelo todos los días de mi vida.

Patrice contuvo la respiración casi sin ser capaz de asimilar lo que le estaban diciendo. Su mente trataba por todos los medios de comprender sus palabras, intentar buscar un significado oculto que no existía. Al fin alguien la amaba.

Se había cerrado en banda toda su vida y ahora tenía alguien que la quería como siempre la habían tenido que querer.

El amor era algo del que se creía excluida, así que, era toda una sorpresa saber que aquel hombre sentía algo por ella.

—¿Cómo puedes quererme?

—Porque eres increíble y no solo por la fuerza que me has demostrado

estos últimos días. Por tu risa, tu pelo, tus labios, tu voz... por todo y por mucho más. Y después de ser el príncipe azul que tanto no querías que fuera espero que te quedes conmigo.

Sí, él tenía síndrome de príncipe y debía reconocer que eso le gustaba mucho más de lo que hubiera imaginado jamás.

No obstante, quedarse allí era una terrible opción. Aquel lugar tenía tantas cosas de ella que no se veía capaz de avanzar.

Pero no estaba todo perdido. La familia de Wyatt la habían acogido como una más, llevaba esos días entre algodones, mimada y cuidada hasta el punto de hacerla sentir culpable. Temía haberse convertido en un mueble para aquella gente.

—Puedes pensártelo el tiempo que necesites. Quédate aquí en otra habitación y lo hablamos más adelante, pero si decides irte saca un billete para mí también porque pienso seguirte a donde quiera que vayas.

Patrice suspiró antes de frotarse los ojos para evitar llorar, no quería ser bautizada como la llorona oficial del pueblo.

—No puedes quererme.

—Pues lo hago —contestó sin más.

Era simple, la amaba.

Antes de que el pobre *cowboy* se desmayara decidió abrazarlo fuertemente. Sí, no era un misterio que lo necesitaba a su lado. En todo ese tiempo había sido un gran apoyo, no la había abandonado jamás y había entrado en su corazón como nunca antes lo habían hecho.

Le estaba demostrando la definición de amor sin dolor y cuidaba de ella como si fuera alguien excepcional en su vida.

—No me merezco tu amor, soy una asesina.

Wyatt acunó su rostro.

—No te equivoques, no eres Piper Davis. Lo hiciste en defensa propia y no podía estar más orgulloso de ti. Eres la mujer más fuerte que conozco y has luchado contra toda esa mierda que tenías sobre los hombros sin hundirte. Y si crees que no te lo mereces te aguantas porque voy a seguir queriéndote.

Rio levemente.

—Eres tonto.

Wyatt la sentó sobre su regazo y dejó que ella lo envolviera con sus brazos.

—Vale, lo acepto, pero haz a este tonto feliz diciéndole que te quedas y si encima le regalas un beso no sé cómo va a reaccionar.

Tardó unos angustiosos segundos antes de asentir y besarlo.

—Te quiero mi príncipe azul.

Wyatt la besó, no de forma voraz, esta vez quiso recrearse en ello. La saboreó con todo el amor del mundo, tomándola y acariciándola por todo el cuerpo mientras sus lenguas dibujaban círculos.

—¡YEEH-HAW! ¡Tengo nuera! —gritó Vega desde el pasillo.

Ambos dieron un respingo y arrancaron a reír. Esa felicidad era contagiosa, ahora tenía una familia que la amaba y eso no podía quitárselo nadie.

CAPÍTULO 41



La fiesta de cumpleaños de Vega Miller era todo un espectáculo al que estaban todos invitados.

Patrice Davis estaba sorprendida por la cantidad de gente que había en el rancho preparados para la celebración. No sabía que era algo tan importante para ellos y lo felices que estaba todo el mundo.

—Dan trabajo a mucha gente, esta es su manera de agradecerse lo —explicó Josh a su lado.

Asintió. Comprendía los motivos, pero decidió añadir algo más.

—Son buena gente.

—Claro, ¿qué vas a decir tú?

Ambos rieron.

—¿Estás mejor? —preguntó visiblemente preocupado.

Muchos lo estaban, por suerte empezaba a ver que Afton no era el infierno que recordaba. Estaba repleto de buena gente que se preocupaba por ella. Allí había conocido al fin una familia y la definición de amor.

—Sí, gracias.

—Si mientes, Ángela te tendrá fregando platos hasta que pierdas las huellas dactilares.

La vio capaz de ello, la cocinera estaba hablando con alguno de los invitados y se escuchaba su voz desde lejos. Era fácil encontrarla por su volumen y su precioso acento sureño.

—Patrice, me gustaría comentarte algo... —empezó a decir Josh.

De soslayo vio pasar a Wyatt pendiente del teléfono. Se disculpó con Josh

y fue en busca de su vaquero. Quería saber qué era lo que hacía que su semblante mostrase preocupación.

—¿Todo bien?

—No consigo contactar con Sora y Candace. Ya deberían estar aquí y temo que se haya puesto de parto.

Candace estaba a punto de salir de cuentas, no le sorprendería saber que podía estar dando a luz, no obstante, que ninguno de los dos no cogiera el teléfono la preocupó.

—Si quieres podemos ir a ver si están bien.

Esa idea le gustó. Asintió antes de verse asaltado por un par de trabajadores que necesitaban que se personase inmediatamente.

—Tranquilo, ve. Yo me acerco en un momento.

Wyatt dudó.

—¿Estás segura?

Asintió sonriente.

—Claro, ve y encárgate de lo que sea. Viven cerca, te llamo y te digo algo.

No estaba muy contento con dejarla ir sola, pero tuvo que aceptar a regañadientes. Le dio un casto beso en los labios y la dejó marchar, no sin antes decirle que llevara mucho cuidado en la carretera.

Era tan dulce que no podía evitar derretirse.

Él le tendió las llaves de su ranchera, le gustaba conducir ese coche porque la hacía sentir fuerte. Su motor rugía como un tigre y era capaz de subir por caminos que su pobre utilitario era incapaz.

Fue a casa de Sora muy nerviosa. Si el pequeño estaba de camino esperaba que ya hubieran salido hacia el hospital para que pudieran atenderla como se merecía. El bebé iba a ser un hermoso niño que iba a llenar el rancho de travesuras y ella se moría de ganas.

Llegó a su casa y aparcó. Se aproximó a la puerta y llamó al timbre, nadie contestó así que decidió llamarlos al móvil. Curiosamente sintió el tono de llamada sonar en el interior de la vivienda y frunció el ceño, Sora vivía pegado a ese artilugio como casi el ochenta por ciento de la población mundial.

—¿Hola? Sora soy Patrice, vengo a ver si estáis bien.

Nadie contestó.

Golpeó con la mano la puerta para ver si la escuchaban y descubrió que la puerta estaba abierta. Era algo muy habitual en ese pueblo, pero la sorprendió.

¿Se habrían ido al hospital olvidándose de cerrar con llave?

Entró y no vio a nadie.

—¿Candace? ¿Estás aquí?

Un crujido en el piso de arriba la preocupó.

—¿Estáis arriba? ¿Estáis de parto?

Buscó los escalones que comunicaban con el piso de arriba y comenzó a subir. Su corazón iba a mil por hora, no conocía aquella casa, además que no le gustaba estar a solas.

Cuando subió el último escalón vio un largo pasillo y la habitación del fondo era la más grande, así que dedujo que era la principal.

—¿Hola?

Comenzó a caminar lentamente, presa del miedo. ¿Por qué estarían callados si ella había escuchado pasos?

—Pon las manos en la nuca y camina muy lentamente.

La voz de Sora la asustó hasta el punto de dar un grito aterrador y un salto en el aire. Se llevó las manos al pecho antes de arrancar a reír.

—Menudo susto me has dado, ya no somos niños pequeños para que me hagas esto.

Giró sobre sus talones y se congeló al instante. No era un juego, él la estaba apuntando con una escopeta. Frunció el ceño tratando de entender lo que estaba ocurriendo y no encontró respuesta alguna.

—¿Qué...?

—Haz lo que te digo ahora mismo.

No le quedó más remedio que obedecer, subió ambas manos y las escondió tras la cabeza tal y como él le había pedido.

—Ahora camina y entra en la habitación principal.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó aturdida.

Él puso el cañón del arma en su frente y la empujó instándola a caminar. Patrice obedeció a trompicones, se giró y caminó tambaleándose hacia donde le había pedido.

Su mente daba muchas vueltas sin llegar a dar explicación a lo que estaba ocurriendo.

Cuando atravesó el umbral de la habitación se encontró a una muy embarazada Candace atada a la cama de pies y manos. La pobre mujer llevaba una mordaza en la boca mientras lloraba agónicamente.

Esa imagen la detuvo en seco, pero Sora la empujó hasta obligarla a

sentarse en una silla. Cuando lo consiguió tomó unas cuerdas restantes que quedaban en el suelo y la ató muy fuerte a la madera donde estaba sentada.

—¿Qué está pasando? ¿Candace, estás bien? —preguntó Patrice aterrorizada.

Su amigo Sora caminó hasta entrar en su campo de visión. Su semblante era tan serio y frío que no reconoció al hombre que tenía ante sí. Fue hacia la cama y se sentó al lado de su mujer. Justo ahí, posó una de sus manos sobre la barriga de ella provocando que sollozara.

—¿Qué es todo esto, Sora? ¿Por qué le haces esto a tu mujer? —preguntó incapaz de creer que se trataba de un juego sexual.

Sora chasqueó la lengua.

—Mi querida esposa encontró en un cajón unas braguitas que no eran tuyas. Lleva semanas preguntándome por ellas hasta que ha encontrado el colgante de Carrie en el segundo fondo de la cajonera. Mi secreto ha salido a la luz y he tenido que confesar.

Las palabras entraron en su mente de una en una, como si fuera incapaz de asimilar lo que le estaban explicando.

—¿Y por qué tienes algo de Carrie?

Sora la miró ofendido.

—Por el mismo motivo que guardo alguna joya de todas las demás. Para recordar mis momentos de gloria.

Patrice jadeó expulsando todo el aire de sus pulmones. No podía creer la imagen que acababa de dibujarse ante sus ojos. Sora no podía ser el asesino que llevaban meses buscando.

—¿Tú mataste a esas mujeres? —preguntó vacilante.

Su amigo asintió orgulloso.

—Matar es una palabra muy fea. Yo prefiero decir que las he conservado hermosas para siempre. Porque lo eran, muy bellas y no vieron venir lo que les iba a hacer.

Agitó su cabeza tratando de aclarar su mente.

—Tú no eres así... —susurró.

Él se levantó y le dio un fuerte bofetón que provocó que el oído le pitase fuertemente. La mandíbula comenzó a palpar a causa del dolor, pero se negó a llorar, aunque tuviera muchas ganas.

—Tú no me conoces, ¿recuerdas? Te fuiste de aquí hace diez años tras matar a tu querido Saúl.

La sorpresa golpeó su rostro haciendo que él arrancase a reír a carcajada llena. Estaba disfrutando con todo aquello.

—¡Oh, sorpresa! El bueno de Sora sabe tu secretito.

Su risa le produjo náuseas y escalofríos. Seguía sin creerse que fuera rehén del hombre del que había sido su amiga durante muchos años. Le habría confiado su vida y ahora veía lo muy equivocada que estaba.

—¿Cómo puedes saberlo?

Ya no iba a esforzarse en esconderlo.

—Un día me encontré a tu mami un poco bebida sobre la tumbita de tu papi. Fui a hacer mi buena obra del día llevándola a casa y durante el trayecto se le escapó la lengua. Me explicó tu secreto, sus pecados y muchas cosas interesantes.

Hizo una pausa para besar a su mujer, ella gimió entre lágrimas.

—Y como soy un caballero, quise igualar el marcador. Le expliqué algunos de los míos con la amenaza de que si lo contaba ella iría a prisión por todo lo que había hecho.

No podía creer lo que estaba escuchando, debía ser una broma de muy mal gusto porque no daba sentido a sus palabras.

—Forjamos una bonita amistad, pero decidiste volver al pueblo para cuidar a la enfermita. Y vi mi oportunidad.

Sora hablaba con una sonrisa de oreja a oreja, una que le producía ganas de vomitar.

—Siempre me habías puesto muy perro, necesitaba follarte con mucha urgencia, pero tu madre se lo imaginó y me amenazó con contar a la policía lo que sabía de mí si lo hacía.

Patrice solo parpadeaba y si respiraba era porque su cuerpo lo hacía de modo automático.

—Y decidí torturarte con Saúl, un incendio en los establos, unas pintadas en el restaurante de Josh y tú estarías lo suficientemente asustada como para venir a llorar a los brazos de tu gran amigo. Lástima que el *cowboy* de mi jefe se interpuso, siempre pegada a él como una lapa.

Aprovechó su silencio para preguntar.

—¿Tú eres el de las amenazas?

La sorpresa golpeó su rostro antes de arrancar a reír.

—Esa vieja perra... Pagué una gran suma de dinero para que me dejara follarte bien rico. La única condición fue dejarte con vida. Lo que no sabía es

que ella había tratado de asustarte para hacerte huir. Vieja zorra astuta, ganó tiempo para que te fueras.

Se levantó provocando que se echara a temblar, cosa que no le importó lo más mínimo. La tomó de la barbilla y la besó duramente, le mordió el labio tan duro que gritó en su boca al mismo tiempo que sangraba.

Sora la soltó orgulloso con su obra mientras el labio de Patrice sangraba a borbotones.

—Con lo que no contaba tu madre es que su enfermedad se la iba a llevar pronto. Y mi día de suerte estaba por llegar. Vamos a jugar mucho antes de que te mate, porque estoy deseando meterme en tu coño calentito.

Patrice miró a Candace.

—¿Y tú mujer? ¿Qué piensas hacerle?

Sonrió y le dio unas leves palmaditas en su vientre.

—Diré que el violador la asaltó y para cuando llegué a casa ya estaba muerta. Yo, valientemente, cogí un cuchillo y le saqué a mi hijo de sus entrañas para salvarle la vida. Seré un héroe.

Patrice quiso escupirle a la cara.

—¿Y qué explicación darás cuando me encuentren?

La mente de Sora trabajaba rápidamente.

—Tú viniste a buscar a Candace y estaba el violador así que decidió tener un <<*menage a trois*>> con vosotras para mataros después. Yo os encontré sin vida después. El pobrecito Sora destrozado.

Reprimió el impulso de insultarlo para no enfurecerlo ya que él tenía la sartén por el mango.

—Me pregunto si tu principito azul llorará mucho al perderte. Es una lástima, te tendría que haber vigilado más.

Sora se levantó y fue hacia la mesita. Rebuscó en el primer cajón para acabar sacando un preservativo que le enseñó. Fue hacia ella y puso su entrepierna a escasos centímetros de su cara, al final la aplastó contra su mejilla riendo.

—¿Notas lo duro que me pones? Vas a disfrutarlo mucho, ya verás.

—¿Cómo puedes ser así? —preguntó entre lágrimas.

Sora rio restregándose en su cara.

—No sé, algún gen recesivo de esos o simplemente me gusta la fiesta. Calla y dime que me la vas a chupar, anda.

Patrice apretó los labios. No iba a decírselo jamás.

CAPÍTULO 42



A Wyatt le sorprendió encontrarse su coche aparcado en casa de Sora, hacía cerca de una hora que se había ido Patrice y no había dado señales de vida. El teléfono estaba apagado, así que decidió acercarse para ver qué estaba ocurriendo.

Curiosamente se encontró la puerta de la casa abierta. Corrió hacia el coche de su hermano, que se lo había dejado, y tomó una pequeña arma que guardaba en la guantera y un lazo. Entró con sigilo temiendo que hubieran entrado a robar.

Recorrió el piso de abajo buscando algún tipo de pista y no vio a nadie. Un ruido fuerte acompañados de unos sollozos le indicaron que alguien estaba en el piso de arriba.

Subió los escalones muy lentamente, como si su intuición le dijera que algo malo estaba ocurriendo allí arriba.

De pronto escuchó unas voces.

—No tienes que hacer nada de esto. Vas a ser padre, tu vida es idílica y el Sora que yo conozco no es así.

Era Patrice y estaba sollozando.

La rabia inundó sus sentidos, aquel hombre tenía retenida a su mujer e iba a pagarlo caro. Nadie hacía algo semejante y se iba de rositas.

—¿Qué no soy así? ¡Tú no sabes nada de mí! Huiste de aquí como una perra miedosa y nos dejaste tirados como si fuéramos basura. ¡Ni una llamada! Y después de diez años regresas aquí como si nada.

Wyatt estaba tras la puerta y por una rendija pudo ver a la pobre Candace

atada en la cama.

—Estás tan buena que estoy seguro que lo vamos a pasar muy bien, al menos yo pienso disfrutarlo mucho.

Él estaba restregándose contra su cara mientras la tomaba del pelo. Wyatt se enfureció, aquel hombre iba a pagarlo caro, aunque lo primero era liberar a esas mujeres sin que sufrieran ningún daño.

—¿Ya te has acostado con el bueno de Miller? Todas van loquitas por él, pero tú has sabido echarle el lazo.

Sora tomó un cuchillo, soltó a Patrice y la amenazó con él. Logró que se levantara de la silla para después tumbarla en el suelo. Utilizó una de las cuerdas cortadas para atarle las manos a una de las patas de la cama.

Ella estaba aterrorizada y llorando. Pestañeaba tratando de parar las lágrimas que manchaban su rostro incontrolablemente.

Candace gimió fuertemente, lo que llamó la atención de Sora. Fue hacia ella mientras Patrice se retorció buscando una escapatoria.

Wyatt trató de llamar su atención moviéndose en la rendija de la puerta por la que miraba y lo consiguió. Ella se sorprendió mucho al verle y negó con la cabeza. Le dio señales con sus manos, de las cuales, solo comprendió que huyera de allí.

No pensaba hacerlo.

Tomó el móvil y mandó un mensaje a su hermano dándole la ubicación y la palabra socorro. Eso debería bastar para hacer sonar la alarma.

—Fíjate, voy a ser padre. Ha roto aguas, que buena noticia, ¿verdad?

Vio que Patrice se había movido y eso lo enfureció. Propinó un sonoro puñetazo a Davis provocando que golpeará el suelo con la cabeza contundentemente. Eso lo enfureció tanto que Wyatt no pudo pensar en un plan, abrió la puerta y se abalanzó sobre Sora sin que este tuviera tiempo a reaccionar.

Forcejearon duramente, logrando arrebatarse el cuchillo que llevaba propulsándolo lejos de ellos. Sora tenía un buen gancho ya que le propinó uno que lo aturdió levemente antes de poder darle una patada en la mandíbula.

Eso lo desestabilizó y tiró al suelo, lo que aprovechó para tomar el arma de Terry, la cual llevaba escondida en el cuerpo, y apuntarle con ella.

—Quieto, Sora, no me obligues a matarte.

Él sonrió ampliamente antes de mostrar las palmas de las manos. Lo miró detenidamente y fue incapaz de reconocer al trabajador que llevaba trabajando

para él ocho años.

El hombre que tenía ante sí era el perturbado que llevaban meses buscando.

—¿Cómo es posible? —preguntó aturdido.

Sora se encogió de hombros.

—Soy un hombre discreto.

Era un monstruo, el que había matado a Renata y su bebé.

—Asesinaste a mi amiga, estaba embarazada. Ninguna se merecía todo lo que les hiciste.

Sora no pensaba lo mismo y lo rebatió duramente.

—¡Por supuesto que sí! ¡Todas se lo merecían!

—¡WYATT!

El bramido de Terry hizo que se despistara dos segundos. Los mismos que aprovechó su trabajador para coger el cuchillo que le había arrebatado segundos antes y se debatiera sus opciones.

—Si tanto la quieres pienso quitártela —dijo antes de lanzarse sobre Patrice.

Wyatt abrió fuego descargando todas las balas del tambor en su cuerpo. Los disparos impactaron todos entre su estómago y su pecho haciendo que cayera sobre Davis sin vida alguna.

Ella, presa del miedo, comenzó a gritar.

Él corrió a sacárselo de encima. Hizo rodar el cuerpo sin vida de Sora por el suelo hasta dejarlo tendido lo más lejos posible de las mujeres.

Con desesperación soltó las cuerdas que ataban las muñecas de Patrice y esta se abrazó a él entre sollozos.

—Ya está, ya pasó todo.

Terry y Josh irrumpieron en la habitación quedándose petrificados ante dantesca imagen que quemaron sus ojos. Por suerte su hermano reaccionó a tiempo y corrió a soltar a Candace, la pobre mujer lloraba sin consuelo alguno mientras las contracciones la doblaban de dolor.

—Ahora viene la ambulancia —anunció su hermano.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Josh acercándose a ellos.

Patrice seguía abrazada a él como si fuera su salvavidas en un mar embravecido. No conseguía calmarla y tampoco la culpaba por ello.

—Es el asesino que llevamos buscando un tiempo.

Josh se quedó boquiabierto, miró el cuerpo sin vida de Sora y después

reparó toda la habitación. Todos estaban sorprendidos porque aquel hombre parecía inofensivo. Les había engañado.

Eso era lo más aterrador. Saber que los asesinos no llevaban esa palabra tatuada en la frente, que eran gente normal con la que te cruzas por la calle cada día. Algunos son tus compañeros y otros tu propio marido o amigos de la infancia.

Wyatt abrazó a Patrice y se juró que jamás iba a dejarla ir. Ahora si era suya para siempre, aunque tuviera que convencerla.

Las sirenas sonaron a lo lejos, la policía estaba cerca y descubriría con estupor lo que acababa de ocurrir.

EPÍLOGO



Wyatt había quedado absuelto. Era la mejor noticia de todas después de meses esperando la sentencia. Al fin un jurado había creído en su inocencia ya que había suficientes pruebas como para demostrar que Sora era un asesino.

Todavía esas palabras dolían, había querido a ese hombre como un hermano y había resultado ser un perturbado igual o peor que su madre. Eso sobrecogió a Patrice, ¿podía ser algo que le echaban a la bebida?

Habían montado una fiesta mucho más grande que cuando el cumpleaños de Vega y casi todo el pueblo había asistido.

Patrice corrió a abrazar a su vaquero y lo besó con pasión delante de todos. No era un misterio que estaban juntos.

—Gracias por salvarme la vida ese día y todos los días de mi vida.

Wyatt sonrió ampliamente.

—Te quiero, Pajarillo.

Ella también, nunca había sentido nada parecido y no quería que ese sentimiento desapareciera jamás. Ahora la felicidad era completa.

Al soltarse vio como llegaban Candace y su pequeño. La pobre mujer había vivido un calvario, pero comenzaba a salir de la tristeza que sentía. Cuando se ponía en su lugar se le encogía el corazón.

Se acercó a ella y la abrazó.

—¿Cómo estás?

—Bien, gracias, Patrice.

No quería sentir más esa palabra de su boca, la había pronunciado cientos y

miles de veces desde aquel día. Ella no había hecho nada, era Miller el héroe de ese cuento. Su príncipe azul montado en su corcel blanco.

Estuvieron hablando un buen rato hasta que se excusó para ir a beber algo. Se moría de ganas de ir con Wyatt, pero fue interceptada por Josh.

—Quiero hablar contigo —le anunció.

—Si pudieras esperar un segundo, quiero beber algo.

Negó con la cabeza muy enérgicamente. Además, estaba tan serio que la asustó, comprendió que le quería explicar algo importante. El corazón se le encogió, si recibía una sola noticia mala más se marchaba de allí.

—¿Todo bien?

—Sí y no. Llevo mucho tiempo queriéndote enseñar algo y necesito hacerlo ya.

Suspiró muerta de miedo.

Él buscó en sus bolsillos hasta sacar un papel algo magullado que le entregó. Patrice lo abrió lentamente rezando porque fuera algo bueno, su corazón no podía descubrir más secretos sin querer morirse.

En poco tiempo había descubierto que su madre era una asesina y su mejor amigo también. Puede que Piper hubiera intentado asustarla para salvarla de las garras de Sora, pero eso no la exiaba de todos sus pecados.

El papel era una partida de nacimiento acompañado de un contrato de adopción. Frunció el ceño reconociendo la firma de su madre en ella. En ese documento no estaba el nombre del bebé tachado, se podía leer claramente el nombre de Josh en él.

Su mente dio vueltas intentando reír, llorar, hablar o hacer algo para reaccionar. Estaba perpleja con aquello.

—¿Eres mi hermano?

Josh asintió sonriente.

Sus piernas flaquearon levemente, así que él la tomó entre sus brazos y le buscó un asiento a toda prisa.

—Esto... yo... no... sé...

—¿Llamo a un médico? Me estás asustando.

Estaba tan preocupado que ella no pudo más que reaccionar riendo, pero no una risita discreta, una carcajada sonora y fuerte.

—¿Siempre has sabido que eras mi hermano?

Asintió.

—Me costó trabajo no decirte quién era, pero quería conocerte sin

condicionarte. Perdóname por ocultártelo, pero no podías regresar al pueblo y decirte <<hola, soy tu hermano mayor>>.

Cierto, él era un par de años mayor que ella.

—¿Cómo es posible?

El pobre estaba tan asustado que le acariciaba las manos y el rostro tratando de controlar que no perdiera el conocimiento. Patrice supo que era cuestión de tiempo de que se desmayase delante de todos.

—Mis padres no podían tener hijos y a tu madre le sobraba el que llevaba en la barriga... Pusieron un precio, cerraron el trato y renunció a mí.

Piper Davis siempre estaba ligada a una transacción con mucho dinero, algo horrible y aterrador.

—¿Ella iba a verte?

—Dejó de hacerlo después de unos pocos meses, mi madre no quería que supiera que era adoptado. Aunque de mayor me lo contó. Respeto su decisión.

Su vida era una película de ciencia ficción y podía vender los derechos a cualquier productora para que hicieran un largometraje, se iban a forrar con él. Y ella pasaría al estrellato con la película de sus memorias.

Quiso decir algo, pero no pudo más que abrazarlo y darle las gracias. Ahora comprendía más toda la ayuda que había recibido por su parte. Él era alguien increíble que la vida le había regalado y no pensaba dejarlo escapar jamás.

Había sido uno de sus mejores amigos en esta segunda oportunidad que le había dado al pueblo y, ahora, era su hermano mayor. Una sorpresa que aprendería a sobrellevar como pudiera.

Un relincho hizo que girara sobre sus talones para ver como Wild se acercaba a ella. Patrice sonrió y abrió los brazos para abrazarlo en cuando se colocó delante.

Al fin habían exonerado al pobre caballo que nunca quiso matar a su dueño. Era libre de las acusaciones terribles que habían pesado sobre su cabeza y era suyo o al menos de espíritu, porque siempre iban juntos por todo el rancho.

Reparó en el detalle de que en la silla llevaba un lazo blanco con una cajita pequeña colgando. La tomó y la desató del animal para abrirla. No preguntó si era un regalo para ella, pero esperaba que sí.

Abrió y se quedó petrificada encontrando un hermoso anillo de oro blanco en su interior.

Boquiabierta miró a su alrededor, primero a Josh, el cual se encogió de

hombros incapaz de darle una respuesta. La siguiente fue Vega, la cual lloraba sin consuelo alguno de pura felicidad y, para terminar, Wyatt entró en su campo de visión viniendo montado en un precioso caballo blanco.

Patrice rio.

Miller desmontó del caballo, se acercó a ella y tomó la cajita con el anillo entre sus manos.

—¿Qué es todo esto? —preguntó nerviosa.

Él no contestó rápidamente. Para su sorpresa se arrodilló lentamente dejando que una rodilla tocara el suelo. El corazón se le congeló al instante. No iba a pasar lo que creía que estaba a punto de pasar.

—Patrice Davis, ¿me harías el enorme honor de casarte conmigo?

Ella tomó aire y se quedó en silencio mirando a aquel increíble hombre que tenía ante sí.

—Recuerda que soy un príncipe azul y a ellos no se les puede decir que no.

Rio tendiéndole la mano, estaba temblando, pero tenía una respuesta clara a esa pregunta. Él era a quién quería en su vida para siempre, no había hombre mejor que Wyatt y agradecía al destino que lo hubiera puesto en su vida.

—Sí quiero.

Él sonrió orgulloso y le colocó el anillo. Cuando lo hizo se puso en pie, la rodeó con sus brazos y la apretó contra su pecho.

—Desde hoy hasta la eternidad eres mía, Pajarillo.

—Y tú mía, príncipe azul.

Sellaron su unión con un pasional beso porque no había mejor final para un cuento de hadas como el suyo.

FIN

Tu opinión marca la diferencia

Espero que hayas disfrutado de la lectura y la novela.

¿Te ha gustado la novela? Por favor deja un comentario o reseña donde la hayas adquirido. Para mí es muy importante, ayuda a mejorar y hace más fácil este trabajo.

También muchos lectores podrán hacerse una idea de la novela que encontrarán gracias a vuestras palabras. Cinco minutos de tu tiempo que marcarán la diferencia.

Y si deseas hablar conmigo estaré encantada de atenderte en mis redes sociales.

Gracias.

Búscame por redes sociales si deseas hablar conmigo y darme tu impresión.

Búscame

Facebook: <https://www.facebook.com/Tania.Lighling>

Fan Page: <https://www.facebook.com/LighlingTucker/>

Canal Youtube <https://www.youtube.com/channel/UC2B18Qv19-Lp5rezM2tduDA>

Twitter: @TaniaLighling

Google +: <https://plus.google.com/+LighlingTucker>

Wattpad: <https://www.wattpad.com/user/Tania-LighlingTucker>

Blog: <http://lighlingtucker.blogspot.com.es>

OTROS TÍTULOS

Devoradores de pecados:

- No te enamores del Devorador.
- No te apiades del Devorador.
- No huyas del Alpha.

Más títulos como **Lighling Tucker**:

- Navidad y lo que surja.
- Se busca duende a tiempo parcial.
- Todo ocurrió por culpa de Halloween.
- Cierra los ojos y pide un deseo.
- Alentadora Traición.

Como **Tania Castaño**:

- Redención.
- Renacer.
- Recordar.

Describe los Devoradores de pecados.

"No te enamores del Devorador"

Leah es solo un juguete. Como prostituta en el club "Diosas Salvajes" no tiene derecho a sentir, únicamente obedecer. Pero todo cambia cuando su jefe decide que esa noche es distinta. No atenderá a sus clientes habituales sino a alguien aterrador: Dominick Garlick Sin, un Devorador de pecados. Y, a pesar del miedo inicial al verle en el reservado, no puede evitar sentirse atraída. Él es diferente, es la personificación del miedo y, a su vez, la de la provocación.

Dominick decide ir una noche más al club "Diosas Salvajes" con uno de los novatos que entrena. Las reglas son claras: nada de sexo. Debe mantener una conversación con una de las chicas y alimentarse de sus pecados.

El destino le tiene preparado un cambio radical a su vida.

Mientras espera que la sesión del novato llegue a su fin, una asustada humana de ojos azules entra en el reservado. Es una más de las chicas y, a su vez, distinta a todas. ¿Qué tiene de especial? Hasta sus propios poderes deciden manifestarse para sentirla cerca.

Además, la vida se complica cuando un malentendido provoca que la vida de Leah corra peligro. Esa misma noche, con una sola mirada, el destino de ambos se selló para siempre.

Son como nosotros, respiran y hablan como los humanos, pero son Devoradores de pecados. Perversos, peligrosos y con ansias de saciarse del lado oscuro de las personas. Miénteles y satisface su hambre.

"No te apiades del Devorador"

Pixie Kendall Rey no esperaba que al llegar al hospital con su amiga Grace, que acababa de romper aguas, no la atendieran. Eso la obligó a recurrir al único lugar al que su madre siempre le había prohibido acudir: la base militar.

La sorpresa fue aún mayor cuando allí también se negaron a hacerlo. No

podía rendirse y no tenían tiempo, así que decidió derribar la puerta de la base con su coche para así llamar la atención.

¡Y vaya si lo hizo! Provocando incluso que la inmovilizaran contra el capó.

El doctor Dane Frost no estaba teniendo el mejor de sus días y ver la puerta de la base saltar por los aires no lo mejoró. Corrió hacia allí para bloquear el ataque y se dio cuenta de que se trataba de una mujer que necesitaba ayuda urgente.

Al tocarla e inmovilizarla todo cambió.

¿Quién era esa mujer? ¿Qué la había llevado a cometer esa locura?

Ninguno de los dos estaba preparado para conocerse, pero el destino no da segundas oportunidades. Así pues, ambos pusieron la vida del otro del revés.

Son como nosotros; respiran y hablan como los humanos, pero son Devoradores de pecados. Perversos, peligrosos y con ansias de saciarse del lado oscuro de las personas. Miénteles y satisface su hambre.

“No huyas del Alpha”

Olivia siente que ha cambiado un cautiverio por otro. Ya no está siendo golpeada, pero no puede salir de esas cuatro paredes que dicen ser su protección. El recuerdo de la muerte del amor de su vida la está desgastando.

Además, el cambio a loba está siendo difícil y más tratando directamente con su protector. Él tiene un carácter muy especial, se cree divertido cuando lo que ella siente es que es un bufón de la corte. Pero, ¿a quién puede engañar?

Sin proponérselo, él se acaba convirtiendo en alguien indispensable en su vida y eso cambia las reglas del juego. Olivia siempre ha dicho que, una vez finalizase el celo, se marcharía con su hermana y viviría una nueva vida.

¿Es eso posible con la presencia de Lachlan en su vida?

Lachlan no supo lo que hacía cuando acogió a Olivia en su casa. La ha protegido durante meses y ha establecido un vínculo tan fuerte que le duele pensar el día en el que la vea marcharse.

Ha descubierto en ella miles de facetas que no creía que existieran. Olivia tiene picardía, fuerza y siente que debe ayudarla; que no debe dejarla caer en el pozo oscuro de la pena.

No obstante, se ha marcado una meta: no tocarla mientras dure el cielo.

¿Podrá resistirse? ¿Luchar contra sí mismo? ¿Entre honor y placer?

Amor, pasión y acción en un libro plagado de seres que te robarán el aliento. Sin olvidarnos de la presencia de los Devoradores.

¿Te atreves a entrar en su mundo?

Otros títulos:

"Navidad y lo que surja"

¿Qué ocurre cuando una bruja decide llevar a su hermana “no bruja” a un hostel repleto de seres mágicos? Que casi acabe siendo atropellada por un Cambiante Tigre, que la quieran devorar los Coyotes y que no deje de querer asesinar a la embustera de su hermana, bruja sí. Así es Iby, una humana nacida en una familia de brujos que odia la Navidad y es llevada, a traición, a pasar las Navidades a un hostel bastante especial. Allí conocerá a Evan, un Cambiante Tigre capaz de hacer vibrar hasta a la más dura de las mujeres. ¿Acabará bien? ¿O iremos a un entierro? Quédate y descubre que estas Navidades pueden ser diferentes.

"Se busca duende a tiempo parcial":

Para Kya las últimas navidades fueron un desastre, por poco muere a manos de su amante Tom en el Hostel Dreamers. Pues este año no parece mejor, su exmarido ha hecho público su divorcio a los medios y las cámaras la siguen a donde quiera que vaya. ¡Ojalá la Navidad nunca hubiera existido! Y lo que parecía un deseo simple se convirtió en el peor de sus pesadillas, su hermana Iby nació en Navidad y ya no existía. En el hostel Dreamers nadie la recuerda y Evan está con otras mujeres. Suerte que el único que cree en ella es Matt, un ardiente y peligroso Cambiante Tigre, que la hace vibrar y sentir cosas que jamás antes ha experimentado. ¿Cómo recuperar la fe en la Navidad? ¿Cómo volver a tener a Iby a su lado? Acompaña a esta bruja en un viaje único en unas Navidades distintas.

"Todo ocurrió por culpa de Halloween":

Se acerca Halloween al Hostel Dreamers y los alojados allí poco saben lo que el destino les tiene preparado. Todo comienza cuando en una patrulla algo consigue noquear a Evan. Para mejorar la situación Iby Andrews vuelve a ser bruja y esta vez no es en el Limbo sino en el mundo real. A todo eso se les suma un nuevo e inquietante huésped en el Hostel: Dominick el Devorador de pecados. Kya e Iby comienzan a investigar los extraños sucesos que ocurren y se topan con alguien que no deben. ¿Qué puede ser más terrorífico que vivir en el Hostel Dreamers?

"Cierra los ojos y pide un deseo":

Aurion Andrews es el mayor brujo de su familia, está cansado de su vida monótona y aburrida hasta que recibe la llamada de su hermana mayor Kya. Ella le hace una petición muy especial: hacer un hechizo para que su mejor amiga pase unas Navidades muy calientes y fogosas. Pero no es capaz de hacerlo y un plan se pone en marcha en su mente. Mía Ravel lleva demasiado tiempo sin sexo, su amiga Kya está recién casada y odia escuchar sus aventuras nocturnas con su estrenado marido. Y, de pronto, abre la puerta y aparece un hombre desnudo con un gran lazo... ahí. Él le dice que viene a poseerla y a desearle felices fiestas. La locura es demasiado para soportarlo. ¿Quién es ese hombre? Nunca tomarse las uvas habían resultado tan calientes y divertidas.



La ayudante de Cupido:

¡Ey! ¡Hola! Mi nombre es Paige y soy una de las ayudantes de Cupido. ¿Sabéis qué me ocurre? Pues que me han obligado a tomarme unas vacaciones, cosa que yo no quiero y encima tengo que bajar a la Tierra.

¿Qué hace un ángel como yo allí abajo? Pues creo que será más divertido de lo que esperaba.

Conozco a April una humana con muchísimas ganas de pasarlo bien y mostrarme que puedo divertirme además de trabajar. Pero la guinda del pastel es Iam, un abogado criminalista que no dejo de encontrármelo a cada paso que doy.

Tal vez mi jefe tenga razón y deba divertirme un poco.

¿Me acompañas?



Alentadora Traición:

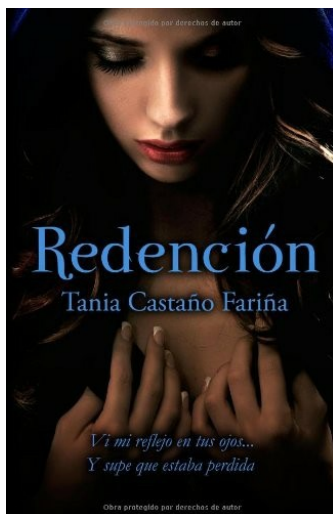
Melanie Heaton no está pasando su mejor momento en su matrimonio, las muchas infidelidades por parte de su marido están comenzando a desgastar el amor que, un día, sintió por Jonathan. Sin embargo, cree que puede perdonarlo, que todo volverá a ser lo de antes.

Gabriel Hudson es un pecado mortal que todas las mujeres desean en su cama. Atractivo y sensual, es un hombre que llama la atención por donde pasa. Aunque, no parece estar preparado para lo que siente al ver por primera vez a Melanie. Se siente atraído por ella de un modo visceral, sin embargo, al saber que está casada decide poner distancia entre ellos, con la esperanza de que la atracción morirá. Así que, para cuando vuelve tres meses después no está preparado, no sólo nada ha cambiado, sino que necesita a esa mujer. Melanie lo atrae hasta un punto inhumano, todo su cuerpo la reclama como suya y lo peor es que ve que el sentimiento es mutuo. Sabe que siente lo mismo, que se deshace entre sus manos al mínimo toque.

Ninguno de los dos puede luchar contra una atracción igual y eso es peligroso, porque Melanie no se imagina lo que es Gabriel en realidad. Lo que esconde bajo una máscara de normalidad; sabe que no puede exponerla, que no debe hacerla suya... pero sus instintos se lo niegan. Necesita que Melanie sea completamente suya, en cuerpo y alma.

¿Puede haber una atracción tan difícil de soportar?

Títulos como TANIA CASTAÑO:



Redención:

Ainhara sabe que su secreto no puede ser comprendido por nadie. En su sangre hay lo que podría hacer tambalear el mundo tal cual se conoce. Su vida ahora es un completo caos, despojada de todo lo que ama, es atrapada en una espiral de dolor y traición a la que no puede hacer frente, sin saber que Gideon amenaza con hacer vibrar cada una de sus células.

El hombre más poderoso de todos fija sus ojos dorados en ella y sin poder evitarlo, Gideon se convierte en el único aliento que necesita para seguir soportando el dolor de la vida, sin saber que miles de peligros comienzan a rodearla hasta cortarle la respiración.

Déjate seducir por la pasión, la intriga y el misterio del mundo de las sombras. Ellos te guiarán hasta adentrarte en la oscuridad donde te harán arder en pasión y palpitación de terror.

Ahora comprenderás el porqué de la atracción fatal entre humana y vampiro.

Renacer:

Seis meses después de todo el caos, Ainhara está atrapada por sus propios recuerdos. La muerte de Dash y todos los actos acontecidos después le han golpeado con dureza, llenándola de oscuridad. Siente que se está perdiendo en sí misma; pero sabe que pronto él vendrá a por ella.

Todavía puede escuchar sus palabras firmes y seguras, Gideon no piensa dejarla escapar. Él, el único capaz de hacer tambalear su propio mundo.

Cuanto más fuerte es la luz más oscura es la sombra. El mundo ya no es el que conoce, todo ha cambiado, sabe que no puede huir pero luchará fervientemente por su libertad y lo más importante: escapar de la sombra que la persigue.

Recordar:

Ainhara ha despertado en la habitación de un hospital. Sola, plagada de heridas y con algo inquietante: sin recordar nada. Toda ella se ha desvanecido ante sus ojos y ni siquiera sabe su propio nombre.

¿Quién es? ¿Qué ha ocurrido?

Gideon a su vez, se ha adentrado en un agujero oscuro de dolor y rabia. Se ha convertido en alguien peligroso al que todos sus amigos prefieren no enfrentar.

Lo ha perdido todo y la eternidad es demasiado larga para vivirla sin Ainhara.

¿Hay esperanza?

Adéntrate en la última entrega de la trilogía Negro Atardecer. Donde los vampiros no son como conoces. Vigila con no tropezarte con ninguno, son adictivos.

BIOGRAFIA

Lighling Tucker es el pseudónimo de la escritora Tania Castaño Fariña, nacida en Barcelona el 13 de Noviembre de 1989.

Lectora apasionada desde pequeña y amante de los animales, siempre ha utilizado la escritura como vía de escape. No había noche que no le dedicara unos minutos a plasmar el mundo de ideas que poblaban su cabeza.

En 2008 se lanzó a escribir su primera novela en la plataforma Blogger, tanteando el terreno de la publicación y ver las opiniones que tenían sobre su forma de expresarse. Comenzó a conocer más mujeres como ella, que amaban la escritura y fue aprendiendo hasta que en 2014 se lanzó a autopublicar su primera novela Redención.

En la actualidad, tiene libros publicados para todos los públicos, desde comedia a la acción pero siempre con grandes dosis de amor y magia.

Esta escritora no pierde las ganas de seguir aprendiendo y escribir, esperando que sus historias cautiven a las personas del mismo modo que la cautivan a ella.

[1] Mija: Es una deformación del término "mi hijo" o "hijo mío", muy utilizada en el campo de Chile, Colombia, etc. No es necesario que el requerido sea hijo, se usa a quien se le tiene afecto.

[2] Comadre: Comadre es un término que proviene del latín *commāter*, es decir ‘*cum matre*’, que traducido al español sería “con la madre”. Así se denomina a la madrina de bautizo de un niño respecto del padre, la madre o el padrino. El término se utiliza también para mencionar

a una vecina y amiga con quien se tiene más trato y confianza

[3] Niño: palabra dicha en su idioma natal, Español.

[4] Yee-Haw: grito vaquero.